



Polarización y Tercer Sector en España

Análisis y respuestas desde las entidades sociales



Edita *Plataforma de ONG de Acción Social*



Dirección

María Luisa Gómez Crespo.
Directora de la Plataforma de ONG de Acción Social

Coordinación del proyecto

Diego Mamán Schwartz.
Técnico de la Plataforma de ONG de Acción Social.
Nuria Parejo Rivero.
Técnica de la Plataforma de ONG de Acción Social.

Autoría

Dirección técnica metodología cualitativa.

Ramón Rodríguez Franco.



Equipo técnico:

María Bajo Guitiérrez.
Gonzalo García Pérez.

Fecha Febrero 2026

Financiación:



©Plataforma de ONG de Acción Social. 2025

Contenido

Agradecimientos.....	5
Presentación	6
01 Introducción	7
02 Objetivos.....	9
03 Metodología.....	11
3.1. Información primaria.....	11
3.2. Información secundaria: revisión documental	17
3.3. Análisis de la información.....	18
3.4. Consideraciones éticas	20
04 Resultados.....	21
4.1. Análisis preliminar del discurso.....	21
4.2. ¿Cómo se entiende la polarización desde la academia?	24
4.3. ¿Cómo se entiende la polarización desde el TSAS?	26
4.4. ¿Cómo experimenta el TSAS la polarización?	29
4.5. ¿En qué ámbitos sociales se intensifica la polarización social?	44
4.6. ¿Está polarizado el Tercer Sector de Acción Social?	77
4.7. ¿Cómo están respondiendo las entidades a la polarización social?	88
05 Conclusiones	94
Anexo I. Escucha social digital	98
Anexo II. Referencias bibliográficas.....	114



Agradecimientos

Comité Científico del VII Barómetro del Tercer Sector Social (2025):

Yolanda Besteiro de la Fuente. Plataforma de ONG de Acción Social (POAS).
María Luisa Gómez Crespo. Plataforma de ONG de Acción Social (POAS).
Diego Mamán. Coordinador del Barómetro del Tercer Sector de Acción Social (POAS)
Avelino Velasco Díaz. Plataforma del Voluntariado de España (PVE).
Fran Lores. Plataforma del Tercer Sector (PTS).
Vicente Marbán Gallego. Universidad de Alcalá (UAH).
Gregorio Rodríguez Cabrero. Universidad de Alcalá (UAH).
Manuel Pérez Yruela. Consejo Superior de Investigaciones Científicas (IESA-CSIC).
Lucía Merino Malillos. Observatorio Vasco del Tercer Sector Social (3sEuskadi).
Fernando Morón. Asociación Española de Fundraising
Lara Alba Hernáiz. Red Europea de Lucha contra la Pobreza y la Exclusión Social (EAPN-ES).
Roger Civit Carbonell. Taula d'entitats del Tercer Sector Social de Catalunya
Silverio Agea Rodríguez. Asociación Española de Fundaciones (AEF).
Amélia Oliveira Carvalho. Politécnico do Porto. Escola Superior de tecnologia e Gestao.
Marta Rey-García. Universidade da Coruña (UDC)
Vanessa Mato Santiso. Universidade da Coruña (UDC)
Noelia Salido Andrés. Universidade da Coruña (UDC)
Anna Margarit Caldès. Taula d'Entitats del Tercer Sector Social de Catalunya
Cristina Pérez de Lema de la Mata. Fundación Botín.

Queremos agradecer especialmente la colaboración con la Fundación EDE y la Taula d'entitats del Tercer Sector Social de Catalunya por la coordinación habitual en la realización de sucesivos barómetros para la realización del trabajo de campo y cesión anonimizada de los datos de la encuesta, a pesar de que en esta edición no haya sido necesario tal gestión.

Este estudio no hubiera sido posible sin la colaboración desinteresada de las entidades que han participado en la encuesta, a todas ellas nuestro más profundo agradecimiento por haber facilitado la información necesaria para confeccionar el estudio y mostrar la contribución del Tercer Sector Social en nuestro país.

Más información: www.portalong.plataformaong.org

Presentación

El VII Barómetro del Tercer Sector de Acción Social constituye, una vez más, la principal radiografía estadística de las organizaciones sociales en España. Con esta séptima edición consolidamos una serie histórica iniciada en 2015 que nos permite no solo describir quiénes somos, sino también comprender nuestra evolución, dimensionar nuestro impacto y anticipar los retos que afrontamos como sector estratégico para la cohesión social y democrática del país.

El Tercer Sector de Acción Social es hoy una red extensa, diversa y profundamente arraigada en el territorio. Miles de entidades, en su mayoría organizaciones de base, sostienen cada día servicios, programas y acompañamientos que llegan a millones de personas, especialmente a quienes se encuentran en situación de mayor vulnerabilidad. Su contribución no es únicamente social: también es económica y laboral, generando empleo, voluntariado y valor añadido para el conjunto de la sociedad.

Este informe cuantitativo ofrece datos sólidos y comparables sobre la estructura, actividad, sostenibilidad, financiación, empleo, voluntariado y alcance del sector. Más allá de las cifras, estos datos cumplen una función esencial: visibilizar la dimensión real del trabajo que realizan las entidades sociales y dotar al sector de herramientas rigurosas para la planificación, la mejora de sus prácticas y la defensa de políticas públicas más justas y eficaces.

En un contexto marcado por la incertidumbre económica, el aumento de las desigualdades y un clima creciente de polarización social, contar con información fiable resulta más necesario que nunca. El Barómetro no es solo un ejercicio estadístico; es una herramienta de conocimiento colectivo que fortalece nuestra capacidad de incidencia, refuerza la transparencia y contribuye a legitimar el papel del Tercer Sector como actor clave del Estado social y democrático de derecho.

Los resultados que aquí se presentan son fruto del compromiso y la participación de centenares de entidades y profesionales que han compartido su tiempo, su experiencia y su realidad cotidiana. Gracias a ellas, este estudio se convierte en una fotografía fiel del presente del sector y, al mismo tiempo, en una brújula para orientar sus decisiones futuras.

Confiamos en que este informe sirva para reconocer el valor del trabajo que realizan las organizaciones sociales, para impulsar su fortalecimiento y para seguir avanzando hacia un modelo de sociedad más justa, inclusiva y cohesionada.

Gracias, de nuevo, por formar parte del Tercer Sector y por vuestra dedicación al compromiso que nos une.

Yolanda Besteiro de la Fuente

Presidenta de la Plataforma de ONG de Acción Social

01

Introducción

El Barómetro del Tercer Sector de Acción Social en España 2025 centra su atención en los efectos que la polarización social — en sus dimensiones ideológica, relacional y comunicacional— está teniendo sobre las entidades del TSAS. Promovido por la Plataforma de ONG de Acción Social y desarrollado por el equipo de CACTUS Investigación Social y Comunicación, este estudio cualitativo se propone analizar cómo afecta esta polarización al funcionamiento interno, al posicionamiento público y a la legitimidad de las organizaciones del Tercer Sector de Acción Social (TSAS) en el Estado español.

El Barómetro se ha consolidado como una herramienta de referencia para conocer la evolución y los desafíos del Tercer Sector en España, formado por más de 27.962 organizaciones sin ánimo de lucro, cerca de 1,5 millones de personas voluntarias y más de 545.000 profesionales.

La edición de 2025 pone el foco, por primera vez, en la polarización. Un fenómeno que no se limita al ámbito político o mediático, sino que también tiene efectos concretos en el día a día de las organizaciones: en la convivencia de los equipos, en la forma de comunicar, en la relación con el entorno o en la gestión de los desacuerdos internos. Para abordar este objeto de estudio, se han combinado distintos métodos: encuestas, entrevistas a personas con cargos directivos, grupos de discusión con profesionales y voluntariado,

análisis de discurso digital y talleres de validación. El objetivo ha sido entender cómo se vive la polarización en distintos niveles de la vida organizativa y qué estrategias están desplegando las entidades para sostener su misión en un entorno cada vez más tensionado.

Este informe recoge los principales hallazgos del estudio, tanto cuantitativos como cualitativos. La información se ha organizado en torno a una serie de preguntas: ¿cómo se entiende la polarización social desde dentro del sector?, ¿cómo afecta a su funcionamiento?, ¿qué impacto tiene sobre los ámbitos de intervención más expuestos?, ¿qué respuestas se están dando?, ¿existe polarización interna? A lo largo del informe se articulan datos y relatos que permiten construir una visión de conjunto. Al final de cada apartado se recogen los resultados más relevantes de la encuesta, lo que permite establecer un diálogo entre la mirada estadística y la experiencia directa de las entidades.



02

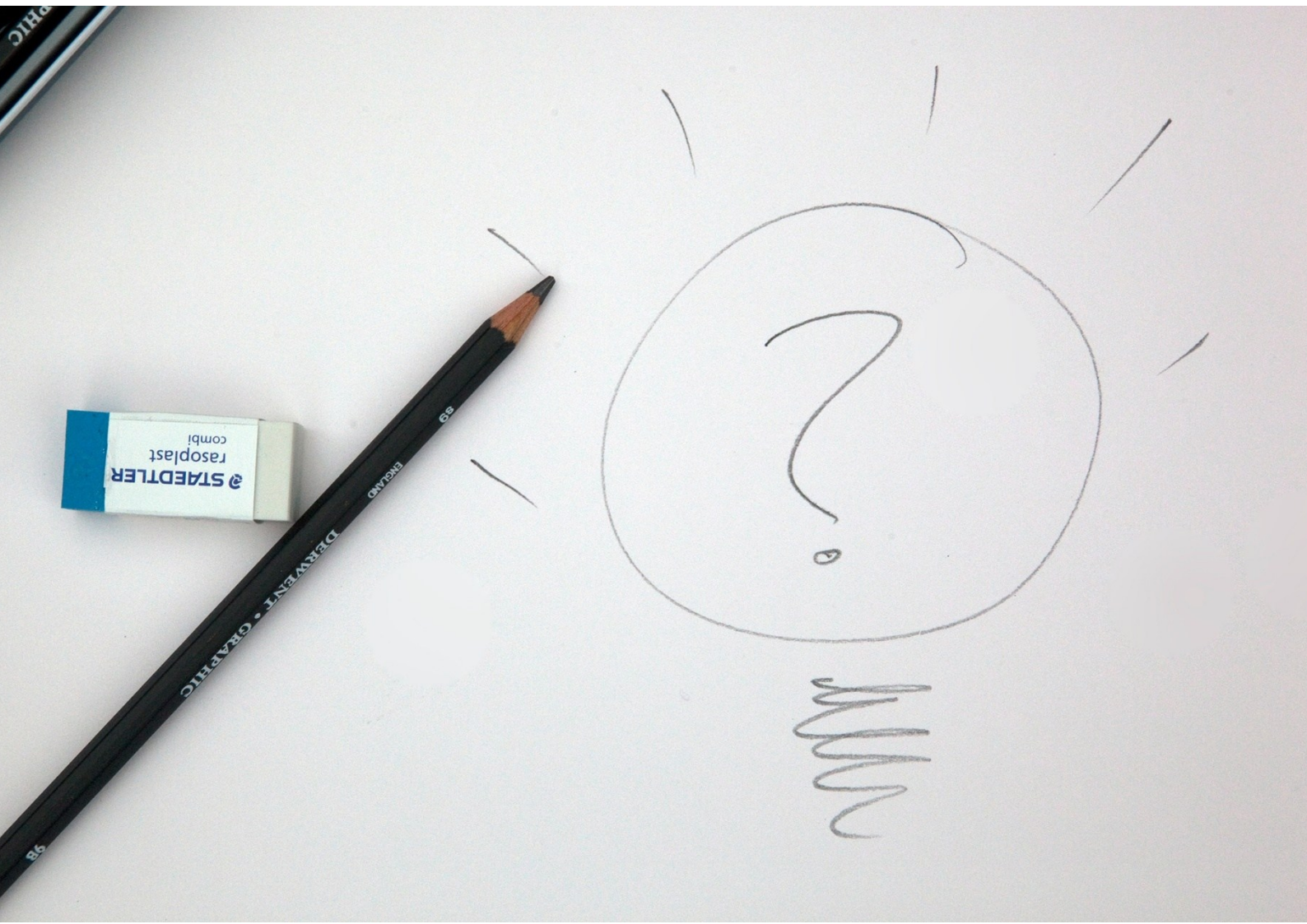
Objetivos

El objetivo principal de este estudio es: **analizar cómo la polarización social en todas sus dimensiones está afectando al Tercer Sector de Acción Social (TSAS) en España.** El estudio aborda tanto las dinámicas internas de las organizaciones como su relación con el entorno institucional, político, mediático y comunitario. El propósito es comprender de qué manera estos procesos inciden en la misión, la legitimidad pública, la sostenibilidad y la capacidad de intervención del sector, y qué implicaciones tiene ello para su orientación estratégica en el medio plazo.

Objetivos específicos

1. Identificar los principales frenos, tensiones y desafíos internos:
 - » Detectar y caracterizar los obstáculos que la polarización genera dentro de las entidades: conflictos ideológicos, desacuerdos sobre el posicionamiento público, tensiones comunicativas, dificultades en la gestión interna de la diversidad y efectos en la toma de decisiones. El objetivo incluye analizar cómo estas tensiones se expresan en la práctica cotidiana, en la convivencia entre perfiles diversos y en la capacidad de sostener consensos organizativos.
2. Examinar qué temas sensibles y discursos actúan como activadores de la polarización:
 - » Explorar los asuntos y marcos narrativos que concentran mayor conflictividad en el TSAS —migración, género, diversidad sexual, discapacidad, exclusión social, ruralidad, pobreza y otros ejes vulnerables— para identificar por qué y cómo generan controversia, qué relatos contrapuestos se articulan en torno a ellos y cómo inciden en el posicionamiento público de las entidades.
3. Analizar los efectos diferenciados de la polarización en los distintos perfiles del TSAS.
 - » Analizar cómo se percibe y se experimenta la polarización según el rol de las personas implicadas: direcciones y órganos de gobierno, personal técnico, voluntariado y personas beneficiarias. Este objetivo incluye atender a posibles brechas generacionales, culturales o ideológicas, así como a diferencias en la exposición, la carga emocional y la responsabilidad institucional de cada perfil.
4. Identificar fracturas internas y dinámicas de segmentación organizativa.
 - » Explorar si existen brechas internas —explícitas o latentes— que afecten la cohesión institucional, la cooperación entre áreas, la definición de prioridades o la forma de entender la misión social. Este análisis considera cómo estas fracturas se relacionan con factores territoriales, estructuras organizativas, estilos de liderazgo y culturas profesionales.

5. Documentar estrategias, respuestas y buenas prácticas desarrolladas por las entidades.
 - » Reconocer y sistematizar los mecanismos que las organizaciones están desplegando para gestionar la polarización: protocolos internos, prácticas de mediación, estrategias de comunicación, formación, fortalecimiento de alianzas sectoriales, adaptación del lenguaje institucional o mecanismos de protección de la legitimidad pública. Este objetivo incluye identificar experiencias replicables que contribuyan a reforzar la resiliencia del sector.
6. Aportar una lectura prospectiva sobre los riesgos, oportunidades y necesidades del TSAS en escenarios polarizados
 - » Derivar implicaciones estratégicas de futuro: qué evoluciones puede adoptar la polarización, qué impactos podrían afectar la sostenibilidad del sector, qué capacidades deberán reforzarse y qué marcos comunes podrían fortalecer su papel como actor cohesionador en un entorno crecientemente fragmentado. Este objetivo se alinea con la dimensión prospectiva solicitada en el pliego técnico.



03

Metodología

La presente investigación cualitativa ha sido diseñada desde un enfoque aplicado, con el objetivo de aportar un conocimiento situado sobre los efectos de la polarización social en las entidades del Tercer Sector de Acción Social (TSAS) en España. Partiendo de los objetivos, se han formulado una serie de hipótesis e ideas principales, a través de las cuales se ha guiado el proceso de generación de información con una estrecha relación con el campo, en ese caso conformado por personas implicadas directamente en las entidades del Tercer Sector desde distintos ámbitos y puntos estratégicos.

Para lograr una visión lo más completa posible, aplicamos una estrategia de triangulación metodológica. La cual permite cruzar diferentes perspectivas y técnicas contrastando información y generando una visión poliédrica y lo más compleja posible. Para ello se han empleado **diferentes técnicas** de generación de información, como entrevistas individuales, grupos de discusión colectivos, revisión de documentos y análisis de mensajes en redes sociales y prensa. Además, el **perfilado de participantes** ha sido diverso e inclusivo, buscando una representación veraz de los roles que conforman las entidades, desde la dirección a las personas voluntarias, así como las personas remuneradas, de forma que se

pueda aprehender la experiencia directa de cada una de ellas. Por último, se han seleccionado una **variedad de ámbitos de intervención** representativa de las principales causas y ámbitos sociales en los que trabaja el TSAS español, entre ellas: entidades que trabajan en discapacidad, migraciones, igualdad de género, atención a mayores, drogodependencias, inclusión, entre otros.

Este enfoque ha permitido reconocer la diversidad del TSAS, identificar diferencias relevantes entre organizaciones o perfiles, y a la vez detectar problemas y aprendizajes compartidos. De esta forma, es posible construir un análisis plural y representativo sobre el Tercer Sector en la complejidad de los procesos de la polarización social contemporánea.

3.1. Información primaria

Para comprender cómo viven las entidades del Tercer Sector los efectos de la polarización, el estudio se ha apoyado en varias formas de recogida de información. A través de entrevistas, grupos de discusión, revisión de documentos y análisis del discurso digital, se han recogido voces, experiencias y perspectivas diversas. Estas herramientas han permitido mirar la polarización desde diferentes planos, atendiendo tanto a lo que sucede dentro de las organizaciones como a su relación con el entorno y a la manera en que se ven a sí mismas y son percibidas desde fuera.

3.1.1. Entrevistas en profundidad

Una de las técnicas centrales de esta investigación fue la realización de entrevistas en profundidad a personas con responsabilidades directivas o de gestión dentro de entidades del Tercer Sector de Acción Social. Esta metodología permitió

recoger una mirada estratégica y transversal sobre cómo la polarización social está afectando tanto al funcionamiento interno de las organizaciones como a su relación con el entorno. El propósito de las entrevistas fue explorar:

- » Qué temas generan más tensión dentro de las entidades y cómo han evolucionado.
- » Cómo se toman decisiones organizativas ante contextos polarizados.
- » Qué estrategias se implementan para sostener la cohesión interna y la legitimidad externa.
- » Cómo afecta la polarización a la misión, el discurso público y la sostenibilidad de los proyectos.

Muestra y perfiles

Se llevaron a cabo 23 entrevistas en profundidad con personas de perfil directivo pertenecientes a 22 entidades de distintos ámbitos del Tercer Sector, incluyendo migraciones, discapacidad, infancia, salud mental, mujeres, mayores y atención a colectivos vulnerables.

Las entidades seleccionadas reflejan una gran diversidad territorial, temática y organizativa, incluyendo redes estatales, entidades confesionales, organizaciones especializadas y estructuras de base comunitaria.

Entre las entidades participantes se encuentran: CEPAIM, Cruz Roja, YMCA, Plena Inclusión, Confederación Autismo España, Movimiento por la Paz, Fundación Esplai, Secretariado Gitano, COCEDER, ACCEM, Cáritas, ONCE, Plataforma Sociales Salesianas, FIAPAS, entre otras.

Los perfiles entrevistados cumplían los siguientes criterios:

- » Ejercen funciones de dirección general, coordinación ejecutiva o gerencia.
- » Tienen una trayectoria mínima de tres años en el cargo, lo que asegura una mirada consolidada sobre la evolución reciente del contexto.
- » Poseen capacidad de análisis institucional, con conocimiento directo de las tensiones internas y externas que atraviesan sus entidades.

Guion

El guion de entrevista incluyó **cinco bloques temáticos**:

- » Temas sensibles y polarización social: percepción sobre los discursos o acciones que más polarizan y cómo afectan a la organización.
- » Gestión interna de la diversidad ideológica: mecanismos formales e informales para abordar tensiones entre profesionales o con voluntariado.
- » Relación con el entorno externo: interacción con medios de comunicación, administraciones públicas y ciudadanía.
- » Impacto organizativo: afectación a la sostenibilidad económica, reputación institucional y funcionamiento cotidiano.
- » Estrategias y buenas prácticas: respuestas desarrolladas para sostener la misión, el cuidado del equipo y la cohesión organizativa.

3.1.2. Grupos de discusión

Como parte fundamental del enfoque cualitativo, el estudio incorporó grupos de discusión con personas trabajadoras y voluntarias del Tercer Sector de Acción Social, con el objetivo de comprender cómo se experimentan y gestionan las

tensiones asociadas a la polarización social en los espacios cotidianos de intervención, convivencia y organización. Esta técnica permitió generar contextos de diálogo colectivo donde las personas participantes compartieron vivencias, percepciones y reflexiones desde sus propios marcos de referencia, enriqueciendo la comprensión de los efectos de la polarización más allá del nivel directivo explorado en las entrevistas en profundidad.

Los grupos de discusión proporcionaron un espacio para observar cómo se articulan las diferencias, qué temas requieren mayor cuidado, qué estrategias se activan frente a desacuerdos y cómo se configura la relación entre el rol profesional o voluntario y la misión de las entidades. La interacción entre participantes posibilitó identificar matices, tensiones y acuerdos que no suelen aflorar en otras técnicas más estructuradas o individuales.

Muestra y perfiles

Se realizaron seis grupos de discusión online con la participación de 39 personas vinculadas a 18 entidades del Tercer Sector, seleccionadas entre más de 68 personas convocadas. La muestra se organizó en tres modalidades: grupos integrados exclusivamente por personal contratado, grupos formados por personas voluntarias y grupos mixtos en los que coincidieron ambos perfiles. Esta segmentación permitió captar diferencias en la vivencia de la polarización: el personal remunerado aportó perspectivas relacionadas con la gestión técnica, la carga emocional y la exposición pública; el voluntariado, experiencias vinculadas a la relación con la comunidad y la recepción social del trabajo; y los grupos mixtos permitieron examinar cómo conviven, dialogan o se tensan estas miradas dentro de una misma entidad.

Los grupos estuvieron equilibrados por género, trayectoria en la entidad y ámbito de actuación (discapacidad, mujeres, migración y personas mayores). Las sesiones tuvieron una duración aproximada de 90 minutos, fueron grabadas con consentimiento previo y posteriormente transcritas para su análisis.

Como parte fundamental del enfoque cualitativo, el estudio incorporó grupos de discusión con personas trabajadoras y voluntarias del Tercer Sector, con el objetivo de explorar cómo se experimentan las tensiones asociadas a la polarización social en los espacios cotidianos de intervención, relación y organización. Esta técnica permitió generar contextos de diálogo colectivo en los que las personas participantes compartieron vivencias, percepciones y reflexiones desde sus propios marcos de referencia.

Guion

El guion de los grupos se estructuró en cinco bloques temáticos comunes, adaptados a cada perfil a partir de los guiones específicos disponibles :

- » Temas sensibles en la práctica: identificación de los asuntos sociales que generan mayor tensión en el trabajo cotidiano, tanto en la relación con personas usuarias como en los equipos y en la comunidad (migración, género, diversidad sexual o religiosa, discursos de odio).
- » Gestión de desacuerdos y diversidad de opiniones: exploración de cómo se manejan diferencias internas, qué límites establecen las entidades en relación con los valores institucionales, y cómo influyen los roles (profesional o voluntario) en la posibilidad de expresarse sin consecuencias.

- » Efectos organizativos y vinculación con la entidad: análisis del impacto de las tensiones en el clima interno, la motivación, el sentido de pertenencia y la continuidad de la participación, así como de los dilemas que surgen cuando posicionamientos públicos generan presión hacia dentro.
- » Estrategias de cuidado y sostenibilidad: identificación de prácticas, apoyos y figuras que facilitan la gestión respetuosa de diferencias, el cuidado emocional y la prevención del desgaste en equipos y voluntariado.
- » Reflexión ante casos hipotéticos y mirada futura: discusión de situaciones simuladas para observar criterios de decisión ante dilemas frecuentes y recogida de expectativas sobre los temas que previsiblemente generarán mayor controversia y sobre los apoyos necesarios para afrontarlos.

Estos grupos han permitido comparar vivencias diversas en un mismo espacio y detectar necesidades compartidas relacionadas con el manejo de temas sensibles, la cohesión interna y el soporte a personas trabajadoras y voluntarias en contextos cada vez más polarizados.

3.1.3. Módulo de escucha social

El módulo de escucha social se diseñó para analizar de manera sistemática el discurso digital asociado al Tercer Sector de Acción Social (TSAS) en un contexto de polarización creciente. Su función es complementar el trabajo cualitativo presencial (entrevistas y grupos de discusión) con una observación estructurada del ecosistema comunicacional externo en el que operan las entidades. El análisis se centra en identificar cómo se habla del TSAS en redes sociales y medios digitales, qué emociones

predominan, qué temas articulan narrativas polarizadas y cómo circulan los marcos de deslegitimación o apoyo hacia las organizaciones sociales.

Fuentes y corpus analizado

El corpus se construyó a partir de dos grandes fuentes: **redes sociales**, en particular, X (Twitter), por su centralidad en la conversación pública, y **prensa digital**, recopilada mediante Google News, por su capacidad de agregar publicaciones nacionales y regionales en abierto.

El corpus final incluye:

- » **4.954 noticias digitales** (2001–2025), obtenidas mediante búsquedas sistemáticas en Google News.
- » **17.341 publicaciones en redes sociales** relacionadas directamente con el TSAS (2019–2025).
- » **4.922 publicaciones adicionales** vinculadas a temas polarizantes (últimos 12 meses).

Estas cifras permiten disponer de un volumen suficiente para examinar patrones discursivos amplios y su evolución en el tiempo.

Criterios de búsqueda y palabras clave

El diseño del corpus combinó palabras clave institucionales (p. ej., “ONG”, “tercer sector”, “acción social”) con términos que suelen aparecer en narrativas polarizantes (p. ej., “chiringuito”, “feminismo radical”, “invasión migrante”, “viven del cuento”). Este equilibrio permitió capturar menciones neutrales, positivas y deslegitimadoras.

Para acceder a la conversación vinculada a causas del TSAS, se incluyeron palabras clave representativas de ámbitos especialmente sujetos a controversia pública, como “migración”, “género”, “discapacidad”, “pobreza” o “woke”. Las

búsquedas en redes se ejecutaron mediante consultas avanzadas y scrapping automatizado, mientras que la extracción de noticias se realizó mediante rutinas de recopilación continua en la interfaz de Google News.

Alcance temporal

La temporalidad se definió según el tipo de fuente:

- » **Redes sociales (TSAS):** 2019–2025, para observar tendencias de medio plazo.
- » **Redes sociales (temas polarizantes):** últimos 12 meses, para capturar narrativas activas.
- » **Noticias digitales:** 2001–2025, lo que permitió analizar la evolución de la presencia mediática del TSAS y del lenguaje polarizante en dos décadas.

Codificación temática y construcción del libro de códigos

El análisis se estructuró mediante un libro de códigos mixto, combinando categorías deductivas basadas en los objetivos del estudio con categorías inductivas emergentes del corpus. Entre los bloques temáticos principales se incluyeron:

- » **Identidad del TSAS:** ONG, tercer sector, acción social, solidaridad.
- » **Narrativas de deslegitimación:** chiringuito, ONGs politizadas, viven del cuento, vienen por ayudas.
- » **Discursos polarizantes generales:** feminazi, feminismo radical, migración, woke, extremismo, radicalización, aporofobia.
- » **Marcos de desinformación:** fake news, ideologizado, polarización social/política.
- » **Emociones asociadas:** miedo, gratitud, descontento, satisfacción, decepción.

- » **Respuestas y medidas:** estrategia, campaña, solución, colaboración, protocolo.

Para acelerar la identificación de menciones relevantes se emplearon **expresiones regulares (regex/GREP)**, que permiten localizar automáticamente lexemas representativos (p. ej. *migr*, *feminaz*, *chiring*). Estas sugerencias automáticas fueron verificadas manualmente antes de la codificación definitiva en Atlas.ti.

Análisis cuantitativo

Con el corpus ya codificado, se realizaron tres tipos de análisis:

1. **frecuencia de términos y códigos**, para identificar los conceptos más recurrentes en el discurso digital.
2. **matrices de coocurrencia**, que detectan combinaciones frecuentes de códigos y permiten identificar “nodos narrativos” donde convergen las menciones al TSAS con marcos polarizantes.
3. **análisis de sentimiento**, aplicando el modelo VADER-ES, que clasifica cada publicación en sentimiento positivo, negativo o neutral. Esto permitió medir de manera sistemática la carga afectiva asociada a las menciones al TSAS y distinguir intensidades en la tonalidad emocional del discurso.

Análisis cualitativo

La lectura cualitativa complementó los patrones cuantitativos, permitiendo interpretar el contexto y los significados de las narrativas detectadas. Esta fase incluyó:

- » Análisis de citas agrupadas por código.
- » Detección de usos literales o irónicos.
- » Reconstrucción de narrativas emocionales asociadas a temas clave

(migración, género, exclusión, discapacidad, diversidad).

- » Comparación entre discurso ciudadano espontáneo (redes sociales) y discurso mediado (noticias digitales).

Esta triangulación permitió observar simetrías, divergencias y patrones de traducción mediática de las emociones digitales.

3.1.4. Talleres generativos de validación

Como complemento al trabajo cualitativo desarrollado mediante entrevistas y grupos de discusión, el estudio incorporó un módulo de carácter prospectivo orientado a explorar posibles escenarios futuros para el Tercer Sector en un contexto de creciente polarización social. Este ejercicio tuvo como objetivo identificar tendencias emergentes, dilemas estratégicos y marcos de anticipación que puedan orientar la planificación del sector a medio plazo.

Se organizaron dos sesiones de taller con formato de grupo focal ampliado, que reunieron a un total de nueve personas con responsabilidades directivas en distintas entidades sociales. Las personas participantes representaban una diversidad de ámbitos de actuación, redes de pertenencia, trayectorias institucionales y posiciones organizativas, lo que permitió una reflexión transversal y enriquecida desde distintas realidades del sector.

Ambas sesiones se desarrollaron en formato online, con una duración aproximada de 90 minutos cada una. Los encuentros fueron dinamizados por el equipo investigador a partir de una estructura flexible que combinaba momentos de lluvia de ideas, debate guiado y formulación de hipótesis. Se utilizaron estímulos visuales, frases

provocadoras y ejemplos hipotéticos para facilitar la conversación y movilizar una reflexión proyectiva.

El enfoque metodológico aplicado en estos talleres no se centró en predecir el futuro, sino en imaginar posibilidades verosímiles a partir de señales ya perceptibles en el presente. Se trabajó con preguntas abiertas orientadas a explorar qué tendencias pueden intensificarse, qué riesgos o brechas podrían aparecer y qué capacidades organizativas serán necesarias para responder a los nuevos escenarios sociales, políticos y comunicativos.

Esta herramienta prospectiva permitió ampliar el marco del estudio más allá del diagnóstico actual, incorporando una dimensión estratégica que será especialmente útil para entidades, plataformas y administraciones interesadas en reforzar la resiliencia y legitimidad del sector en el contexto actual.

3.1.5. Encuesta a las entidades

La encuesta a entidades del Tercer Sector de Acción Social forma parte del dispositivo habitual del Barómetro TSAS, concebido como una herramienta de carácter periódico orientada a ofrecer una descripción general y una radiografía estructural del sector en España. En cada edición, la encuesta permite recoger información agregada sobre la situación, percepciones y principales retos de las organizaciones, aportando una visión de conjunto que complementa otros enfoques de análisis. En el Barómetro 2025, esta herramienta incorporó de manera específica un bloque temático dedicado a la polarización social, en coherencia con el foco central del estudio.

En este marco, la encuesta se diseñó para captar la percepción de las entidades en relación con el fenómeno de la

polarización, atendiendo a distintos niveles de análisis que posteriormente son abordados en mayor profundidad mediante técnicas cualitativas.

Concretamente, se exploraron tres planos complementarios: la **percepción** de las organizaciones sobre la polarización como fenómeno social general; la **autopercepción** del Tercer Sector de Acción Social como ámbito potencialmente atravesado por dinámicas de polarización; y, finalmente, la **experiencia concreta** de cada entidad en relación con los efectos de este clima en su funcionamiento interno, su convivencia organizativa y su relación con el entorno. Este planteamiento permite situar a las entidades tanto como observadoras del contexto social como actores directamente implicados en la gestión cotidiana de sus consecuencias.

El contenido del cuestionario se estructuró en torno a un conjunto amplio de variables orientadas a caracterizar cómo se interpreta y se vive la polarización desde el sector. Se indagó en la percepción de la polarización como fenómeno social, en las causas que las entidades identifican como desencadenantes y en los agentes a los que atribuyen mayor responsabilidad en su intensificación. Asimismo, se analizaron los temas, identidades y ejes de discusión considerados más o menos polarizantes en el debate público, así como el grado en que estas dinámicas se perciben como presentes en el propio Tercer Sector. El cuestionario abordó también el nivel de afectación del clima de polarización sobre la actividad de las organizaciones, su impacto en la convivencia interna y en los procesos de toma de decisiones, y la identificación de aquellos ámbitos de intervención y colectivos beneficiarios que se consideran más expuestos a sus efectos.

Desde el punto de vista metodológico, **infiere estadísticamente** sus resultados al

conjunto de entidades del Tercer Sector de Acción Social en España, definido en un universo de 27.962 organizaciones. La muestra finalmente alcanzada por el estudio fue de 756 entidades, seleccionadas mediante un diseño de muestreo por cuotas que tuvo en cuenta el volumen de ingresos, el tipo de entidad y el ámbito geográfico, con el objetivo de garantizar una representación equilibrada de la diversidad del sector. El instrumento de recogida de información fue un cuestionario estructurado compuesto por 56 preguntas y un total de 290 variables, de las cuales 24 y 69, respectivamente, están dirigidas específicamente a la temática de polarización. El trabajo de campo se realizó entre los meses de abril y noviembre de 2025.

Los resultados de la encuesta se integran a lo largo del informe como información complementaria al análisis cualitativo. Aquellos datos que resultan más relevantes para el acompañamiento interpretativo se incorporan en forma de recuadros y gráficos insertos en los distintos apartados de resultados, con el objetivo de establecer un diálogo continuo entre la evidencia cuantitativa y el análisis discursivo en profundidad. De este modo, la encuesta actúa como un elemento de triangulación metodológica que refuerza la consistencia analítica del estudio y contribuye a ofrecer una lectura más completa y contextualizada del impacto de la polarización social en el Tercer Sector de Acción Social.

3.2. Información secundaria: revisión documental

El análisis de fuentes secundarias desarrollado para este proyecto se basó en una revisión exhaustiva de literatura académica reciente sobre polarización social y su impacto en el Tercer Sector de

Acción Social. La búsqueda bibliográfica se realizó en Web of Science (WOS) y Dialnet, seleccionadas por su cobertura internacional y su relevancia en el ámbito de las ciencias sociales. Para garantizar la actualidad de los contenidos, se aplicaron filtros temporales entre 2020 y 2025, incorporando únicamente trabajos publicados en ese periodo.

La **selección del material** partió de un conjunto de conceptos y palabras clave previamente definidos, entre los que *destacaron polarización ideológica, polarización afectiva, cohesión social, desinformación, gobernanza del Tercer Sector, participación ciudadana y marcos normativos* vinculados a la acción social. Con base en estos criterios se identificaron 80 documentos, integrados por artículos científicos, informes especializados y estudios de referencia. Esta estrategia permitió reunir un corpus equilibrado entre literatura internacional indexada en WOS y trabajos en español recogidos en Dialnet, con el fin de contrastar tendencias globales y lo que se ha escrito en el contexto español.

Para el **tratamiento del material** se utilizó el software Atlas.ti, que facilitó una codificación temática de los contenidos. En esta fase se identificaron categorías vinculadas a las distintas dimensiones de la polarización —ideológica, afectiva, moral, identitaria y comunicacional— y a sus efectos sobre la cohesión, la legitimidad institucional y la acción del Tercer Sector. La codificación permitió asignar fragmentos relevantes a categorías analíticas y agrupar patrones recurrentes presentes en la literatura. De forma complementaria, se examinó la frecuencia de aparición de términos clave (como “odio”, “cohesión”, “confianza”, “polarización afectiva” o “desinformación”), lo que permitió detectar los conceptos más

persistentes y las líneas de debate predominantes.

El análisis de fuentes secundarias ha proporcionado una **base conceptual** sobre la que se ha apoyado la investigación. Además, orientó la identificación de tensiones internas, riesgos emergentes y oportunidades de actuación para las entidades. El material revisado permitió delimitar con claridad las tendencias actuales, las dinámicas que afectan a la cohesión interna y las vías estratégicas que ya están explorando las organizaciones, constituyendo así un pilar fundamental para el diseño metodológico global del proyecto y para la interpretación de los resultados cualitativos posteriores.

3.3. Análisis de la información

El análisis de la información se desarrolló siguiendo un proceso articulado, en el que se combinaron herramientas de procesamiento automatizado con enfoques cualitativos de interpretación.

La **primera fase** consistió en el tratamiento técnico del material generado en el trabajo de campo. Todos los audios fueron transcritos mediante **Whisper Local**, lo que permitió disponer rápidamente de versiones preliminares de cada conversación. Estas transcripciones, inicialmente en bruto, se revisaron de manera manual para corregir errores de reconocimiento de voz.

Una vez obtenidos los textos depurados, se procedió a la **segunda fase**. Las transcripciones del trabajo de campo se organizaron y se incluyeron en el software **Atlas.ti**, donde comenzó el trabajo interpretativo. Inicialmente, se pasó a identificar temas recurrentes y diferencias entre perfiles. A partir de ahí se elaboró un sistema de códigos combinando categorías

predefinidas —en coherencia con los objetivos del estudio— con códigos emergentes detectados durante el examen detallado del corpus. Este proceso contempló también la aplicación de búsquedas avanzadas mediante reglas GREP, útiles para localizar expresiones recurrentes asociadas a tensiones ideológicas y temas clave. La codificación resultante permitió estructurar el material y facilitar comparaciones entre ámbitos temáticos y perfiles de agentes.

A partir de la codificación se inició una **tercera fase** más interpretativa, de **carácter hermenéutico**, orientada a comprender no solo lo que se dice, sino cómo se dice y qué estructuras de sentido sostienen los discursos. En este estudio, a partir de este se busca alcanzar una comprensión profunda de la información generada, interpretando los significados, las lógicas internas y los marcos desde los que las personas construyen su relato. La hermenéutica permite explorar aquello que no se expresa de forma directa, pero que se deja entrever en la elección del lenguaje, en las pausas, en los énfasis y en las contradicciones, mostrando cómo las experiencias y los contextos dan forma al discurso.

Como complemento a este proceso, se incorporó una dimensión de **descripción analítica**, que consistió en sintetizar los hallazgos de manera clara y ordenada; construyendo relatos explicativos útiles para el informe final. Esta descripción no fue un ejercicio meramente expositivo, sino una forma de devolver coherencia narrativa al análisis, conectando fragmentos dispersos en torno a ejes temáticos y grandes ejes de investigación compartidos por las entidades.

Finalmente, el análisis se apoyó en una **escucha del contexto social** —un social listening de carácter interpretativo— que permitió situar los discursos de las entrevistas dentro del clima actual. Se contrastaron las narrativas recogidas con los marcos de debate predominantes en redes sociales y medios digitales, especialmente en torno a temas sensibles como migración, género, discapacidad o personas mayores. Esto permitió comprender mejor por qué ciertos términos emergen cargados de tensión y cómo las entidades perciben su propia posición en un entorno donde los discursos polarizados son cada vez más frecuentes.

Los **ámbitos sociales** que estructuran el análisis de los temas más expuestos a los discursos polarizantes—como migración, género y discapacidad — parten de una elección previa hecha durante la fase de diseño del Barómetro 2025. Esta decisión tomada desde el comité científico, permite agrupar temas relevantes para estudiar el impacto de la polarización social en algunos de los ámbitos más recurrentes de trabajo del TSAS. A estos temas iniciales se sumaron otros —como la diversidad sexual y derechos LGTBIQ+, salud mental, la ruralidad, o la inclusión social y pobreza — como resultado de las preocupaciones e intereses de las entidades del sector. De esta forma, la elección de estos temas responde a una percepción a través de los estudios previos, de ámbitos que podían estar atravesados por discursos polarizados. Los temas elegidos manifiestan como la polarización se expresa en algunos de los espacios dónde tiene más impacto.

El resultado final de este proceso es un análisis que articula técnicas de investigación cualitativa, una lectura contextual del momento que atraviesan las

[illegible]

04

Resultados

4.1. Análisis preliminar del discurso

El apartado cuantitativo que se presenta a continuación no busca medir opiniones ni establecer jerarquías cerradas entre temas, sino ayudar a comprender cómo se ha ido construyendo el discurso durante el trabajo de campo. A partir de la codificación de entrevistas y grupos focales, este análisis permite observar qué temas aparecen con mayor peso, cuáles tienden a ir de la mano y qué ideas quedan más aisladas o menos desarrolladas. Desde esta perspectiva, los datos se leen como resultado de los asuntos que emergen con más facilidad, las preocupaciones que se activan de forma conjunta y los marcos interpretativos que organizan la manera en que las personas explican su experiencia social. El análisis cuantitativo funciona como un apoyo a la interpretación cualitativa, ayudando a tomar distancia y a mirar el conjunto del material. Permite situar los relatos individuales dentro de dinámicas más amplias, mostrando qué preocupaciones se repiten, qué temas se entrelazan con mayor frecuencia y qué marcos compartidos dan forma al discurso colectivo.

Como apoyo al proceso, se utilizó el software de análisis cualitativo ATLAS.ti para explorar la frecuencia y distribución de términos relevantes en entrevistas, informes y otros documentos sectoriales. Esta exploración preliminar permitió

identificar conceptos clave y orientar el desarrollo de una primera taxonomía interpretativa. A su vez, pretende recoger las diversas formas en que esta se manifiesta y se afronta, teniendo en cuenta tanto los retos internos del sector como su papel en la sociedad. La propuesta de **conceptos**, es la siguiente:

Códigos empleados en el análisis

Ámbitos	Códigos aplicados
Lo político y el conflicto	Política
	Partidismo
	Polarización
	Polarización interna
	Redes sociales
Desigualdades sociales	Migración
	Género
	Discapacidad
	Vulnerabilidad
	Jóvenes
Dimensión emocional	Amenazas
	Sentimientos
Marcos normativos y de acción	Valores
	Compromiso
	Solución

Este conjunto de códigos permite analizar el discurso como un entramado de experiencias, interpretaciones y emociones, en el que lo personal y lo colectivo, lo político y lo cotidiano, se encuentran estrechamente conectados. El análisis se

centra en identificar la presencia de estos temas y en observar cómo se relacionan entre sí. La co-ocurrencia de códigos ayuda a comprender que el discurso no se organiza en compartimentos aislados, sino en relatos entrelazados, donde un mismo fragmento de conversación puede activar varias preocupaciones al mismo tiempo.

4.1.1. Análisis de co-ocurrencia de códigos

El análisis de co-ocurrencia de códigos se plantea como un **análisis cuantitativo del discurso** elaborado a partir del material cualitativo recogido durante el trabajo de campo. Este análisis se ha desarrollado mediante el uso de **ATLAS.ti**, un software especializado en el análisis de datos cualitativos que permite sistematizar, organizar y analizar grandes volúmenes de información textual de manera rigurosa.

En este marco, los **códigos** constituyen unidades analíticas que se utilizan para identificar y agrupar fragmentos de texto que comparten un mismo contenido temático, experiencia o marco interpretativo. A través de la codificación, el material cualitativo se transforma en una estructura analítica que facilita el análisis comparado de los discursos y la identificación de patrones de sentido.

La matriz de co-ocurrencias permite observar **qué códigos aparecen vinculados con mayor frecuencia** dentro de los mismos fragmentos de discurso, lo que ofrece información sobre cómo se relacionan los distintos temas en el discurso producido durante el trabajo de campo. En conjunto, el análisis pone de manifiesto un discurso fuertemente politizado, en el que las experiencias personales, las emociones y las problemáticas sociales aparecen estrechamente vinculadas a lecturas políticas, de conflicto y de polarización. En

los apartados siguientes se analiza la relación entre los principales códigos y el significado de estas asociaciones en el marco general del discurso.

A continuación, se analiza de qué manera se vincula cada uno de estos códigos con aquellos con los que mantiene las co-ocurrencias más altas, y qué dice esa relación sobre el sentido general del discurso.

- » El código **Política**, presente en 310 citas y con 222 co-ocurrencias, se sitúa claramente en el centro del discurso del trabajo de campo. Más allá de su peso cuantitativo, destaca por su capacidad para atravesar prácticamente todos los temas. Las relaciones más intensas se producen con **Partidismo** (61 co-ocurrencias), **Polarización** (33) y **Valores** (15). Este patrón sugiere que la política no se menciona como un marco abstracto, sino como un terreno de confrontación cotidiana. La política aparece asociada a bandos, posicionamientos y conflictos morales, y funciona como un lenguaje común para explicar tensiones sociales, malestares y desigualdades.
- » El código **Migración**, con 190 citas, es otro de los ejes del discurso y muestra una notable capacidad de conexión con otros temas. Las co-ocurrencias más significativas se dan con **Género** (38), **Política** (22) y **Polarización** (22). Estas relaciones indican que la migración se construye como un tema intensamente politizado y atravesado por tensiones sociales y culturales. El fuerte vínculo con el **género** apunta a una lectura diferenciada de la experiencia **migratoria**, en la que aparecen desigualdades específicas, roles asignados, situaciones de mayor vulnerabilidad y conflictos que no afectan de la misma manera a todas las

- personas. Al mismo tiempo, su conexión con la política y la polarización sugiere que la migración funciona como un **campo de disputa**, donde se concentran debates ideológicos, miedos sociales y posiciones enfrentadas, más allá de las experiencias concretas de las personas migrantes.
- » El concepto **Polarización**, que aparece en 296 citas, se relaciona de manera recurrente con **Política** (33 co-ocurrencias), así como con **Sentimientos** (13) y con el entorno digital, a través de su vínculo con **Redes sociales** y **Amenazas**. Este entramado muestra que la polarización no se percibe como un fenómeno lejano o excepcional, sino como un proceso que atraviesa el debate público, las emociones y los espacios de comunicación cotidiana. La conexión con los sentimientos revela la carga emocional del fenómeno, mientras que la presencia de las redes sociales apunta a su papel como amplificadoras del conflicto, la confrontación y la sensación de amenaza.
 - » El código **Género**, presente en 105 citas, ocupa una posición claramente relacional dentro del discurso. Sus principales vínculos se establecen con **Migración** (38 co-ocurrencias), **Discapacidad** (21) y **Política** (14). Este patrón refleja una mirada que reconoce la superposición de desigualdades y evita tratar el género como una categoría aislada. La experiencia de género aparece condicionada por factores sociales, políticos y materiales que influyen en la forma en que se vive la migración, la discapacidad o la participación en el espacio público, reforzando una lectura interseccional del discurso.
 - » El concepto **Discapacidad**, con 225 citas, se construye como una experiencia social compleja, muy ligada a situaciones de fragilidad y necesidad de apoyo. Sus co-ocurrencias más relevantes se dan con **Política** (16), **Vulnerabilidad** (13) y **Sentimientos** (12). Estas conexiones muestran que la discapacidad se asocia de forma recurrente a situaciones de fragilidad y necesidad de apoyo, pero también a vivencias emocionales intensas y a marcos institucionales y políticos que condicionan el acceso a derechos, recursos y reconocimiento social. En este sentido, la discapacidad aparece no solo como una condición individual, sino como una realidad profundamente modelada por el contexto social y político.
- Los resultados del análisis indican que **Política, Polarización, Migración, Discapacidad y Género** son los códigos que concentran un mayor número de vínculos con otros conceptos del sistema. Esta alta conectividad confirma su papel clave en la organización del discurso, al conectar problemáticas sociales, emociones y marcos políticos. Desde esta perspectiva, la polarización no se presenta como un proceso puntual o externo, sino como una **condición transversal** que atraviesa la manera en que se interpretan las desigualdades, se expresan los malestares y se construyen las narrativas sobre el presente. El fenómeno de la polarización aparece integrada en la experiencia cotidiana, influyendo en cómo se perciben los conflictos, cómo se atribuyen responsabilidades y cómo se imaginan —o se dificultan— las respuestas colectivas. Se configura, como un **factor estructural**, que condiciona tanto el contenido del discurso como los márgenes desde los que se piensan las posibilidades de acción.

4.2. ¿Cómo se entiende la polarización desde la academia?

La academia entiende la polarización como un proceso complejo que opera en varios espacios simultáneamente. No se reduce a un simple aumento del desacuerdo político, sino que implica transformaciones en la manera en que los grupos interpretan la realidad, se relacionan entre sí y perciben a quienes sostienen posiciones distintas. Desde esta perspectiva, la polarización se concibe como un fenómeno multidimensional: puede expresarse como distanciamiento ideológico, como deterioro afectivo entre colectivos o como fractura social más amplia.

La polarización social se define como un proceso mediante el cual las narrativas sobre la realidad social se desplazan progresivamente hacia posiciones extremas. Este fenómeno transforma el disenso en **antagonismo**, fragmenta el espacio público y **debilita los vínculos** que sostienen la vida en común. Supone una

reconfiguración de las relaciones sociales, institucionales y discursivas, en la que la pluralidad de opiniones se convierte en **divisiones rígidas** que segmentan a la población en grupos enfrentados. La polarización implica, además, el rechazo no solo de las ideas discrepantes, sino también de quienes las sostienen.

En las ciencias sociales, la polarización se concibe como un fenómeno multidimensional que integra varias distinciones:

- » **Polarización ideológica:** refiere al aumento de la distancia entre posicionamientos político-ideológicos respecto a diferentes temas.
- » **Polarización afectiva:** apunta a la intensificación de emociones negativas —desconfianza, hostilidad, desprecio— dirigidas hacia personas o grupos con ideas distintas. Esta dimensión adquiere especial relevancia porque puede derivar en dinámicas de exclusión incluso cuando las diferencias materiales entre posiciones no son profundas. La hostilidad



afectiva favorece el distanciamiento emocional entre grupos y condiciona las interacciones sociales.

- » **Polarización identitaria:** se manifiesta cuando diferentes colectivos se desplazan hacia posiciones cada vez más extremas en torno a percepciones sobre la identidad —por ejemplo, la identidad nacional—, generando bloques internamente homogéneos y mutuamente excluyentes.
- » **Polarización moral:** convierte las diferencias políticas en juicios absolutos de bien y mal, atribuyendo a ciertos temas un significado moral y presentando las propias posturas como incuestionables.

Desde la perspectiva académica, la polarización emerge de la interacción entre actores políticos, medios de comunicación, estructuras sociales y mecanismos cognitivos. Los estudios comparados muestran que los partidos políticos, por ejemplo, adoptan estrategias polarizantes cuando perciben que la confrontación genera beneficios electorales, especialmente en sistemas donde la competición es estrecha y la movilización emocional resulta más eficaz que la persuasión racional. En este escenario, los discursos que simplifican el espacio público en dos bandos antagónicos funcionan como recursos de diferenciación y fidelización. Cuando estas estrategias se institucionalizan, la polarización se convierte en un rasgo estable de la competición política.

La literatura sobre comunicación política subraya que los **ecosistemas de medios de comunicación** contemporáneos amplifican estas dinámicas. La segmentación de audiencias, la lógica algorítmica y la circulación acelerada de contenidos

emocionales potencian la exposición selectiva y refuerzan las identidades previas. La polarización no surge únicamente del mensaje político, sino de cómo se estructura el entorno informativo en el que se recibe. La **desinformación** y los **marcos narrativos excluyentes** actúan como catalizadores adicionales, sobre todo cuando operan en sociedades atravesadas por desigualdades, tensiones territoriales o incertidumbres económicas. En estos contextos, los discursos polarizantes encuentran terreno fértil y se integran en marcos culturales más amplios que ordenan la interpretación de los problemas públicos.

La psicología social aporta otro nivel de análisis al mostrar que la polarización no es solo el resultado de cálculos estratégicos, sino también de tendencias cognitivas propias de la vida grupal. La necesidad de coherencia interna, la aversión a la ambigüedad y los sesgos de confirmación alimentan la construcción de identidades que funcionan como filtros para procesar la información. A medida que la identidad política o cultural se intensifica, el desacuerdo deja de ser percibido como una diferencia legítima y se transforma en una **amenaza moral**. En este punto, la polarización adquiere un carácter afectivo: el “otro” se convierte menos en interlocutor y más en adversario. Esta dimensión es especialmente relevante porque explica por qué la polarización persiste incluso cuando los incentivos institucionales cambian.

El análisis discursivo introduce un matiz adicional al plantear que la polarización también es una práctica performativa. No solo describe un estado del sistema, sino que contribuye a producirlo. Cuando actores políticos, mediáticos o sociales articulan relatos que dividen el espacio público en campos mutuamente ntes,

generan marcos interpretativos que reconfiguran las percepciones individuales y colectivas. La polarización, desde esta mirada, no surge únicamente de diferencias preexistentes, sino de **narrativas que organizan la realidad de manera binaria** y refuerzan la idea de conflicto permanente.

Por otro lado, los efectos de la polarización no son uniformes. En algunos contextos contribuye a **delimitar posiciones** y ofrecer mayor **claridad**, lo que puede favorecer la participación y el debate. En otros, tiende a bloquear acuerdos amplios y reduce la capacidad del sistema político para desplegar políticas públicas complejas. Cuando la dimensión afectiva se intensifica, los costes sociales aumentan: disminuye la confianza interpersonal, se erosionan los vínculos comunitarios y se debilitan los canales de cooperación. La investigación reciente señala que estos efectos dependen de la fortaleza institucional, de la resiliencia de la sociedad civil y del grado en que los actores clave evitan la escalada retórica.

El conjunto de la literatura coincide en que la polarización no es un fenómeno

inmutable. Puede intensificarse o revertirse en función de cambios en la oferta política, en la estructura mediática o en las condiciones sociales de base. Las estrategias de despolarización —como la construcción de narrativas inclusivas, los espacios de contacto o la mejora de la transparencia institucional— muestran resultados variados y dependen en gran medida de la profundidad del conflicto y de la disposición de los actores a sostener formas de cooperación mínima. La polarización, por tanto, se interpreta como un proceso contingente que requiere enfoques sistémicos y comparativos para comprender sus causas, dinámicas y posibles vías de mitigación.

4.3. ¿Cómo se entiende la polarización desde el TSAS?

Para las organizaciones del Tercer Sector de Acción Social (TSAS), la polarización no es un concepto abstracto, sino una realidad vivida que condiciona su trabajo y redefine su relación con el entorno. Comprender este fenómeno desde la experiencia directa de las entidades es fundamental para



dimensionar su alcance real y situar adecuadamente los mecanismos que lo sostienen.

La polarización se describe como un proceso por el cual las narrativas sobre la realidad derivan hacia **posiciones cada vez más extremas**, reduciendo el espacio intermedio de diálogo. Este proceso convierte el disenso legítimo, propio de cualquier sociedad democrática, en antagonismo, fractura el espacio público y debilita los vínculos que sostienen la vida en común.

“Pues yo entiendo que alguna sociedad está polarizada cuando hay dos posturas, contrapuestas enfrentadas y con pocas posibilidades de buscar esos o vínculos de unión. Cuando te vas a los extremos, muchas, eso hace, Es decir, yo creo que las posturas están enfrentadas y lo que haces es que cada vez te vayas más a los extremos por ambos lados”. (Representante de una entidad sobre desarrollo rural)

En este contexto, se distinguen dos dimensiones clave. Por un lado, la **polarización ideológica**, entendida como el aumento de la distancia entre posiciones político-ideológicas respecto a temas estructurales y sensibles (migración, feminismo, diversidad sexual, pobreza, discapacidad, entre otros). Por otro, la **polarización afectiva**, que remite a la intensificación de emociones negativas (desprecio, desconfianza, hostilidad) hacia las personas o grupos que sostienen posiciones distintas. No se trata solo de discrepar más, sino de sentir peor a quien discrepa, y esa carga afectiva permea las relaciones cotidianas y los espacios de trabajo de las entidades.

“Hay un elemento a la polarización que se está uniendo, que es el tema emotivo. (...) No solamente es que sea un elemento ideológico, sino que el cómo yo también me siento de cara a las ideas que recibo y a las

que yo quiero expresar. Hay un vínculo emotivo también, de cómo las personas expresan en los entornos digitales y en los entornos sociales.” (Representante de una entidad sobre juventud y tiempo libre)

Sobre esta base, la **polarización se define** en este informe del Barómetro TSAS 2025 del siguiente modo:

En el contexto del Tercer Sector de Acción Social, la polarización se concibe como un fenómeno que convierte diferencias de opinión legítimas en posturas enfrentadas que dejan de reconocerse entre ellas como interlocutoras válidas. Este proceso simplifica problemas complejos en opciones binarias, intensifica la desconfianza y las emociones negativas hacia quienes sostienen posiciones diferentes y reduce los espacios para el diálogo y la búsqueda de acuerdos. sus efectos se observan en el debate público y pueden trasladarse, de forma indirecta, a la dinámica interna de las entidades

La polarización es un tema clave y crítico, surge de la simplificación de las ideas. (...) cuando se explican las ideas tú te sitúas en el cero o en el uno, en lenguaje binario, ya está. (Representante de una entidad sobre diversidad cognitiva)

“Para mí la polarización es defender, a costa de quien sea y del ideal que sea, los tuyos propios —sean los que sean—. Pero defenderlos desde una posición radical y sin ánimo de escucha.” (Representante de sobre entidad de inclusión social)

Este concepto integra cuatro dimensiones especialmente relevantes para el análisis del impacto sobre el TSAS, por un lado, la **dimensión cognitiva**, que supone la simplificación y binarización de los debates (“o estás a favor o en contra”), que impide reconocer la complejidad de las situaciones y problemas que atienden las entidades. Por otro lado, la **dimensión afectiva**, por la

cual se produce una intensificación de emociones de rechazo, desprecio o desconfianza hacia otros grupos o posiciones, que en las entidades se traduce en desgaste emocional y rupturas de confianza. Consecuentemente, tiene una dimensión relacional ya que supone la reducción de los espacios de diálogo y negociación, donde determinados temas se

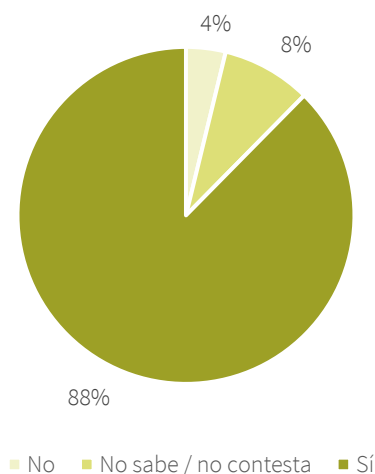
evitan o se abordan de forma defensiva. Y, finalmente, la dimensión simbólica, que implica el cambio en los valores y significados que organizan los marcos de pensamiento colectivos. Por ejemplo, este desplazamiento reinterpreta el papel del TSAS y lo sitúa con mayor frecuencia en la sospecha y el rechazo.

La polarización como contexto compartido: un diagnóstico que antecede a la experiencia

El análisis cuantitativo confirma que la polarización constituye un diagnóstico ampliamente compartido por las entidades del Tercer Sector y opera como un marco de referencia previo a la experiencia concreta que relatan las personas entrevistadas. Lejos de aparecer como un fenómeno puntual o excepcional, la polarización es percibida como un rasgo estructural del contexto social actual. Este diagnóstico generalizado contribuye a explicar por qué, en el discurso cualitativo, la polarización emerge de forma transversal, a veces de manera explícita y otras como telón de fondo implícito. Más que un objeto de reflexión delimitado, la polarización se manifiesta como un clima social que condiciona las formas de relación, los marcos interpretativos y las estrategias de intervención de las entidades.

En este sentido, los relatos cualitativos no parten de una percepción individual o aislada del conflicto social, sino que se inscriben en un diagnóstico colectivo ampliamente compartido dentro del sector.

¿Cree que nuestra sociedad está polarizada?



Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta de la Plataforma del Tercer Sector de Acción Social.

De esta forma, los mecanismos y procesos de la polarización social tienen un efecto directo sobre el lugar que ocupa el Tercer Sector de Acción Social en la sociedad. Al binarizar y simplificar los debates, sobre todo en torno a temas sensibles, se reducen los espacios de diálogo, negociación y búsqueda de consenso, precisamente aquellos donde el TSAS ha desarrollado históricamente su misión: ejecutar políticas sociales, mediar entre ciudadanía, administraciones y colectivos vulnerables, y defender derechos y valores democráticos. Esta transformación del marco de pensamiento reinterpreta su papel de actor intermediario y lo sitúa con mayor frecuencia bajo sospecha, como si la defensa de derechos y la protección de las personas más vulnerables implicara necesariamente alinearse con uno de los polos de la confrontación. En la medida en que se debilitan los espacios compartidos y se normalizan las lecturas binarias, se deslegitima simbólicamente al sector como ámbito de consenso y se presiona a las entidades para que sean leídas en clave de “a favor” o “en contra”, erosionando su valor social y cuestionando la neutralidad de su misión de mediación, cohesión e inclusión.

4.4. ¿Cómo experimenta el TSAS la polarización?

4.4.1. Agentes: ¿cómo impacta la polarización en las distintas figuras del TSAS?

La polarización social incide de manera transversal en todas las personas que conforman el Tercer Sector de Acción Social, afectando tanto a quienes trabajan y colaboran en las entidades como a los colectivos a los que se dirige su misión.

En el plano de la intervención, la polarización **recorta márgenes de actuación y estrecha los marcos de pensamiento disponibles**. Los temas sensibles como la migración, la igualdad de género, las adicciones, las discapacidades, o la inclusión social, se abordan desde discursos binarios de “a favor” o “en contra”. Las entidades mantienen su posición de mediación a favor de los derechos sociales, la inclusión y la diversidad, pero deben dirigir más esfuerzos en la transmisión de los mensajes, la mediación con redes sociales y medios digitales, más que a las propias intervenciones. Se produce un giro hacia la justificación constante de las acciones y misiones, que desvía el foco de la propia acción social. A su vez, los colectivos vulnerables ven cómo su acceso a derechos y servicios se ve condicionado por estos marcos binarios, que las sitúan con frecuencia en el centro de debates ideologizados antes que en el lugar de sujetos de derechos.

En el plano emocional, la polarización se traduce en una **intensificación clara de la carga afectiva**, conectada con lo que se ha definido como polarización afectiva. El personal remunerado y las personas voluntarias actúan como filtros entre los discursos hostiles del entorno y la vida interna de las entidades, soportando la exposición a ataques, desinformaciones y cuestionamientos que no solo se dirigen a su trabajo, sino también a su identidad profesional y, en ocasiones, personal. Esto genera desgaste, cansancio, sensación de injusticia y, en algunos casos, miedo. En paralelo, los colectivos vulnerables con los que se trabaja son objeto directo de emociones negativas cristalizadas en discursos de odio, recelo o desprecio, que refuerzan el estigma y la exclusión.

En este escenario, cada agente —personal remunerado, voluntariado y personas en situación de vulnerabilidad— experimenta la polarización de forma específica, pero siempre en un entramado relacional que multiplica sus efectos y que redefine la posición del TSAS en la sociedad, limitando su capacidad para actuar como espacio de mediación, consenso y construcción de soluciones compartidas.

Personal remunerado

La polarización social tiene un impacto directo y acumulativo sobre el personal remunerado. Este colectivo integra a las personas que sostienen la intervención cotidiana, la gestión técnica y la coordinación de programas, y se sitúa en la primera línea frente a los ataques externos, las narrativas de sospecha y las exigencias administrativas derivadas de la deslegitimación del sector.

En el plano emocional y psicológico, el personal remunerado debe enfrentarse de forma recurrente a **mensajes hostiles**, comentarios despectivos y ataques directos en redes sociales y otros espacios digitales. La lectura constante de contenidos que cuestionan su trabajo y el sentido mismo de las entidades genera sentimientos de indignación, impotencia y frustración. No se trata solo de críticas abstractas a las entidades, sino de interpelaciones que se dirigen a la tarea concreta que realizan y, en ocasiones, a su propia identidad profesional. Este cuestionamiento se extiende al ámbito personal: algunas personas trabajadoras relatan cómo su trabajo con determinados colectivos, lo que añade una capa de presión difícil de separar de la vida privada.

“Y esa lucha: enfrentarte a la sociedad, sensibilizar, concienciar, conseguir ese cambio para abrir mentes, para buscar soluciones... quizá es lo que más te agota, a

nivel emocional y psicológicamente. Y hay muchos momentos de “bueno, pues...”, de quemazón.” (Representante de una entidad sobre diversidad sensorial)

Este malestar emocional se ve reforzado cuando la polarización se traduce en **amenazas directas**. En situaciones de gran tensión social, particularmente vinculadas a la acogida de personas migrantes, se han producido episodios en los que el personal ha recibido amenazas sobre su integridad física, su vivienda o su vehículo. Estas experiencias obligan a las entidades a **activar denuncias o querellas**, y colocan a las personas trabajadoras en una situación de inseguridad que excede con mucho los márgenes habituales del trabajo social. El resultado es un entorno en el que la salud mental y el bienestar psicológico del personal remunerado se ven comprometidos y donde el desgaste se acumula con el paso del tiempo.

En el plano operativo, la polarización obliga a **desviar tiempo, energía y recursos** desde la intervención social hacia tareas de autodefensa y gestión del riesgo. El personal remunerado debe dedicar una parte de su jornada a la detección y respuesta a bulos, a la vigilancia y escucha activa en redes sociales, y a la revisión permanente de mensajes y contenidos para evitar tergiversaciones. Esta función de “monitorización” del entorno comunicativo no formaba parte de las tareas nucleares del trabajo social, pero se ha convertido en una exigencia cotidiana para muchas entidades. A ello se suma el incremento de la carga burocrática: los ataques que presentan al TSAS como “chiringuito” o como espacio de privilegios injustificados se traducen en mayores exigencias de justificación, transparencia y control, que recae en buena medida sobre los equipos técnicos. Muchas personas describen la sensación de invertir una parte importante

de su tiempo en tareas administrativas que no redundan de forma directa en mejoras para las personas participantes, sino en la necesidad de demostrar continuamente que los recursos están bien empleados.

“Entonces, esa sensación de impotencia, de decir: “No es justo”, ¿no?, “No es justo lo que están diciendo”. Porque tú sabes lo que haces, tú sabes por qué lo haces, tú sabes cómo lo haces. Y que alguien desde fuera lo cuestione sin ningún tipo de conocimiento, pues, (...), duele.” (Representante de una entidad sobre diversidad sensorial)

La polarización también influye en las **decisiones de comunicación** y en la forma de diseñar campañas y mensajes. Cada palabra, imagen o formato debe valorarse con claridad y contundencia, pero también en clave de riesgo: qué interpretaciones puede generar, qué tipo de reacción puede suscitar y qué consecuencias podría tener para la entidad y para los colectivos con los que trabaja. Esta prudencia, necesaria en contextos de hostilidad, puede derivar en **autocensura** y limitar la capacidad de denuncia y de incidencia de las organizaciones, situando ahora sobre los hombros del personal técnico la responsabilidad de encontrar un equilibrio entre visibilizar problemas y minimizar el impacto de la polarización.

Personas voluntarias

La polarización social afecta de manera clara a las personas voluntarias. Las entidades del sector reúnen a más de un millón y medio de personas voluntarias, y en muchas organizaciones el número de personas voluntarias supera ampliamente al del personal remunerado. Este peso numérico se combina con una presencia capilar en el territorio y con funciones esenciales de apoyo, acompañamiento y atención directa.

Las personas voluntarias están expuestas de forma directa al cuestionamiento social de la labor de las ONG. La narrativa que presenta al sector como “chiringuito” o como estructura que vive de los recursos públicos impacta en su vida cotidiana, especialmente en entornos donde la comunidad es pequeña y las relaciones de proximidad son intensas. Familias, amistades o vecindario pueden interpelar al voluntariado sobre por qué se ayuda a determinadas personas y no a otras, o sugerir que se está favoreciendo a quienes “no lo merecen”. En situaciones de crisis o alta visibilidad, como determinadas emergencias climáticas o dispositivos de acogida, esta presión se intensifica: el voluntariado se ve obligado a **explicar su presencia**, a defender su trabajo y a soportar comentarios o actitudes hostiles.

“A nivel personal sí que nos ha afectado (...) porque ya un poco como se te quitan las ganas de explicar el por qué hacemos eso (...) no merece la pena ya defender lo que yo estoy haciendo.” (Representante de una entidad sobre inclusión)

Además del cuestionamiento externo, el voluntariado se enfrenta a una frustración específica cuando las **personas atendidas no consiguen resolver su situación**. La combinación entre expectativas altas, recursos limitados y un contexto polarizado en el que la responsabilidad se desplaza sobre las entidades genera un estrés añadido. Las personas voluntarias pueden sentir que, pese a su implicación, el entorno social no solo no reconoce su esfuerzo, sino que lo mira con recelo, mientras que las condiciones materiales de las personas acompañadas cambian lentamente o no cambian al ritmo esperado.

“Cuando vas a algún sitio (...) lo primero que te dicen hoy (...) lo único que hacéis es dar mantas (...) solamente trabajáis para ellos

[personas migrantes]” (Representante de una entidad sobre inclusión)

La polarización refuerza la necesidad de filtrar motivaciones y de seleccionar cuidadosamente a las personas voluntarias, pero esto genera un dilema. Ser muy exigente en la acogida puede evitar problemas posteriores, pero también puede dejar fuera a personas que, con acompañamiento y tiempo, podrían desarrollar un compromiso sólido. En este equilibrio, las entidades se ven obligadas a combinar criterios de alineación con los

valores troncales con una política de puertas abiertas lo suficientemente flexible como para permitir procesos de maduración. En suma, el voluntariado experimenta la polarización como cuestionamiento externo, como tensión en su relación con los equipos técnicos y como reto interno de reconocimiento, en un escenario donde su papel sigue siendo indispensable para la acción del TSAS, pero más expuesto y exigente que en etapas anteriores.

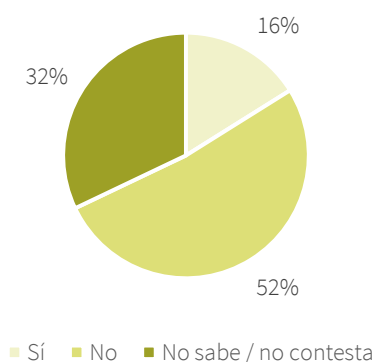
Lo que cuesta nombrar: cautela, silencios y autocontención en el sector

El análisis cuantitativo muestra una mayor dificultad o ambigüedad para posicionarse cuando las preguntas interpelan directamente al sector o a la propia entidad, en contraste con la claridad exhibida al diagnosticar la polarización social. Esta indefinición recurrente, que puede observarse en las elevadas cifras de NS/NC, puede leerse como un indicador indirecto de cautela discursiva o autocontención institucional.

Esta lectura conecta de forma directa con los discursos cualitativos que aluden a la necesidad de medir las palabras, evitar confrontaciones internas y preservar la cohesión y la imagen pública de las organizaciones. El silencio o la indefinición no aparecen, así, como ausencia de tensiones, sino como una forma específica de gestión del conflicto.

En un contexto social polarizado, la prudencia discursiva emerge como una estrategia organizativa orientada a proteger la estabilidad interna y la capacidad de acción del sector.

¿Está afectando la polarización igual a todas las organizaciones del sector?



Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta de la Plataforma del Tercer Sector de Acción Social.

Colectivos vulnerables

Los colectivos en situación de vulnerabilidad con los que trabaja el Tercer Sector de Acción Social son, en muchos casos, **el blanco directo de los discursos polarizados** y de las dinámicas de odio, recelo y desconfianza. La polarización no solo afecta a la percepción de las entidades que los acompañan, sino que incide de forma directa en sus oportunidades, en el trato que reciben y en las barreras que encuentran para ejercer sus derechos. La vulnerabilidad puede ser económica, material, administrativa, relacional o vinculada a la salud, y se refuerza cuando se superpone a marcos sociales que los presentan como amenaza, carga o grupo privilegiado.

En todos estos casos, la polarización agrava las vulnerabilidades y las hace más difíciles de abordar. Los discursos de odio, la desinformación y la instrumentalización política de las necesidades de estos colectivos intensifican el estigma, aumentan las barreras de acceso a recursos y generan climas de miedo y desconfianza. El TSAS se ve obligado a trabajar simultáneamente en dos planos: apoyar a las personas en sus trayectorias de inclusión y derechos, y disputar los marcos simbólicos que las presentan como amenaza, carga o grupo sospechoso, en un entorno donde su propia legitimidad también está en juego.

“El que yo no tenga un acceso a una vivienda, la culpa la tienen los inmigrantes. El que mis hijos no tengan acceso a las becas, la culpa la tienen los inmigrantes. El que yo no encuentre un empleo, la culpa la tienen los inmigrantes.” Nos están construyendo un relato antiinmigración y ante políticas de igualdad o políticas ambientales.”
(Representante de una entidad sobre migración)

La polarización social sitúa a los colectivos en situación de vulnerabilidad en el centro de los discursos de odio, la sospecha y el cuestionamiento público. En lugar de ser reconocidas como personas titulares de derechos, pasan a ser leídas como amenaza, carga o grupo privilegiado, a partir de narrativas que combinan ideas de invasión, abuso de ayudas públicas, falta de esfuerzo o incompatibilidad cultural. Estas narrativas afectan de forma transversal a personas migrantes y refugiadas, a quienes tienen discapacidad, a niñas, niños, adolescentes y jóvenes, a mujeres, a personas en situación de pobreza, a quienes viven adicciones o sinhogarismo, a personas con problemas de salud mental, a la población gitana, a las personas mayores y a quienes se encuentran en la intersección de varias de estas condiciones (por ejemplo, personas LGTBI migrantes, sordas o con discapacidad de minorías étnicas). En todos los casos, la combinación de estigma, racismo, antigitanismo, aporofobia, LGTBIfobia y sexismo incrementa las barreras de acceso a derechos y refuerza la vulnerabilidad inicial.

“Me preocupa que estas personas (...) acaben siendo señaladas, excluidas...”
(Representante de una entidad sobre inclusión)

En términos prácticos, la polarización reduce oportunidades y agrava las condiciones de exclusión. Los marcos hostiles dificultan la puesta en marcha de recursos y servicios, generan resistencias vecinales y conflictos en los territorios donde se ubican dispositivos de atención, alimentan el miedo de las propias personas usuarias a acercarse a recursos visibles y condicionan las prioridades de la agenda política y mediática. La estigmatización de la pobreza, la relativización de la violencia de género, la lectura de la discapacidad en

clave de consumo de recursos o la sospecha sistemática sobre las políticas de acogida y de igualdad tienen efectos directos sobre la vida cotidiana de estos colectivos, que soportan no solo la precariedad material y relacional, sino también el peso simbólico de discursos que cuestionan su legitimidad para recibir apoyo. En este contexto, las entidades del TSAS se ven obligadas a actuar simultáneamente sobre dos planos: acompañar a las personas en sus itinerarios de inclusión y, al mismo tiempo, disputar los marcos polarizados que las sitúan bajo sospecha y amenazan con normalizar su exclusión.

4.4.2. Procesos: ¿cómo opera la polarización dentro y alrededor del TSAS?

La polarización social llega al Tercer Sector de Acción Social a través de procesos concretos que combinan dimensiones políticas, comunicacionales, afectivas y organizativas. No se trata solo de un clima abstracto, sino de dinámicas muy específicas que atraviesan temas sociales sensibles, reconfiguran el debate público, generan rechazo territorial, se filtran en la base social de las entidades y obligan al sector a reposicionarse continuamente frente a la sospecha y la deslegitimación.

Procesos externos: marcos hostiles, deslegitimación y presión estructural

La polarización social genera procesos externos que, aunque se produzcan fuera del TSAS, impactan de forma directa en su capacidad de acción. Estos procesos se pueden agrupar en varios ejes: la **configuración de marcos hostiles** en el debate público, la **deslegitimación sistemática** del sector, la **partidización de**

los temas de derechos y la reconfiguración de alianzas y relaciones institucionales.

En el debate público, la polarización actúa como una maquinaria de producción de marcos confrontativos sobre los campos de trabajo del TSAS. Temas como la migración, el feminismo, la violencia de género, la educación inclusiva o la pobreza se representan mediante metáforas de invasión, amenaza, corrupción o abuso de recursos. Se utilizan etiquetas como “invasión migrante”, “feminismo radical”, “adoctrinamiento”, “paguitas” o “chiringuitos” para condensar en pocas palabras un conjunto de sospechas y recelos. De este modo, los **problemas sociales** complejos dejan de abordarse en términos de derechos, necesidades y eficacia de las políticas, y pasan a funcionar como símbolos de una **batalla ideológica** más amplia. El TSAS aparece entonces no solo como agente que actúa en esos ámbitos, sino como parte de uno de los bloques enfrentados, perdiendo su lugar como espacio de mediación.

“Dicen que vivimos a costa de las subvenciones públicas, que somos partícipes de unos chiringuitos y del clientelismo, que favorece que estas personas que no quieren que vengan a nuestro país vengan porque hacemos un efecto llamada. (...) ese discurso (...) viene a minar nuestra imagen.”
(Representante de una entidad sobre inclusión)

Este encuadre genera un **proceso de deslegitimación y sospecha persistente**. La lectura predominante ante las entidades tiende a ser desconfiada por defecto. Se cuestiona que “vivan de subvenciones”, que “se forren a costa de la pobreza”, que “solo ayuden a ellos” o que “responda a una agenda política oculta”. Circularían historias, que, aunque no se sostengan en datos objetivos, moldean las percepciones y obligan a las entidades a dedicar una

parte relevante de su tiempo y energía a desmentirlas. La desinformación no solo daña la reputación, sino que erosiona la confianza básica necesaria para que las organizaciones puedan desarrollar su trabajo en alianza con ciudadanía, instituciones y otros actores sociales.

La **partidización de los temas de derechos** es otro proceso clave. Cuestiones que el TSAS aborda desde marcos técnicos y de derechos —como la atención a menores migrantes no acompañados, la implementación de la educación inclusiva o las políticas de igualdad— son absorbidas por la lógica de la confrontación entre partidos. Se discuten como victorias o derrotas de un bloque sobre otro, más que como obligaciones derivadas de la legislación y de los compromisos internacionales en materia de derechos humanos. En ese contexto, las organizaciones, por el mero hecho de impulsar o defender determinadas medidas, pasan a ser identificadas con una opción política concreta, aunque su trabajo se fundamente en marcos jurídicos y éticos. Sus posicionamientos se interpretan como parte de la contienda partidista, no como aportaciones especializadas.

“Ahora se está tomando o se está tomando partido ideológico que afecta a prácticas que todos hacían. En realidad, todos han defendido la igualdad entre hombres y mujeres. Pero llega un momento en el que parece que la bandera de la igualdad o el feminismo... uno se queda con la bandera y otros se oponen. Es decir, prácticas políticas, de políticas sociales, en las que había más o menos un consenso, se están rompiendo por cuestiones ideológicas.” (Representante de una entidad sobre minorías étnicas)

Finalmente, la polarización reconfigura el ecosistema de alianzas y contrapartes del TSAS. En el ámbito institucional, se generan **procesos de inestabilidad y**

condicionalidad política, con cambios de gobierno que modifican convocatorias, criterios de financiación o espacios de participación. Las decisiones pueden reforzar o debilitar programas en función del clima ideológico, y el sector se ve, en ocasiones, utilizado como argumento en debates parlamentarios sobre gasto social, modelo de familia o identidad nacional. En el ámbito económico y comunitario, algunas alianzas con empresas, medios u otros actores pueden debilitarse cuando el coste reputacional de apoyar determinadas causas aumenta.

En el territorio, la **apertura de recursos** o la visibilización de colectivos estigmatizados se leen a través de los marcos polarizados que circulan en medios y redes, generando resistencias vecinales, campañas locales contra determinados dispositivos o tensiones con autoridades municipales. En todos estos casos, el TSAS se ve obligado a sumar a su labor de intervención un trabajo intenso de mediación, explicación y reconstrucción de confianza en un entorno donde los procesos de polarización social tienden a convertirlo, no en un puente, sino en un objetivo.

Procesos internos y sectoriales: cómo opera la polarización en la vida organizativa

Más allá de los procesos externos, la polarización entra en el TSAS a través de procesos internos y sectoriales que afectan a la gestión de la cohesión, a la toma de decisiones y a la coordinación entre organizaciones. En general, **las entidades coinciden en que no existe una polarización interna que fracture sus equipos**. La misión, la defensa de los derechos humanos y el compromiso con los colectivos vulnerables funcionan como un marco común fuerte que da coherencia al conjunto. Sin embargo, esto no significa

que las dinámicas polarizadas del entorno no generen tensiones, fricciones y dilemas que las organizaciones tienen que gestionar.

En lo que respecta a la cohesión y al clima de trabajo, algunas entidades señalan que las diferencias ideológicas pueden llegar a dificultar la convivencia diaria dentro de los equipos, generando tensiones que afectan a la dinámica habitual. Lo que debería ser un debate plural y técnico sobre cómo abordar determinadas cuestiones puede transformarse en conflicto cuando se cargan de significados identitarios o partidistas. La polarización rompe puentes, alimenta sospechas y dificulta la cooperación y la toma de decisiones compartidas. Los **desacuerdos pasan a interpretarse en clave personal** (“está con” o “está contra”) y no solo profesional, lo que agrava la tensión en contextos ya exigentes por la carga de trabajo y la responsabilidad que asumen las entidades.

“Un problema que se vive con mucha intensidad, y es que los trabajadores están muy sobrecargados de trabajo, están muy agobiados. Realmente hay poco tiempo para cualquier otro debate o para cualquier otro pensamiento. Pero esta sobrecarga... (...) estamos recibiendo personas inmigrantes así permanentemente, y la gente está un poco (...) un poco harta de tanto agobio que les condiciona un poco pues, yo creo, que su salud un poco mental.” (Representante de una entidad sobre migración)

La **sobrecarga emocional** se intensifica cuando los ataques externos, los bulos y las campañas de descrédito recaen sobre el personal remunerado y el voluntariado. Quienes trabajan en las entidades se ven obligadas a actuar como filtro emocional entre las críticas del entorno y la vida interna de la organización. Deben contener la preocupación de las personas voluntarias, explicar a familias y amistades

por qué realizan determinadas intervenciones, y, al mismo tiempo, sostener la atención a las personas usuarias y el cumplimiento de las obligaciones administrativas. Este papel de contención genera cansancio, **desánimo** y, en ocasiones, temor a la exposición pública. Además, el clima de sospecha generalizada obliga a invertir esfuerzo adicional en justificar decisiones, explicar criterios de selección de personas beneficiarias o clarificar la estructura de financiación.

En la gestión de la neutralidad y la convivencia interna, las entidades describen un **trabajo explícito de autorregulación**. Se trata de preservar el espacio laboral como ámbito de colaboración y derechos, estableciendo límites claros sobre qué tipo de discursos no son aceptables y recordando que las ideas políticas personales no deben condicionar la forma en que se trata a las personas usuarias ni a los compañeros y compañeras. En algunos casos, se menciona la necesidad de “dejar las ideas políticas en la puerta” como forma de proteger el clima de trabajo, no tanto negando la pluralidad ideológica, sino evitando que esta colonice las decisiones técnicas.

“En el tercer sector yo lo veo... veo que hay mucha autocensura, que hay muchas entidades como que dicen: “vamos a contemporizar lo que decimos para evitar la crítica”. (Representante de una entidad sobre infancia y juventud)

Este esfuerzo de neutralidad se traduce en procesos internos diferenciados según el **tamaño de las entidades**. En las organizaciones de menor escala, de **ámbito local o micro**, donde los equipos suelen estar formados por pocas personas, se describe una **convivencia interna muy cohesionada** y una visión prácticamente

unánime sobre los temas sensibles. El contacto diario, la proximidad y el conocimiento mutuo facilitan que las discrepancias se aborden con diálogo directo, reflexión compartida y búsqueda de consenso, sin que se conviertan en conflictos de fondo sobre la misión, las intervenciones o la administración de la entidad. En estos contextos, las tensiones no se ubican tanto dentro del equipo como en la relación con otras organizaciones del territorio, especialmente cuando trabajan con ámbitos diferentes, con enfoques distintos sobre un mismo problema o con niveles de profesionalización y recursos desiguales. Las fricciones aparecen, por tanto, más en la “frontera” entre entidades que en el interior de cada organización pequeña.

En las **entidades grandes**, como confederaciones u organizaciones de ámbito estatal, los procesos son distintos. Aunque los equipos directivos y parte del personal remunerado puedan ser numéricamente reducidos si se compara con el conjunto de la plantilla, la escala de la organización obliga a desplegar estructuras jerárquicas y dispositivos formales de gestión de conflictos. La polarización se vive, en estos casos, sobre todo de cara al público, porque estas entidades son objeto de críticas más frecuentes, están más expuestas en medios y redes y concentran mayor atención política y social. Las **discrepancias internas existen**, pero se canalizan a través de reuniones amplias, espacios territoriales de coordinación, canales de comunicación interna y mandos intermedios que actúan como enlaces entre los equipos y la dirección. Se detecta, en este nivel, la necesidad de formación específica para personas responsables de equipos, ya que el personal técnico no siempre ha recibido herramientas para gestionar tensiones

relacionales en grupos de mayor tamaño y en un contexto donde los ataques externos y la presión burocrática añaden complejidad.

Las diferencias de tamaño también se reflejan en los **procesos de gestión y en la experiencia de la burocracia**. Las entidades grandes operan con sistemas de gestión y calidad complejos. La principal tensión se concentra en los niveles administrativos y de control, donde se negocian facturas, se revisan justificantes de gasto y se traducen los requisitos de las convocatorias públicas en procedimientos internos. El volumen de datos, la necesidad de cumplir con estándares formales y la multiplicidad de financiadores genera fricciones que, en un contexto de polarización, pueden ser leídas desde fuera como signos de opacidad o de “burocracia excesiva”. En las entidades pequeñas, por el contrario, la tensión se centra en la insuficiencia de recursos para cumplir con esos mismos requerimientos: equipos muy reducidos tienen que hacerse cargo al mismo tiempo de la intervención directa, de la relación con las personas usuarias y de los procedimientos administrativos, lo que dificulta la presentación de proyectos y el cumplimiento de cofinanciaciones elevadas. La sensación de fragilidad financiera y de falta de respaldo técnico puede generar una vulnerabilidad específica frente a cambios normativos o recortes.

Sobre este escenario se dibuja una polarización sectorial asociada a la brecha de tamaño. El “gap” entre organizaciones muy grandes, con plantillas de cientos o miles de personas y presupuestos millonarios, y asociaciones pequeñas, que atienden a unos pocos grupos y manejan recursos muy limitados, se traduce en **desigualdades de capacidad operativa**, de

acceso a financiación y de presencia en espacios de decisión. Las entidades grandes cuentan con equipos estables para preparar proyectos, participar en redes y responder a los requisitos de calidad, mientras que muchas pequeñas apenas pueden garantizar la viabilidad básica de sus nóminas y servicios. Esta diferencia genera la percepción de que se hablan lenguajes distintos: mientras unas trabajan con indicadores, sistemas de gestión y modelos estatales homogéneos, otras se mueven en lógicas comunitarias y de proximidad, con estructuras ligeras y flexibles. La ausencia de una planificación pública que tenga en cuenta esta diversidad puede reforzar el desequilibrio, favoreciendo indirectamente a las entidades de mayor tamaño y poniendo en riesgo el tejido más comunitario y territorial.

La polarización también se manifiesta en **discrepancias temáticas y estratégicas**. Surgen debates sobre cómo abordar el uso de nuevas tecnologías y de la Inteligencia Artificial en la intervención social. También aparecen discusiones sobre el lenguaje

inclusivo, el enfoque de campañas de sensibilización o la forma de abordar temas sensibles como la sexualidad, el género o la diversidad cultural. Estos debates son, en sí mismos, propios de un sector vivo y reflexivo, pero en contextos polarizados pueden adquirir tonos más agudos y demandar espacios específicos de deliberación para encauzarlos.

En el terreno de la comunicación estratégica, se abren procesos internos de discusión sobre la presencia en determinadas redes sociales, especialmente en aquellas donde el clima de odio y confrontación es más acusado, como X/Twitter. Algunas organizaciones cuestionan si compensa estar en plataformas donde la exposición al ataque es alta y donde se requiere un esfuerzo considerable de vigilancia y respuesta. Otras optan por permanecer, pero con protocolos muy definidos de intervención. Estas decisiones implican equilibrar el derecho a informar y a posicionarse con la necesidad de proteger a los equipos y evitar daños innecesarios a la imagen de la entidad.

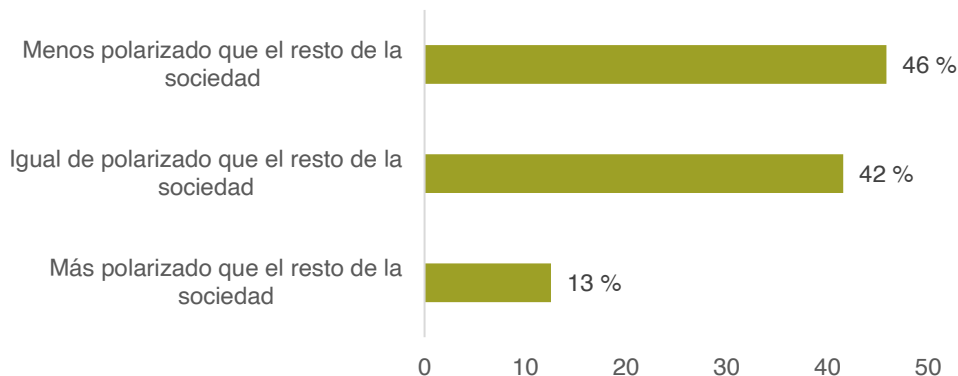
Entre un exterior polarizado y un interior cohesionado: un gradiente de percepción

Los datos cuantitativos muestran un patrón claro que dialoga directamente con los discursos recogidos en la fase cualitativa: a medida que el foco de análisis se desplaza desde la sociedad hacia el Tercer Sector y, finalmente, hacia la propia entidad, la percepción de polarización desciende de forma progresiva.

Este gradiente de percepción ayuda a contextualizar los relatos que describen a las organizaciones como espacios relativamente cohesionados y protegidos frente a un entorno social vivido como crecientemente crispado. La polarización se sitúa, así, fundamentalmente en un “afuera” del que las entidades se diferencian simbólicamente, reforzando una autoimagen de cohesión interna, diálogo y cooperación.

Lejos de negar la existencia de tensiones, esta lectura sugiere que el sector construye activamente fronteras organizativas y culturales que le permiten gestionar el conflicto sin que este derive en dinámicas de polarización interna.

Desde su percepción, si tuviera que ubicar al Tercer Sector en este proceso de polarización donde lo colocaría



Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta de la Plataforma del Tercer Sector de Acción Social.

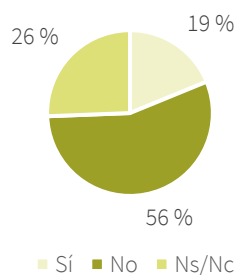
No sentirse influido, pero sí afectado: una clave para interpretar los discursos

Una de las claves interpretativas que aporta la fase cuantitativa es la distinción entre no sentirse internamente influido por la polarización y sí sentirse afectado por sus consecuencias. Esta diferenciación permite ordenar y profundizar los discursos cualitativos que describen presiones, desgaste o dificultades sin identificar una polarización explícita en el interior de las organizaciones.

Desde esta perspectiva, la polarización no atraviesa tanto las relaciones internas como las condiciones externas de actuación: condiciona la comunicación pública, tensiona las relaciones institucionales y obliga a una vigilancia constante del lenguaje y los posicionamientos.

El sector se reconoce, así, menos como reproductor de la polarización y más como receptor de sus efectos, lo que refuerza una narrativa de resistencia organizativa frente a un entorno percibido como hostil o volátil.

En su caso concreto, ¿está siendo su entidad influenciada por este proceso de polarización?



Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta de la Plataforma del Tercer Sector de Acción Social.



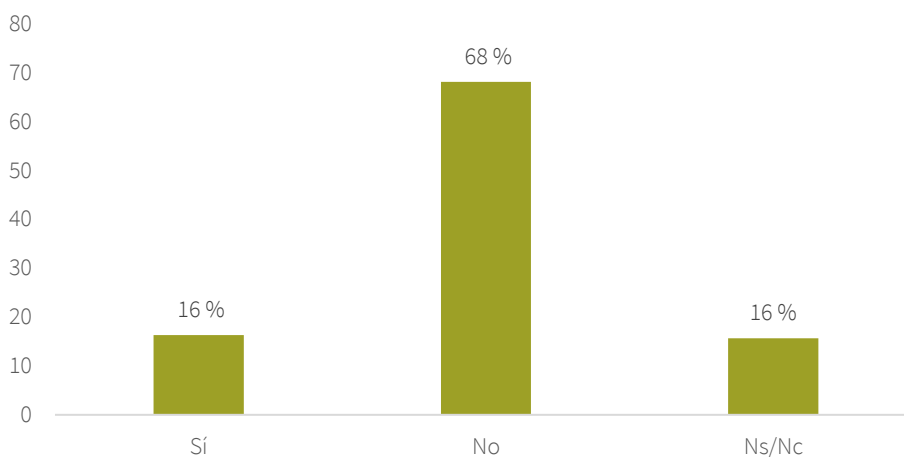
Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta de la Plataforma del Tercer Sector de Acción Social.

Esta misma pauta se reproduce cuando se pregunta por la evolución temporal de la polarización dentro de las organizaciones. Una amplia mayoría sostiene que su entidad no está hoy más polarizada que en años anteriores, lo que refuerza la idea de estabilidad interna y ausencia de un proceso de intensificación comparable al observado en la sociedad. Sin embargo, nuevamente, el volumen de respuestas de “no sabe/no contesta” resulta elevado y supera al registrado cuando se pregunta por la polarización social en general. Este dato apunta a que las entidades parecen sentirse más cómodas y seguras al diagnosticar fenómenos externos que al evaluar procesos internos, especialmente cuando estos pueden poner en cuestión la imagen de cohesión del sector.

Por un lado, las entidades muestran un claro desacuerdo con la idea de que el Tercer Sector esté favoreciendo la división de la sociedad o que se encuentre fuertemente dividido ideológicamente. También es bajo el acuerdo con aquellas afirmaciones que vinculan la polarización interna con la no cooperación entre entidades ideológicamente diferentes. Todo ello refuerza la imagen de un sector que se concibe a sí mismo como mayoritariamente unido y orientado hacia objetivos compartidos.

Por otro lado, cuando la polarización se aborda no tanto desde una clave ideológica, sino desde el grado de coincidencia en objetivos, fines y estrategias, emergen mayores niveles de disenso. La afirmación de que “en el Tercer Sector no existe polarización porque todas las entidades trabajan hacia un mismo objetivo” obtiene una valoración tendente al desacuerdo, con casi la mitad de las entidades posicionándose claramente en contra. Esta divergencia sugiere que la pluralidad interna del sector se expresa con mayor intensidad cuando los debates se desplazan del plano ideológico general al terreno más concreto de las prioridades programáticas, las estrategias de intervención y la definición de intereses.

Y pensando en los últimos años, ¿cree que su organización está más polarizada que antes?



Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta de la Plataforma del Tercer Sector de Acción Social.

4.4.3. Canales: ¿de qué forma llega la polarización al TSAS?

Los procesos de la polarización social se transmiten y vertebran a través de diversos canales para llegar a los distintos agentes, tanto de la sociedad general como del TSAS en particular. Estos canales suponen el principal intermediario entre los debates públicos y el funcionamiento de las entidades. La polarización no se expresa solo como un clima de confrontación general, sino que toma forma a través de mensajes, decisiones y prácticas concretas que circulan en los medios, las redes sociales, las instituciones y los espacios donde las entidades desarrollan su trabajo. Estos canales influyen en cómo la ciudadanía y los responsables institucionales perciben al sector y, además, trasladan esa tensión al interior de las organizaciones, generando efectos sobre su legitimidad, su estabilidad y su capacidad para sostener su labor.

Estos canales no operan de forma aislada; configuran un ecosistema que influye en

cómo las personas interpretan la realidad y procesan la información. Las fuentes coinciden en señalar un patrón de aceptación acrítica de las ideas afines y rechazo automático de las posiciones contrarias. Se produce lo que se describe como un “sesgo positivo brutal” hacia los mensajes que confirman la propia visión del mundo y una desconfianza sistemática hacia las fuentes percibidas como ajenas. La realidad se fija en ideas estáticas que se asumen como certezas, más que como interpretaciones revisables.

La combinación de desinformación, anonimato, instrumentalización política y proximidad relacional alimenta una polarización cognitiva en la que se reducen las posibilidades de análisis, de cambio de opinión y de diálogo constructivo. Para el TSAS, esto supone operar en un entorno donde sus mensajes, decisiones y programas son leídos a través de filtros previos, donde la capacidad de construir matices se ve limitada y donde la tarea de mediación exige no solo atender necesidades, sino también reconstruir,

paso a paso, la posibilidad de entender la realidad de manera compartida.

Redes sociales y prensa

Los canales digitales y mediáticos constituyen el principal amplificador de la polarización y el primer punto de contacto entre los discursos hostiles y el TSAS. Las redes sociales son espacios donde se reproducen las **tensiones y discursos** que disparan con rapidez ante cualquier suceso mediático relacionado con temas clave para la misión de las distintas entidades. Se percibe que la conversación en estas plataformas es más agresiva que el intercambio cara a cara, en buena medida porque el anonimato y la distancia permiten expresar opiniones que difícilmente se sostendrían en un encuentro presencial. Esta combinación favorece la aparición constante de mensajes poco positivos, insultos y acoso hacia entidades y personas vinculadas al sector, que se convierten en objetivo de campañas coordinadas de descrédito o de oleadas de comentarios hostiles cuando se hacen visibles determinadas acciones o campañas.

“O sea, las redes sociales, sobre todo X, estamos como en ese proceso de saber si queremos estar en lo que era Twitter. Porque al final eso se ha convertido en un espacio de odio y no sé si queremos estar ahí.”

(Representante de una entidad sobre juventud y tiempo libre)

La **desinformación y los bulos** son un componente central de este canal. La circulación masiva de noticias falsas, fragmentadas o fuera de contexto genera una fuente constante de tensión y obliga a las entidades a desplegar una vigilancia activa permanente. Los algoritmos y las lógicas de recomendación automática refuerzan este efecto. La configuración de cámaras de eco hace que muchas personas reciban fundamentalmente contenidos alineados con sus ideas previas, consolidando visiones muy parciales de la realidad y reduciendo el contacto con enfoques diferentes. Este entorno favorece un tipo de polarización cognitiva en la que las ideas afines se acogen de forma acrítica, mientras que las contrarias se rechazan automáticamente, no tanto por su contenido como por quién las emite. En el caso del TSAS, esto se traduce en que cualquier mensaje emitido por una entidad puede ser interpretado de antemano como sospechoso si proviene de un actor al que se atribuye una etiqueta ideológica determinada, independientemente de los datos o argumentos que contenga.

“Todo eso ahora mismo es el gran reto de nuestro sector, yo creo. El que en un momento determinado todo el mundo tiene acceso a la información para bien y para mal. El que se puedan ver informaciones que no son correctas y que alguien lo pueda leer...”
(Representante de una entidad sobre inclusión)

Los **medios de comunicación**, en particular la prensa escrita y digital, la televisión, la radio, actúan como otro canal importante por los cuales se activan determinados discursos. Su impacto contextualiza y genera eco de los debates polarizadores, en muchas ocasiones apelando a la reacción



emocional de las personas receptoras como forma de generar mayores niveles de interacción. El mismo hecho puede ser presentado con enfoques y marcos muy distintos en función de la línea editorial, lo que refuerza la sensación de que la ciudadanía se informa a través de fuentes que confirman sus posiciones previas. Programas de tertulia, opiniones polarizadas y coberturas que enfatizan los aspectos más polémicos de las intervenciones del TSAS refuerzan la lectura del sector como actor alineado, y no como espacio de mediación. El resultado es una conversación pública donde la palabra de las entidades se inserta en un paisaje mediático ya marcado por la sospecha y el partidismo.

Debate político e institucional

El segundo gran canal a través del cual la polarización llega al TSAS es el institucional y político. En este ámbito, la polarización se manifiesta en **discursos, decisiones de financiación, cambios normativos y espacios de participación** que inciden de forma directa en la estabilidad y capacidad de actuación del sector. El discurso político dominante se describe como superficial y simplificador, además de altamente emocional. En lugar de centrarse en mejorar las condiciones de vida de las personas, parte de la dinámica parlamentaria y mediática se orienta a deteriorar al otro bloque, utilizando temas sociales como munición argumental.

“[los discursos] cuando llegan a la sociedad llegan tan contaminados, también por intereses políticos, ideológicos y mediáticos, que la sociedad automáticamente se polariza, como con todo.” (Representante de una entidad sobre diversidad cognitiva)

Este uso instrumental de los temas sociales tiene varias consecuencias. Por un lado,

convierte la defensa de derechos en territorio de disputa partidista. Los consensos previos se erosionan y se intenta obligar a que cualquier posición social esté politizada. De esta forma, las crisis y emergencias, por ejemplo, se convierten en oportunidades para la polarización. Episodios como catástrofes climáticas o situaciones de alta tensión social se utilizan para cuestionar la actuación de las administraciones y de las entidades, en lugar de servir como momentos de cooperación ampliada.

Entornos cercanos: familias, amigos,

El tercer canal es el de proximidad, que conecta la polarización macro con la **experiencia directa entre las personas conocidas y los espacios de intervención**. Aquí la polarización ya no aparece solo como mensaje, sino como interacción concreta que condiciona la vida diaria de las entidades y de las personas con las que trabajan. Las familias y entornos personales de profesionales y voluntariado son un primer vector. Los bulos y discursos hostiles que circulan en medios y redes llegan a los hogares y conversaciones cotidianas. Esta interpelación se produce en contextos de confianza personal —reuniones familiares, amistades, vecindarios—, lo que la hace más difícil de esquivar y más dolorosa de gestionar.

“De vez en cuando pues si sueltan algún comentario un poquito despectivo que tengo que intervenir incluso a veces enfadarme porque es como oye esto no vale.” (Representante de una entidad sobre inclusión)

Las comunidades locales constituyen un segundo vector. La presencia de recursos del TSAS —centros de acogida, pisos tutelados, proyectos de juventud, dispositivos para personas sin hogar o con adicciones— se lee a través de los marcos

polarizados que circulan en el debate público. La apertura de un recurso puede desencadenar reacciones de rechazo basadas en ideas de peligro, degradación o privilegio injusto, que reproducen términos y argumentos escuchados en redes o medios. Estas reacciones se intensifican en contextos rurales o en municipios pequeños, donde la proximidad y el conocimiento mutuo hacen que cualquier decisión sea más visible y más discutida. Las entidades se encuentran así en la necesidad de combinar su tarea técnica con una labor intensa de mediación comunitaria, explicación y construcción de confianza.

Los propios **espacios de intervención**, como aulas, centros comunitarios y grupos de ocio o tiempo libre, son un tercer vector de proximidad. Las personas beneficiarias, especialmente niñas y niños, adolescentes y jóvenes, llegan a estos espacios con discursos y percepciones marcadas por lo que escuchan en sus hogares, consumen en redes sociales o reciben en sus entornos escolares. Las opiniones polarizadas sobre migración, género, orientación sexual, pobreza o discapacidad se expresan en los grupos y afectan a la convivencia, al clima de las actividades y a la forma en que se percibe a otros participantes. De esta manera, la polarización externa se “encarna” en las relaciones entre iguales y en las dinámicas de grupo, y las entidades deben trabajar no solo en la atención individual, sino también en la gestión de conflictos y en la educación para la convivencia en contextos atravesados por marcos polarizados.

4.5. ¿En qué ámbitos sociales se intensifica la polarización social?

En el Tercer Sector de Acción Social, ciertos ámbitos de intervención —migración, género, diversidad sexual, discapacidad y ruralidad— concentran tensiones que no derivan únicamente de las necesidades que atienden, sino del modo en que esas necesidades son interpretadas socialmente. Las intervenciones diseñadas para garantizar derechos, acompañar procesos o sostener vínculos comunitarios son leídas a menudo desde claves ideológicas, identitarias o territoriales. En este contexto, las entidades trabajan en escenarios donde la legitimidad de sus actuaciones ya no depende solo de la eficacia profesional, sino también de la capacidad para gestionar percepciones externas, resistencias culturales y discursos polarizados. La intensidad de estas tensiones varía según el tema y el territorio, pero todos comparten mecanismos similares. En todos los casos, el trabajo de las entidades se desarrolla en escenarios donde los marcos normativos han avanzado con mayor rapidez que la aceptación social, generando brechas que los equipos deben compensar mediante pedagogía, presencia continuada y estrategias de interlocución.

Los temas sensibles no solo expresan desigualdades, sino también tensiones entre políticas públicas, expectativas sociales y prácticas profesionales. Las entidades trabajan en entornos donde convergen discursos contradictorios, intereses y posiciones ideológicas que influyen en la recepción por parte de la sociedad de sus intervenciones. El análisis de estas dinámicas permite interpretar con

mayor precisión qué desafíos actuales tiene el sector. La presente gestión de tensiones y la futura elaboración de estrategias va a suponer una combinación de rigor técnico,

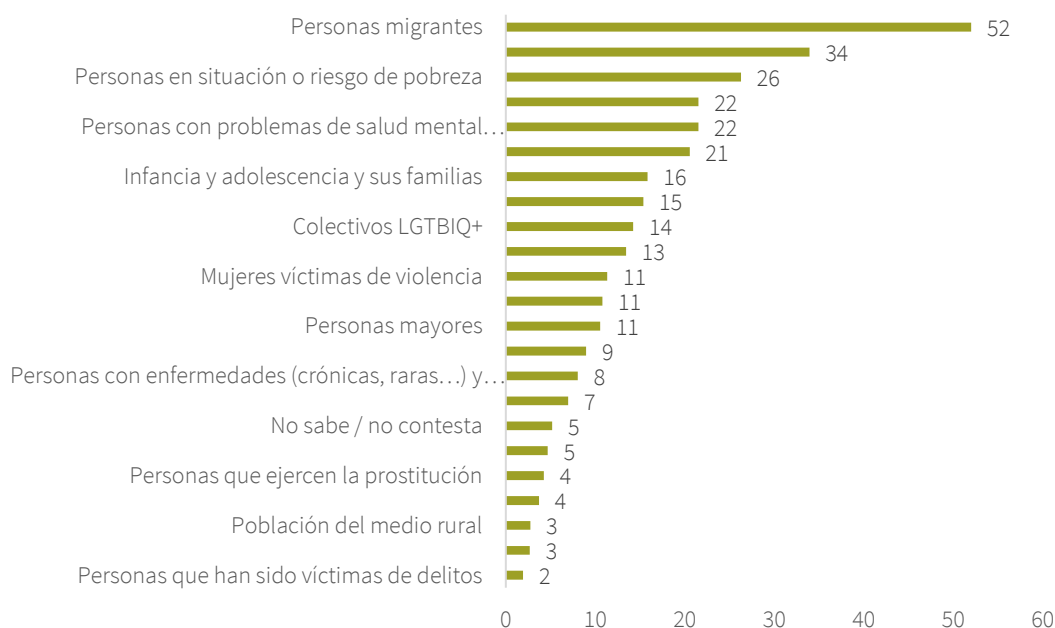
adaptación contextual y capacidad para sostener posiciones coherentes en escenarios marcados por la polarización.

Los colectivos percibidos como más vulnerables a la polarización social

Las entidades identifican con claridad a determinados colectivos sociales como los más afectados por las consecuencias de la polarización. En primer lugar, destacan las personas migrantes, refugiadas y solicitantes de asilo, seguidas de las personas en situación o riesgo de pobreza. En un segundo escalón aparecen las personas con discapacidad, aquellas con problemas de salud mental y las mujeres. Esta jerarquización pone de manifiesto el carácter profundamente desigual de la polarización, cuyos efectos recaen con mayor fuerza sobre colectivos que ya se encuentran en situaciones de vulnerabilidad, y que a menudo experimentan múltiples formas de exclusión de manera simultánea.

Cuando se analizan los efectos concretos de la polarización sobre el funcionamiento del sector, las entidades tienden a minimizar su impacto directo en la consecución de la misión, la calidad de los servicios o las relaciones profesionales internas. Las mayores dificultades se concentran, nuevamente, en el plano relacional externo, especialmente en las relaciones con las administraciones públicas y, en menor medida, con la sociedad en general. Aun así, incluso en estos ámbitos, las valoraciones se sitúan en niveles moderados, lo que refuerza la idea de una afectación real pero contenida.

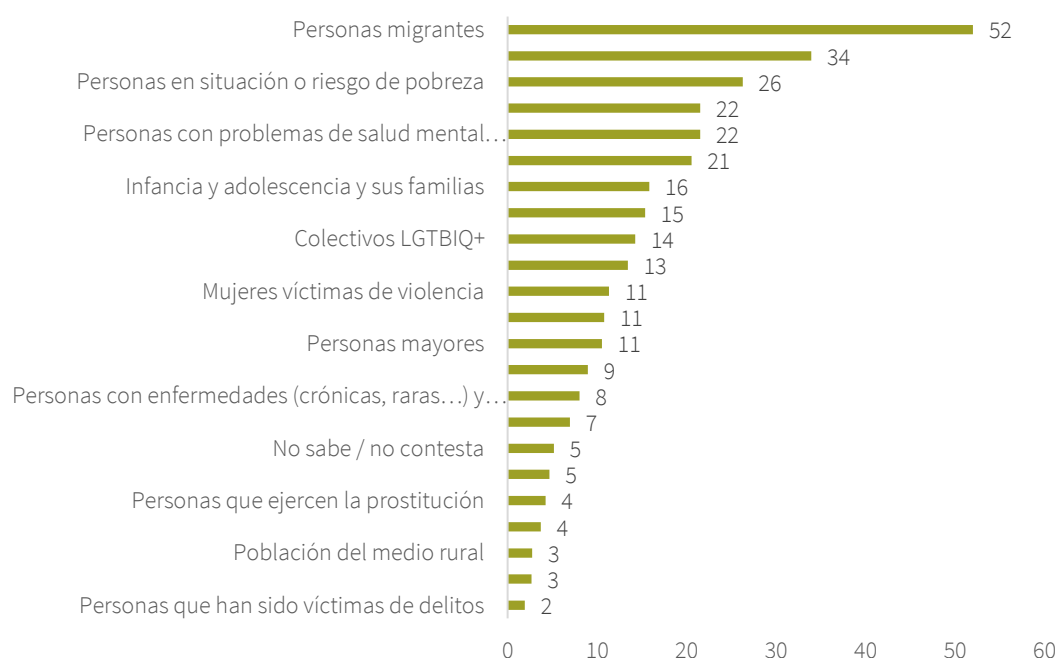
Y dentro de las personas destinatarias de las actividades que se realizan en Tercer Sector, ¿cuáles son los grupos de personas vulnerables que están viviendo con más intensidad este proceso de polarización?



Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta de la Plataforma del Tercer Sector de Acción Social.

Cuando se analizan los efectos concretos de la polarización sobre el funcionamiento del sector, las entidades tienden a minimizar su impacto directo en la consecución de la misión, la calidad de los servicios o las relaciones profesionales internas. Las mayores dificultades se concentran, nuevamente, en el plano relacional externo, especialmente en las relaciones con las administraciones públicas y, en menor medida, con la sociedad en general. Aun así, incluso en estos ámbitos, las valoraciones se sitúan en niveles moderados, lo que refuerza la idea de una afectación real pero contenida.

Y dentro de las personas destinatarias de las actividades que se realizan en Tercer Sector, ¿cuáles son los grupos de personas vulnerables que están viviendo con más intensidad este proceso de polarización?

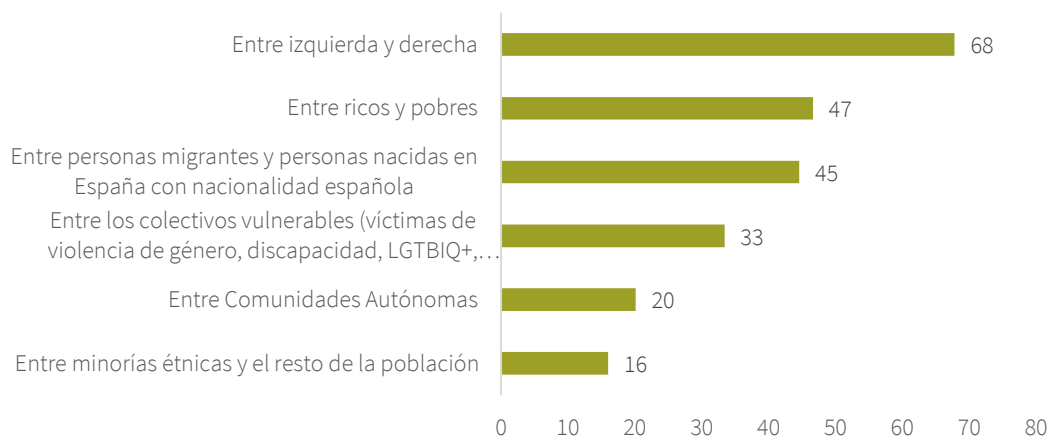


Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta de la Plataforma del Tercer Sector de Acción Social.

La polarización izquierda/derecha de los temas sociales

Los resultados cuantitativos muestran que el Tercer Sector comparte una visión ampliamente consensuada sobre la existencia, el aumento y las características fundamentales de la polarización social en España. Se trata de una polarización entendida, ante todo, como un fenómeno impulsado desde el ámbito político y mediático, que se traduce en discursos extremos, dificultades de diálogo y una creciente percepción de enfrentamiento social, y que configura el contexto en el que las entidades desarrollan su labor cotidiana.

Si tuviera que indicarnos cuáles cree que son las divisiones más importantes, ¿cuáles indicaría?

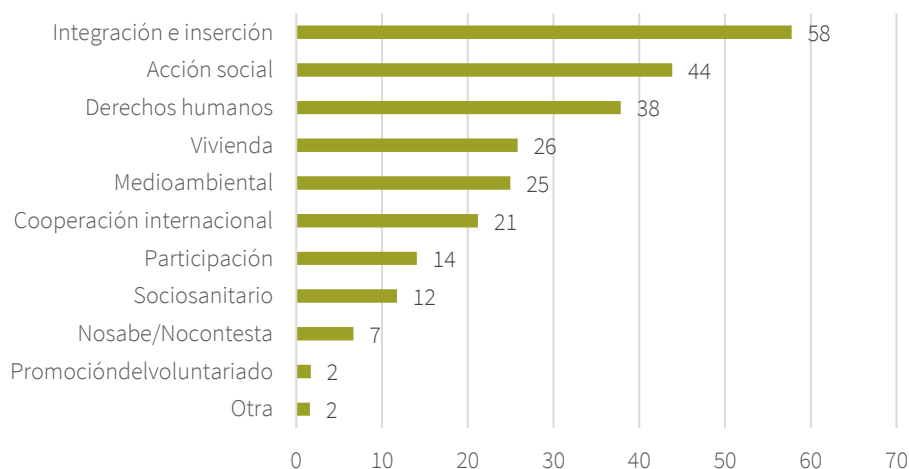


Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta de la Plataforma del Tercer Sector de Acción Social.

El impacto diferencial de la polarización según los ámbitos de actuación

El impacto de la polarización también varía de forma significativa según los ámbitos de actuación del Tercer Sector. Las organizaciones que trabajan en integración e inserción social son las que, con mayor diferencia, reconocen estar afectadas por este fenómeno. Les siguen aquellas vinculadas a la acción social y a los derechos humanos. En estos ámbitos, más directamente expuestos a debates públicos sensibles y a controversias políticas, la polarización parece actuar como un factor que tensiona la intervención social y el posicionamiento público de las entidades.

¿En qué ámbitos de actuación está afectando más la polarización social e ideológica?



Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta de la Plataforma del Tercer Sector de Acción Social.

4.5.1. Migración

La migración se ha convertido en uno de los temas más delicados para muchas entidades del Tercer Sector, porque en torno a ella se acumulan miedos sociales, tensiones políticas y límites reales en la capacidad del sistema para dar respuestas. Las organizaciones se sitúan en el cruce entre una realidad de trabajo marcada por vulnerabilidades muy concretas y un debate público que tiende a simplificar el fenómeno en términos binarios: “a favor” o “en contra”, “acogida” o “rechazo”, “ayudas” o “abandono de la población autóctona”.

El trabajo con personas migrantes implica una **exposición pública permanente**. Cada decisión —abrir un recurso, iniciar una campaña, alojar a personas en un municipio— se interpreta como un gesto ideológico, y las entidades sienten que deben justificar su misión ante sectores sociales que las acusan de “fomentar la inmigración” o de “vivir de los migrantes”. A estas miradas de la sociedad con respecto a la acción de las entidades que operan en este ámbito, se suma a la presión de un contexto político y mediático en el que la migración se anticipa como “caballo de batalla” del discurso público.

“Por lo tanto, la narrativa imperante nos cuestiona como entidad y nos pone evidentemente en una situación mucho más compleja que en otras ocasiones, en donde había una solidaridad por la acogida de personas refugiadas e inmigrantes que en este momento no tenemos con la rotundidad que hemos tenido en otros momentos.”
(Representante de una entidad sobre migración)

A nivel interno, la migración también es un foco de tensión porque pone en evidencia el desajuste entre lo que sería necesario

hacer y lo que realmente se puede hacer con los recursos disponibles. Quienes trabajan en primera línea conviven con historias de desarraigo, violencias, irregularidad administrativa o asentamientos precarios, sabiendo que los acompañamientos que podrían transformar esas vidas de forma más profunda no siempre son posibles. De ahí emerge una forma de sufrimiento moral: la sensación de que “se podrían hacer las cosas mejor”, pero falta tiempo, apoyos y estabilidad institucional.

“Modificar y transformar ese relato imperante ante las políticas migratorias y de integración es una amenaza para el futuro de la entidad”
(Representante de una entidad sobre inclusión y migración)

La tensión no se explica sólo por el volumen de demanda, sino por la combinación de tres elementos: el carácter politizado del tema, la presión emocional asociada a la vulneración de derechos y la necesidad de sostener, en ese contexto adverso, una coherencia ética hacia fuera y hacia dentro de las organizaciones.

Percepción desde fuera de las entidades

Desde fuera de las entidades, la migración se percibe en gran medida a través de un filtro mediático y emocional, más que a partir de experiencias directas de convivencia. El relato dominante se organiza en torno a un “nosotros” que se siente amenazado por un “ellos”, y se nutre de ideas de competencia por recursos, inseguridad y pérdida de identidad. En este marco, los rumores tienen una capacidad de circulación muy alta: se habla de ayudas desproporcionadas, de “privilegios” en el acceso a vivienda o de supuestos beneficios económicos, pese a que las entidades dedican esfuerzos constantes a desmentir estos bulos.

En **ámbitos rurales y localidades pequeñas** se observa un patrón repetido: antes de que lleguen las personas migrantes, aparecen miedos y resistencias (“van a traer inmigrantes”, “les darán casas y ayudas”), que se activan en redes sociales, en conversaciones vecinales o en presiones al ayuntamiento. Con el tiempo, cuando la población tiene oportunidad de convivir la alarma inicial tiende a bajar de intensidad y, en muchos casos, la población participa en los recursos de acogida o reconoce su aportación al conjunto de la sociedad. El conflicto se genera en la distancia y se matiza con el contacto real.

El rechazo se expresa a menudo en formas sutiles. En la vida cotidiana emerge un racismo “normalizado” que no se reconoce como tal: frases que apelan a la preferencia por “la gente de aquí”, comentarios sobre “gitanos” o “colombianitos”, o juicios sobre quién merece ayuda y quién no. Este racismo convive con una jerarquía de empatía: se acoge con más solidaridad a ciertos perfiles (por ejemplo, familias ucranianas) que a otros (jóvenes africanos en cayucos o menores no acompañados), donde el color de piel, la religión o la nacionalidad influyen en la disposición a aceptar su presencia.

Los **medios y las redes sociales** amplifican estas dinámicas. La migración se narra en clave de crisis permanente, a base de “oleadas”, “avances” o “colapsos”, sin explicar las causas estructurales de los desplazamientos. Las imágenes de llegadas, rescates o acogidas se reinterpretan desde marcos ideológicos que convierten gestos humanitarios en provocaciones o en prueba de trato de favor. De este modo, la polarización se refuerza más en el discurso público que en la convivencia real, que suele ser mucho

más pragmática y menos alarmista allí donde la diversidad forma parte de la vida diaria.

“Eso es ahora mismo lo que sobre todo se acusa en las redes sociales: que nos dedicamos a las personas de fuera y no a las de dentro.” (Representante de una entidad sobre inclusión)

Percepción desde el interior de las entidades

En el interior de las entidades, la **migración no supone un tema que genere tensiones** sobre la legitimidad de intervenir, sino como un ámbito que forma parte de la identidad misma de las entidades del Tercer Sector. Ninguna de las voces recogidas cuestiona la necesidad de acompañar a las personas migrantes; las **discrepancias** surgen cuando se debate **cómo hacerlo**, con qué intensidad y con qué prioridades frente a otros campos de actuación.

El núcleo de las tensiones internas no está en el “si acoger”, sino en el “cómo acoger” y “hasta dónde se puede llegar”. La intensidad de las necesidades —personas en situación irregular, menores no acompañados, mujeres que han sufrido violencia, trabajadores en asentamientos sin condiciones básicas— desborda a equipos que sienten que la respuesta que ofrecen queda por debajo de lo que consideran justo. La acumulación de casos complejos, unida a la burocracia y a la falta de salidas reales para muchas personas, se traduce en cansancio moral y en la percepción de estar sosteniendo la frontera más vulnerable del sistema con medios insuficientes.

A ello se suma la presión del entorno. Las personas trabajadoras y voluntarias no sólo **escuchan discursos hostiles** en el ámbito externo o en redes, sino también en sus círculos personales: bromas,

comparaciones entre lo que se da a la población migrante y lo que se ofrece en otras emergencias, sospechas sobre el uso de fondos. Defender una labor humanitaria en esos contextos requiere un esfuerzo emocional sostenido, que puede derivar en frustración y, en algunos casos, sensación de aislamiento.

Frente a esta situación, las entidades que cuidan su cultura interna —favoreciendo espacios de diálogo, supervisión, denuncia de actitudes racistas o sexistas y reflexión sobre los propios valores— parecen más capaces de mantener la motivación y la coherencia. El tema migración se convierte en un ámbito en el que las entidades tienen que revisar prácticas, discursos y relaciones cotidianas para asegurar que el compromiso con la diversidad y la ciudadanía plena se sostiene también dentro de la institución.

Espacios dónde aparecen tensiones

La polarización en torno a la migración se alimenta de una combinación de factores y se concentra con especial intensidad en ciertos espacios:

a) Factores estructurales y simbólicos

- **Desigualdad y precariedad previas:** en contextos de desempleo, falta de vivienda, servicios saturados o abandono institucional, la presencia de personas migrantes se convierte en pantalla donde se proyectan frustraciones acumuladas. El malestar social preexistente se canaliza hacia “los de fuera”, aunque el origen del problema sea estructural.
- **Debilidad de los canales de participación de las personas migrantes:** la escasa capacidad de incidencia política y representativa de quienes migran refuerza su

vulnerabilidad. Sus intereses y voces apenas cuentan en los procesos de decisión, lo que facilita que se hable sobre ellas sin contar con ellas.

- **Imaginarios mediáticos y políticos:** la construcción de la migración como “problema” se apoya en discursos que asocian llegada de personas extranjeras con inseguridad, desorden o pérdida de identidad nacional. Estos imaginarios se reproducen en medios, redes y campañas electorales, y condicionan la lectura de cualquier hecho vinculado a la migración.

b) Espacios donde la polarización se intensifica

- **Ámbito local y municipal:** en los niveles más cercanos al territorio la tensión se vuelve más directa. La decisión de empadronar, abrir un centro o ceder viviendas se discute en la proximidad, con vecinos que interpelan a las entidades.
- **Territorios con poca presencia migrante real:** la experiencia muestra que los discursos más extremos suelen aparecer en lugares donde casi no hay convivencia cotidiana con población migrante. Allí la migración se imagina a partir de relatos de terceros, y el miedo crece sin contraste con la experiencia directa.
- **Intersección entre género, racismo y migración:** las trabajadoras interculturales y las mujeres migrantes enfrentan capas superpuestas de violencia institucional, sexismo y racismo. El hecho de que incluso profesionales

acreditadas sufran discriminación en servicios públicos pone de relieve que los dispositivos institucionales no están plenamente preparados para gestionar la diversidad.

Estrategias de respuesta

Las entidades del Tercer Sector no se limitan a soportar la polarización; desarrollan estrategias para gestionarla y reducir sus efectos. Estas estrategias se despliegan en tres niveles interconectados: interno, comunitario y comunicativo.

- a) **A nivel interno:** Las organizaciones refuerzan la cohesión de los equipos mediante espacios de diálogo, supervisión y cuidado. Reuniones donde se comparten situaciones complejas, análisis colectivos de casos difíciles, atención a los impactos emocionales y trabajo explícito sobre los valores comunes funcionan como “espacios de descompresión” y como mecanismos de control ético. La vigilancia frente a actitudes racistas o sexistas en el interior de la entidad se entiende como parte de la coherencia institucional.
- b) **A nivel comunitario y territorial:** En los territorios, la principal herramienta es la presencia continua y la mediación. Ante la instalación de recursos de acogida, se opta por explicar con claridad los programas, dar la cara en reuniones vecinales, tender puentes con el tejido asociativo local y favorecer interacciones concretas: actividades comunitarias, talleres, proyectos compartidos. La experiencia muestra que, cuando se facilita el encuentro, la percepción de amenaza disminuye y la comunidad local puede pasar del rechazo inicial a la colaboración o, al

menos, a una convivencia aceptada. En este nivel, las entidades actúan como “amortiguadores” entre la tensión y la vida cotidiana.

- c) **A nivel comunicativo y público** En el plano público, las entidades intentan contrarrestar los relatos de miedo con información basada en datos y experiencias reales. Subrayan el papel de la migración en el sostenimiento de sectores clave —cuidados, agricultura, hostelería, construcción— y en la revitalización demográfica de territorios despoblados. Al mismo tiempo, son conscientes de los riesgos de la exposición mediática: imágenes de acogida pueden ser manipuladas y desencadenar campañas de odio. Esto obliga a diseñar estrategias de comunicación que combinen transparencia, rendición de cuentas y protección de las personas que aparecen en primera línea.

Visión de futuro

Se percibe que la migración **seguirá siendo un tema central en el debate público** y probablemente continuará utilizándose como recurso político. Sin embargo, las entidades consideran que este escenario no impide avanzar hacia modelos de convivencia más justos, siempre que se den ciertas condiciones.

En primer lugar, se plantea la necesidad de reforzar los marcos de derechos y la capacidad de las personas migrantes para participar en las decisiones que les afectan. Sin canales de representación ni acceso garantizado a la información en lenguas comprensibles, resulta difícil que puedan defender sus intereses y contrarrestar discursos que hablan en su nombre. Fortalecer su agencia política y social es

una pieza clave para reequilibrar las relaciones de poder.

En segundo lugar, las organizaciones señalan el papel estratégico de la migración en la sostenibilidad económica y demográfica del país. En territorios despoblados, la presencia de población migrante permite mantener servicios, escuelas y actividades productivas. En sectores como los cuidados o el trabajo agrícola, su contribución es estructural. Reconocer este aporte no implica idealizar la migración, sino integrar de forma honesta su relevancia en cualquier discusión sobre futuro social y económico.

En tercer lugar, el futuro se vincula a la capacidad de la sociedad para pasar de un enfoque multicultural, centrado en la coexistencia de grupos diferenciados, a una perspectiva intercultural, basada en la interacción, el reconocimiento y la justicia

social. Las entidades imaginan una sociedad donde la diversidad no se tolere como excepción, sino que se gestione como parte normal de la ciudadanía, con instituciones adaptadas y comunidades capaces de aprender de la convivencia.

Por último, la sostenibilidad del compromiso con la migración dependerá de la capacidad del Tercer Sector para cuidar también su interior: proteger a quienes acompañan, consolidar culturas organizativas coherentes y mantener espacios de reflexión frente al desgaste. En esa doble dimensión —fortalecer derechos y cuidar a quienes los defienden— se juega buena parte de la posibilidad de que la migración deje de ser un campo de polarización permanente y se reconozca como uno de los ámbitos donde se despliegan, de forma más visible, las posibilidades y límites de la justicia social contemporánea.



4.5.2. Género e igualdad

El género se ha convertido en un eje de tensión para las entidades del Tercer Sector de Acción Social porque conecta de forma directa con debates sobre identidad, poder y valores sociales que hoy están fuertemente polarizados. A diferencia de otros ámbitos de intervención, que tienden a suscitar consensos básicos, el trabajo en género no siempre es percibido como una respuesta a desigualdades, sino que con frecuencia **se interpreta como una toma de partido ideológica**, desde el discurso en la sociedad. Los discursos mediáticos y políticos caricaturizan el enfoque de género, lo asocian a “ideologías” concretas o lo presentan como un privilegio injustificado. El resultado es que el género deja de ser entendido como una herramienta de equidad y se convierte en un marcador simbólico que divide, genera recelos y activa respuestas defensivas.

Una parte de esta tensión tiene que ver con la carga simbólica que ha adquirido el propio término “género”. Para algunos sectores remite a derechos conquistados y luchas históricas; para otros, a una supuesta imposición cultural o política. Esta ambivalencia –dos opciones, negro o blanco– hace que cualquier actuación etiquetada como “de género” se lea en clave de alineamiento identitario, incluso cuando las intervenciones se centran en cuestiones muy concretas de salud sexual, prevención de violencias o igualdad de oportunidades. El lenguaje técnico — expresiones como “perspectiva de género” o “violencia machista” — ha sido desplazado de su contexto jurídico o profesional y resignificado en el espacio público, donde se emplea como etiqueta polémica. Esto obliga a las entidades a

revisar no solo lo que hacen, sino también cómo lo nombran, anticipando malentendidos y lecturas hostiles. En este contexto, el tema género aparece como un terreno de tensión porque coloca a las organizaciones en un espacio socialmente expuesto. No basta con tener rigor técnico, también hay que gestionar la posible distorsión de sus mensajes y el riesgo de ser encasilladas en uno u otro bando o partido.

"Ha habido unos años en que parecía que si no eras verde, feminista, no sé cuánto... no llegabas. (...) Y sin embargo ahora... ha habido eso: que hay un pendulazo sobre temas de derechos humanos y de cosas que se han defendido mucho durante todos estos años" (Representante de una entidad sobre inclusión y pobreza)

Percepción desde fuera de las entidades

Desde fuera del Tercer Sector, el género no siempre se percibe como una línea de trabajo legítima o prioritaria. En el espacio mediático y político, el enfoque de género ha sido objeto de una contestación creciente, que se traduce tanto en **campañas de desprestigio** como en comentarios cotidianos que desacreditan estas intervenciones. Las organizaciones que trabajan en igualdad o violencia de género reportan una mayor exposición a ataques simbólicos, burlas y acusaciones de estar al servicio de intereses partidistas. La crítica no se dirige tanto al contenido de las acciones como a la etiqueta que las identifica: se tiende a hablar de “chiringuitos”, “feminismo radical” o “ideología de género” para poner en duda su neutralidad y su utilidad social.

"Estamos yendo —para mí— hacia atrás, en personas muy jóvenes que siguen considerando que el feminismo es una agresión. La igualdad la consideran... se está volviendo a los roles tradicionales de

hombres y mujeres.” (Representante de una entidad sobre infancia y juventud)

Estas narrativas impactan de forma especial en las entidades cuya actividad cuestiona prácticas arraigadas o líneas de actuación que no se habían puesto en cuestión. En su relación con las administraciones, algunos equipos describen experiencias de trato despectivo o condescendiente cuando presentan proyectos vinculados a derechos de las mujeres o a violencias de género. En estos casos, las resistencias no siempre se expresan de forma abierta, pero se manifiestan en desinterés, falta de escucha o dificultades para reconocer la profesionalidad de quienes trabajan en este ámbito. La paradoja es evidente: las entidades dependen en parte de las instituciones para sostener sus programas, al tiempo que deben señalar sesgos o fallos en esas mismas estructuras.

Al mismo tiempo, una parte del discurso social presenta los avances en igualdad como logros ya consolidados. Esto desactiva la sensación de urgencia, especialmente entre sectores jóvenes que perciben el feminismo como una agenda exagerada o innecesaria. Algunas entidades advierten de un giro hacia posiciones más tradicionales sobre los roles de hombres y mujeres, que se acompaña de la percepción del feminismo como agresivo o divisivo. De este modo, el discurso externo sobre el género se vuelve fragmentado y contradictorio: mientras una parte de la sociedad apoya activamente las políticas de igualdad, otra las relativiza o las cuestiona, y una tercera muestra cansancio frente a la intensidad del debate. En este escenario, las organizaciones sociales no solo deben explicar en qué consiste su trabajo, sino también justificar el sentido mismo de su existencia y de su enfoque.

Percepción desde el interior de las entidades

Dentro de las entidades del Tercer Sector, el género **se percibe como un tema necesario y legítimo**, pero no siempre fácil de sostener en la práctica. Las entidades entienden que el género es parte de su compromiso ético y de sus principios fundacionales. En muchos casos, la perspectiva de género aparece formalmente institucionalizada: existen planes de igualdad, protocolos y comisiones específicas, y se afirma su transversalidad en la planificación. En las entidades más consolidadas, este trabajo se percibe como integrado en el funcionamiento cotidiano y no genera grandes debates sobre su pertinencia.

Algunas entidades reconocen que han avanzado en instrumentos, pero no tanto en procesos de debate interno compartido. La aplicación de protocolos sin una discusión previa sobre su sentido puede dar lugar a incomodidades, resistencias silenciosas o grados muy desiguales de implementación entre equipos y territorios.

En los ámbitos de trabajo más complejos — como la discapacidad intelectual, las comunidades migrantes, el pueblo gitano o determinados contextos rurales — el enfoque de género se enfrenta a condiciones de intervención más difíciles. Las entidades describen un trabajo sostenido para articular la promoción de la igualdad con el reconocimiento de los referentes culturales, familiares o religiosos de las personas con las que trabajan. Más que trasladar modelos prefijados, se busca acompañar procesos de cambio que requieren tiempo, diálogo y confianza. En ese marco, se priorizan estrategias que amplían márgenes de autonomía —a través de la formación, el acceso al empleo o la

participación social— y que permiten avanzar en derechos sin romper de forma abrupta los equilibrios comunitarios, salvo cuando resulta imprescindible para garantizar la protección y la integridad de las personas.

Espacios donde aparece el tema y cómo se expresa

El tema del género aparece en múltiples espacios del trabajo cotidiano del Tercer Sector, aunque su presencia no siempre es explícita. Su manifestación más visible se produce en el ámbito público, donde la **comunicación de proyectos o mensajes** relacionados con la igualdad puede activar respuestas críticas que cuestionan la legitimidad o la neutralidad de las entidades. La exposición en redes sociales y en campañas institucionales convierte el género en un terreno especialmente sensible.

En la intervención comunitaria, el género emerge tanto en expresiones de resistencia abierta como en formas más sutiles de desinterés o incomodidad. En determinados territorios y grupos de edad, se observa un aumento de discursos que interpretan el feminismo como confrontación o exageración, lo que obliga a las organizaciones a ajustar sus estrategias comunicativas y pedagógicas. Esta reacción no se limita al desacuerdo explícito: también se manifiesta en la dificultad para abordar cuestiones como la corresponsabilidad en los cuidados, la participación de las mujeres en actividades comunitarias o la asignación de roles dentro de los grupos.

Estrategias de respuesta

La adaptación del **lenguaje** se ha convertido en otra herramienta fundamental. Las entidades ajustan la

forma de presentar sus intervenciones, evitando términos que activan reacciones defensivas y priorizando referencias a derechos, bienestar, convivencia. Esta estrategia no implica renunciar al fondo del trabajo, sino buscar marcos comprensibles que faciliten la labor de comunicación.

La gestión de la tensión pasa también por el **acompañamiento prolongado** en procesos de cambio comunitario. Las organizaciones que trabajan con colectivos donde los roles de género están fuertemente naturalizados insisten en que las transformaciones requieren tiempo, confianza y presencia estable. La clave está en catalizar cambios desde dentro, apoyando a las propias personas y comunidades para que identifiquen sus necesidades y prioridades, en lugar de imponer modelos externos. Esta forma de intervenir permite reducir el riesgo de cierre defensivo y favorecer avances sostenibles.

En el plano interno, la **formación** continua y la implementación de planes de igualdad contribuyen a asegurar que el enfoque de género no se quede en el discurso. Las entidades que reflexionan sobre sus propias prácticas, que abren espacios para abordar sesgos y que se esfuerzan en alinear sus estructuras con los valores que defienden hacia fuera, se perciben mejor preparadas para afrontar la presión externa.

Visión de futuro

De cara al futuro, las entidades coinciden en que el trabajo en materia de género **seguirá siendo imprescindible** y, al mismo tiempo, estará sometido a fuertes tensiones. No se percibe como un campo superado, sino como un terreno en el que los avances pueden ser reversibles si se debilitan las políticas públicas, la financiación o el consenso social.

Una preocupación central es el vínculo con las generaciones más jóvenes. El cuestionamiento del feminismo o el retorno a roles tradicionales que se observa en parte de la juventud se interpreta como una señal de alerta. Las entidades consideran prioritario reforzar la educación en igualdad, abrir espacios de diálogo intergeneracional y renovar los lenguajes con los que se abordan estos temas, para evitar que el desgaste del debate público erosione la legitimidad de las reivindicaciones.

Por lo tanto, respecto al tema de género, las entidades reconocen que el clima social puede traducirse en retrocesos y que el desgaste del debate sobre género no desaparecerá a corto plazo. Por otro, se mantiene la convicción de que las entidades tienen un papel decisivo en sostener los avances logrados, acompañar nuevos cambios y recordar que la igualdad entre mujeres y hombres no es un partidismo o ideología, sino un derecho.

4.5.3. Discapacidad

La discapacidad se ha convertido en un ámbito de tensión porque no remite únicamente a un campo de intervención específica, sino a una discusión más amplia sobre inclusión, autonomía y justicia social. La toma de decisiones no son solo técnicas, sino también éticas y políticas: qué se entiende por igualdad de oportunidades, qué modelo de apoyos se considera adecuado y quién define qué es “lo mejor” para cada persona o para cada familia. Este carácter transversal, vinculado a la vida cotidiana, hace que la discapacidad active sensibilidades diversas, tanto dentro de las entidades como en su relación con el entorno institucional y social.

Las tensiones actuales en torno a la discapacidad se sitúan en el tránsito de un sector que avanza hacia **modelos basados en derechos** mientras mantiene vínculos con una base social formada en marcos anteriores. Esto se expresa en debates muy concretos —el futuro de la educación especial, la organización de los recursos residenciales o el papel de las personas con discapacidad en los órganos de gobierno— donde no hay posiciones incompatibles, pero sí inquietudes distintas. El temor a perder apoyos que se perciben como estables convive con la convicción de que los dispositivos más segregados deben transformarse para responder al paradigma actual. En ese contexto, la discapacidad se vuelve un terreno especialmente sensible porque obliga a revisar los fundamentos del sector, a repensar qué significa garantizar una vida digna y a negociar, de forma continua, el equilibrio entre protección, autonomía y derechos.

Percepción desde fuera desde fuera de las entidades

Desde fuera del sector, la discapacidad sigue cargada de significados que no siempre reflejan la realidad de las personas ni el trabajo de las organizaciones. El discurso público ha incorporado términos como inclusión, accesibilidad o autonomía, pero en la práctica persisten imaginarios que asocian la discapacidad con dependencia, coste económico o pasividad. Esta mirada condiciona la forma en que se valora la presencia de personas con discapacidad en el espacio público: se las reconoce, pero a menudo se las sigue situando en receptoras de recursos más que sujetos de derechos.

“Cualquier titular genera polarización. (...) Pero es verdad que a nosotros nos afectan especialmente titulares, lo diga quien lo diga. Pero como por ejemplo el que hubo hace más

o menos un mes relacionado, (...) donde titularon a las personas con discapacidad de alguien, bueno, porque por una maldición le venía la discapacidad.” (Representante de una entidad sobre discapacidades)

Este tipo de percepciones tiene efectos directos sobre el sector. Cuando la discapacidad se presenta en los medios como un ámbito de gasto o se enfatizan únicamente las dificultades de comportamiento o las necesidades de apoyo, se cierran puertas a la participación social, al empleo o a la vida independiente. Al mismo tiempo, se difunden narrativas que presentan las políticas de apoyo como un terreno saturado o sobrefinanciado, alimentando la idea de que “ya está todo conseguido” y reduciendo la percepción de necesidad. El resultado es una mezcla de compasión, sospecha e indiferencia que **no favorece un debate sobre los derechos y las condiciones de vida** del colectivo.

En los últimos años, este escenario se ha visto atravesado por marcos de polarización más amplios. Discursos que cuestionan las políticas de igualdad o diversidad han incorporado también a la discapacidad, presentándola como ejemplo de un supuesto exceso de protecciones o de privilegios injustificados. Aunque no son las narrativas dominantes, circulan con suficiente intensidad como para impactar en la reputación del sector y reforzar resistencias culturales. El discurso externo sobre discapacidad oscila entre el reconocimiento formal y la permanencia de estereotipos que actúan como freno a la plena ciudadanía.

Percepción desde dentro desde fuera de las entidades

Dentro de las entidades, la forma en que la sociedad habla de la discapacidad se observa con una mezcla de realismo y

preocupación. Los equipos constatan que buena parte del esfuerzo cotidiano se dirige a deshacer malentendidos y a explicar que la discapacidad no equivale a dependencia absoluta ni a consumo de recursos sin retorno. La imagen de las personas con discapacidad como sujetos pasivos sigue presente y obliga a las organizaciones a reiterar que su trabajo tiene que ver con derechos, participación y calidad de vida, no solo con ayudas o prestaciones.

Esta **necesidad de justificar** de manera recurrente la relevancia del propio campo de acción genera desgaste. Muchos equipos describen la sensación de estar “volviendo al principio” en debates que se daban por superados: explicar por qué siguen existiendo barreras, por qué son necesarios ciertos apoyos o por qué la inclusión no se limita a la presencia física en los espacios. Al mismo tiempo, se percibe un giro en el clima social y político, donde valores que parecían asentados — como la legitimidad de las políticas de inclusión— aparecen ahora cuestionados desde discursos polarizadores que agrupan discapacidad, feminismo o diversidad sexual como parte de una misma “agenda ideológica”.

“Los haters vienen con el discurso hecho por la extrema derecha, o sea, de las paguitas, (...) pasa en la discapacidad, que “podemos aparcar donde nos da la gana, que tenemos subvenciones, que nos meten antes en las universidades”, que todo esto, el discurso que viene ya hecho de la extrema derecha”. (Representante de una entidad sobre discapacidades)

Frente a este contexto, las entidades optan por estrategias de contención más que de confrontación. Las entidades sostienen un discurso basado en la experiencia acumulada y en el impacto real de los proyectos. Se cuida especialmente la

comunicación, sabiendo que una frase fuera de contexto puede desviar el foco del trabajo de fondo hacia polémicas externas. Esta atención al lenguaje no se vive como autocensura, sino como parte de la responsabilidad institucional en un entorno donde la exposición pública es alta y los discursos –a favor o en contra– que se generan son muy importantes para la labor de las entidades.

Al mismo tiempo, la presión externa actúa como recordatorio de las desigualdades que persisten. La distancia entre el relato social y la realidad que las entidades ven en residencias, centros de día, dispositivos de apoyo o entornos familiares refuerza el sentido de misión de quienes trabajan en el sector. Desde dentro, la discapacidad se percibe menos como un tema “resuelto” y más como un campo en el que aún queda un recorrido considerable para que los derechos formales se traduzcan en condiciones de vida efectivas.

Sin embargo, las entidades reconocen que el ámbito de la discapacidad es uno de los temas en los que menos ataques existen, comparados con otros temas como género o migración. Esta situación viene dada del trabajo realizado por las entidades y organismos en los últimos años, en una apuesta por la visibilidad. Pese a esta situación, algo más favorable que en otros temas, las entidades son conscientes de que queda trabajo por hacer, para no volver atrás.

Espacios donde aparece el tema

La discapacidad aparece con mayor intensidad en los espacios donde se definen las prioridades institucionales y se confrontan modelos de intervención. En los **órganos de gobierno** —asambleas, patronatos, comisiones técnicas— afloran tensiones relacionadas con la asignación

de recursos, el equilibrio entre apoyos directos y participación, y el papel que deben ocupar las propias personas con discapacidad en la toma de decisiones.

Las discusiones sobre el papel de los **centros de educación** especial, la suficiencia de los apoyos en la escuela ordinaria o el grado de autonomía que deben tener las familias expresan la dificultad de trasladar el ideal inclusivo a contextos muy heterogéneos.

Las relaciones con la **administración** muestran otro foco de tensión. Muchas decisiones que afectan al sector —criterios de acceso, financiación, intensidad de los apoyos— se adoptan sin interlocución real, lo que genera sensación de vulnerabilidad institucional. La distancia entre el discurso público sobre inclusión y las condiciones efectivas de implementación se hace visible en los ajustes constantes que las entidades deben asumir para adaptarse a marcos normativos cambiantes.

Los **medios y las redes sociales** amplifican estas tensiones. La discapacidad circula en formatos que muchas veces simplifican la complejidad del sector y oscilan entre la lástima, la estigmatización o la exaltación del “esfuerzo individual”. Una imagen o un titular puede reactivar estereotipos que las entidades intentan corregir diariamente, obligándolas a una gestión comunicativa muy precisa.

Estrategias de respuesta

Las entidades gestionan estas tensiones priorizando la deliberación interna. Los espacios donde participan personas con discapacidad, familias y profesionales permiten contrastar posiciones y ajustar decisiones sin convertir los desacuerdos en bloqueos. La revisión del lenguaje, de los procedimientos y de los roles

institucionales forma parte de esta actualización constante.

La transición hacia modelos basados en apoyos personalizados, autodeterminación y participación requiere actualizar criterios profesionales y abandonar inercias asistenciales aún presentes. La formación ofrece un marco común que reduce la ambigüedad y permite afrontar con mayor seguridad los dilemas cotidianos.

En el plano externo, las entidades afinan su comunicación para evitar que el discurso público desplace el debate hacia marcos paternalistas o estigmatizantes. Se enfatizan evidencias, resultados y experiencias de vida independiente, evitando narrativas que refuerzan la excepcionalidad o la dependencia. Esta precisión comunicativa no es cosmética: es una estrategia para proteger el sentido del trabajo y mantener la legitimidad pública. Finalmente, las organizaciones incorporan el cuidado de los equipos como parte estructural de la gestión. La exposición emocional, la carga burocrática y la presión del entorno generan desgaste; sin mecanismos de supervisión y apoyo, la continuidad del modelo de derechos queda comprometida. El bienestar profesional se reconoce como condición para sostener acompañamientos complejos en entornos muy exigentes.

Visión de futuro

Las entidades anticipan un futuro marcado por la necesidad de **consolidar el modelo de derechos** en un entorno donde persisten inercias asistenciales y resistencias culturales. La transición no depende solo de nuevas normativas, sino de la capacidad de los sistemas educativos, residenciales y comunitarios para reorganizarse en torno a la participación y la autodeterminación.

La presencia en los órganos de decisión de las personas con discapacidad será determinante, ya que definirá prioridades y obligará a revisar estructuras que antes parecían incuestionables. Este desplazamiento del protagonismo institucional es visto como una evolución necesaria para asegurar coherencia entre discurso y práctica.

Las entidades también prevén un aumento de la necesidad de sensibilización social. Aunque el reconocimiento normativo ha avanzado, la percepción de que “la inclusión ya está conseguida” sigue operando como freno. Persisten estereotipos, desconocimiento y lecturas paternalistas que solo pueden cambiarse con presencia sostenida en el territorio y con experiencias compartidas de convivencia.

Las entidades son conscientes de que el futuro del sector dependerá de su capacidad para mantener la coherencia entre lo que declara y lo que hace: transformar servicios sin desproteger, ampliar la participación sin generar brechas internas y sostener una narrativa pública basada en derechos sin perder contacto con las realidades específicas de cada persona.

4.5.4. Diversidad sexual y derechos LGTBIQ+

La diversidad sexual se ha convertido en un eje de tensión para las entidades del Tercer Sector de Acción Social porque se sitúa en el cruce entre marcos normativos consolidados y un debate público cada vez más polarizado. Aunque los derechos LGTBI están reconocidos, su legitimidad continúa siendo objeto de disputa en espacios políticos y mediáticos donde la orientación sexual y la identidad de género

funcionan como marcadores ideológicos. Lo que para las organizaciones constituye un compromiso con la igualdad y la no discriminación se percibe en determinados sectores como una declaración de alineamiento partidista que requiere defensa constante.

La intensidad de esta tensión deriva, en parte, de la carga simbólica que la diversidad sexual ha adquirido en el discurso contemporáneo. Mientras para una parte de la sociedad representa una expresión legítima de ciudadanía plena, otra la interpreta como amenaza. Este contraste alimenta posicionamientos binarios que simplifican las situaciones atendidas por las entidades y reducen la complejidad de las trayectorias de vida a categorías identitarias rígidas. En este marco, la diversidad sexual deja de ser una dimensión de la vida social para convertirse en un indicador de adhesión o rechazo a determinados marcos ideológicos, generando un terreno poco propicio para intervenciones que buscan acompañar procesos personales y sociales diversos.

El propio lenguaje técnico de las entidades se ve afectado por este clima. Conceptos como autodeterminación, identidad de género o diversidad afectiva han sido extraídos de su contexto profesional y reinterpretados desde claves de confrontación política. Esta resignificación obliga a las organizaciones a revisar cuidadosamente su terminología y a anticipar cómo pueden ser recibidos términos que, en su origen, responden a criterios de derechos humanos y de acompañamiento psicosocial.

Las entidades deben gestionar simultáneamente su exposición pública, las reacciones adversas que pueden generar sus actuaciones y la heterogeneidad

interna en torno a creencias, trayectorias culturales y sensibilidades personales. Esta combinación introduce una capa adicional de complejidad en la intervención social, porque obliga a sostener coherencia ética y metodológica en un entorno donde los significados asociados a la diversidad sexual no son estables ni compartidos.

“En protección internacional también tenemos acogidos chicos y chicas... que están huyendo de sus países... porque quieren pasar de ser hombre a mujer, o bien porque se manifestaban como homosexuales y allí, pues, eran perseguidos, incluso encarcelados.” (Representante de una entidad sobre juventud y tiempo libre)

Percepción desde fuera de las entidades

Desde fuera del Tercer Sector, la diversidad sexual no siempre se percibe como un ámbito legítimo de intervención social. Aunque existe un consenso formal en torno a la no discriminación, en la práctica persiste una visión fragmentada y ambivalente. Para algunos sectores de la sociedad, la defensa de los derechos LGTBI forma parte del progreso democrático; para otros, se interpreta como una **agenda impuesta o excesiva**.

En el espacio mediático, estas percepciones se amplifican. Determinados discursos presentan la diversidad sexual como una cuestión identitaria que divide a la sociedad en bandos, reduciendo los derechos a un conflicto cultural. Las entidades que visibilizan su compromiso con la igualdad pueden verse etiquetadas en función del clima político del momento, especialmente en territorios donde las narrativas conservadoras tienen mayor peso o donde se cuestiona la pertinencia de las políticas LGTBI.

Parte de la ciudadanía considera que las desigualdades vinculadas a la diversidad

sexual están ya superadas. Esta percepción de asunto resuelto invisibiliza formas persistentes de discriminación y reduce la urgencia de la intervención social. Para las entidades, esta falta de reconocimiento dificulta la movilización de apoyos y genera incompreensión respecto a la necesidad de mantener y ampliar los programas existentes.

“Muchas personas que antes estaban en los márgenes (...) hoy también estén sujetas a ese posicionamiento. Y eso les hace todavía más vulnerables. Y lo estamos viendo, por ejemplo, con el tema de las mujeres. O sea, el feminismo ha sido un avance brutal en este país, pero hoy está absolutamente cuestionado. Y lo mismo con la diversidad sexual. Entonces, cosas que pensábamos que eran conquistas, de pronto están siendo puestas en duda otra vez.” (Representante de una entidad sobre igualdad e inclusión)

Percepción desde dentro de las entidades

Dentro del Tercer Sector, la diversidad sexual se percibe como un componente legítimo de la misión inclusiva de las entidades, aunque no siempre se integra con la misma profundidad o claridad. En la mayoría de entidades existe un consenso general sobre la necesidad de incorporar esta dimensión, pero la forma de hacerlo varía en función de su historia, cultura organizativa y composición interna.

Las entidades más consolidadas suelen haber institucionalizado su trabajo en torno a la diversidad sexual mediante protocolos, planes de igualdad o estructuras específicas de participación. En estos contextos, el tema aparece integrado en la planificación y en los procedimientos, sin generar debates sobre su legitimidad. Sin embargo, incluso en estos casos persisten dilemas sobre cómo traducir los principios a situaciones complejas, especialmente cuando se trabaja con

colectivos que presentan vulnerabilidades acumuladas o marcos culturales diversos.

El trabajo en ámbitos donde se cruzan vulnerabilidades —como discapacidad, infancia, migración o situaciones residenciales— introduce tensiones adicionales. Acompañar procesos relacionados con la identidad de género o la orientación sexual exige manejar marcos éticos precisos, anticipar resistencias y equilibrar la autonomía de las personas con la protección frente a entornos adversos. La intervención requiere una combinación de prudencia, claridad y capacidad de negociación, tanto con las personas beneficiarias como con sus familias o con otros actores institucionales.

Espacios donde aparece el tema y cómo se expresa

La diversidad sexual aparece en los espacios donde las entidades deben tomar decisiones institucionales o gestionar situaciones de convivencia. En el plano organizativo, surge cuando se define el posicionamiento público —participación en actos, alianzas o pronunciamientos— y se valoran los efectos que estas decisiones pueden tener en un entorno polarizado. También se manifiesta en la gestión cotidiana de conflictos entre personas usuarias, especialmente cuando la orientación sexual genera rechazo, lo que obliga a aplicar criterios internos de igualdad y convivencia.

Dentro de las entidades, el tema se expresa en los procedimientos y comités que regulan la actuación institucional, necesarios para ordenar decisiones en organizaciones con sensibilidades diversas. La comunicación pública constituye otro espacio clave, donde las entidades ajustan lenguaje y tono para evitar lecturas ideologizadas. Asimismo, aparece en los

procesos de formación y acompañamiento profesional, sobre todo cuando la diversidad sexual se cruza con otras vulnerabilidades. Finalmente, la interlocución con actores políticos introduce el tema en los márgenes de la negociación institucional, donde es necesario compatibilizar el diálogo con la defensa de principios de igualdad.

Estrategias de respuesta

La gestión de las tensiones en torno a la diversidad sexual se articula a través de mecanismos institucionales que buscan **asegurar coherencia, protección jurídica y calidad en la intervención**. Las entidades recurren al marco legal como referencia para ordenar decisiones y evitar que los debates ideológicos desplacen los criterios técnicos. Los protocolos y códigos éticos permiten definir respuestas frente a situaciones de discriminación y establecer

Visión de futuro

Las entidades anticipan que la diversidad sexual seguirá siendo un campo de disputa simbólica y un indicador del grado de compromiso social con la igualdad. La continuidad de los avances dependerá de la estabilidad normativa, los recursos disponibles y la capacidad del sector para sostener consensos en un contexto polarizado. Se prevé un esfuerzo por consolidar un enfoque institucional estable y transversal, reforzado por **protocolos, formación y estructuras de participación**. El

procedimientos estables que reducen la arbitrariedad.

La **formación continua** de los equipos actúa como un soporte fundamental, dado que la diversidad sexual introduce dilemas que requieren conocimientos específicos y capacidad para manejar situaciones complejas. A esto se suma una comunicación institucional cuidadosa, que prioriza claridad y precisión para minimizar interpretaciones distorsionadas en contextos donde el tema es especialmente sensible.

La cooperación entre entidades y organizaciones especializadas refuerza la capacidad de incidencia y ofrece protección ante posibles retrocesos, mientras que algunas organizaciones incorporan apoyos emocionales para mitigar el desgaste derivado de la exposición a conflictos y discursos hostiles.

trabajo en red se considera clave para mantener influencia y protegerse frente a posibles retrocesos. La sensibilización social continuará siendo prioritaria, dada la persistencia de resistencias culturales. También se reconoce la necesidad de gestionar la pluralidad interna a través del diálogo y marcos éticos compartidos. En conjunto, la diversidad sexual se perfila como un indicador del modo en que la sociedad afronta la igualdad y la dignidad en escenarios inciertos.





4.5.5. Inclusión social y pobreza

La inclusión social y la pobreza constituyen uno ámbito donde se combinan desigualdades, estigmas arraigados y un clima creciente de desconfianza hacia quienes viven situaciones de vulnerabilidad. El Tercer Sector se encuentra en la intersección entre necesidades extremas —personas sin hogar, personas migrantes en situación irregular, comunidades sin acceso a servicios básicos— y un debate público que tiende a simplificar la pobreza en términos morales: “merecimiento”, “esfuerzo”, “dependencia” o “abuso del sistema”.

En este contexto, las entidades desarrollan su labor de acompañamiento en medio de un entorno social que refuerza discursos aporófbos y narrativas que no solo estigmatizan a las personas en situación de pobreza, sino también a quienes trabajan en su apoyo. El impacto de la polarización no es solo reputacional: condiciona la sostenibilidad de los programas, limita la capacidad de incidencia pública y genera tensiones internas en torno a la forma de intervenir con recursos insuficientes y demandas crecientes.

La pobreza se presenta cada vez más entrelazada con otras formas de exclusión —como la salud mental, las adicciones, la irregularidad administrativa, la precariedad laboral, la violencia o la discriminación étnica—, lo que amplía la complejidad de intervención y eleva las exigencias éticas y operativas para las entidades. Al mismo tiempo, la polarización intensifica la **hostilidad externa**, alimenta prejuicios y legitima discursos que cuestionan su labor, lo que obliga al sector a dedicar parte de sus esfuerzos no solo a la intervención, sino también a la defensa, la pedagogía social y la gestión de crisis comunicativas. El origen de posibles tensiones internas no radica en

la misión —que no se cuestiona— sino en la distancia entre **lo que sería necesario hacer y lo que es posible hacer** en un entorno social que endurece sus miradas sobre la pobreza.

“Sí, [produce miedo a la entidad] que se diga: “Mira, aquí nos cargamos el IRPF”, o “Vamos a dejar como hizo Trump con la ayuda a la cooperación de invertir en inclusión social”, “los pobres que se busquen la vida”, “vamos a quitar el ingreso mínimo vital”. O sea, que llegue alguien ya muy motivado al gobierno y te ponga en marcha eso. Esa es la verdadera amenaza. Lo otro nos preocupa poco.”
(Representante de una entidad sobre minorías étnicas)

Percepción desde fuera de las entidades

Desde el exterior, la inclusión social y la pobreza son percibidas a través de un filtro marcado por el **estigma, la aporofobia y la instrumentalización política**. La conversación social suele asociar la pobreza con degradación, inseguridad o “problemas importados”, generando rechazo hacia los recursos de atención y hacia las personas que los utilizan. La apertura de centros, dispositivos de salud comunitaria o viviendas de apoyo provoca resistencias vecinales, que se expresan en acciones hostiles y campañas para impedir su instalación. Esta reacción se intensifica cuando la intervención se asocia a adicciones o a colectivos estigmatizados, reforzando la idea de que la presencia de estos servicios “empeora” el barrio o afecta al valor simbólico del espacio urbano.

En zonas rurales, el fenómeno adquiere características particulares. Allí, las personas en situación de pobreza o exclusión suelen no pedir ayuda por vergüenza, y los discursos polarizados introducen comparaciones simplificadas entre “ayudas excesivas a quienes vienen de fuera” y “abandono de la población local”, aunque estas percepciones no se

correspondan con datos reales. En las grandes ciudades, se observa una tendencia a desplazar los servicios hacia los extrarradios, expulsándolos de zonas céntricas donde su presencia resulta incómoda o “poco estética”, un reflejo del rechazo simbólico hacia la exclusión en el espacio público.

La narrativa política contribuye a reforzar este clima adverso. El discurso polarizado presenta la **pobreza y la migración** como fenómenos conectados y mutuamente problemáticos, construyendo un relato emocional que opone a grupos vulnerables entre sí. Este marco desvía la atención de las causas estructurales como la vivienda, el empleo o la desigualdad territorial, y sitúa a determinados colectivos como responsables de los déficits del sistema. Al mismo tiempo, la desinformación y los discursos de odio cuestionan la integridad del Tercer Sector, acusándolo de lucrarse con el sufrimiento, favorecer “efectos llamada” o recibir subvenciones inmerecidas. Estas narrativas dañan la reputación de las organizaciones, erosionan la confianza ciudadana, reducen el número de donantes y dificultan la implementación de programas esenciales.

En el interior del Tercer Sector, la inclusión social y la pobreza se interpretan desde un marco de derechos que constituye uno de los consensos más sólidos del sector. No existe debate sobre la necesidad de intervenir en estos ámbitos; lo que genera discusión es cómo hacerlo de manera eficaz, justa y sostenible en contextos marcados por múltiples vulnerabilidades y por un aumento constante de la demanda. Las entidades entienden su labor como un acompañamiento integral orientado al empoderamiento, la autonomía y la dignidad, guiado por la premisa de trabajar con las personas y no para ellas. Este

enfoque busca evitar prácticas asistencialistas y reforzar procesos de toma de decisiones compartidos, aunque su aplicación genera desafíos cuando las condiciones materiales o institucionales limitan la capacidad de actuación.

“Estas “fuerzas del mal” que encabezan la polarización atacan al asunto vulnerable, al asunto ONGs, pero también el mensaje de negacionismo, negacionista en relación a los derechos sociales y también a los retrocesos democráticos, de los que son partidarios, entiendo yo, pues significa un deterioro también profundo de las estructuras de los sistemas públicos.” (Representante de una entidad sobre inclusión)

Percepción desde dentro de las entidades

La percepción interna reconoce que la pobreza y la exclusión no son fenómenos aislados, sino realidades atravesadas por capas de discriminación y desigualdad. Las entidades diagnostican un **aumento de la pobreza** y un crecimiento notable de problemáticas asociadas como la salud mental, la soledad, las adicciones o la precariedad habitacional. Este panorama produce un sentimiento ambivalente dentro de los equipos: por un lado, la **convicción ética de la misión; por otro, la frustración porque los recursos disponibles** no permiten responder con la intensidad que consideran necesaria.

Los equipos son conscientes de que trabajan en ámbitos menos populares para la financiación, donde los prejuicios dificultan la captación de recursos y exigen esfuerzos continuos de sensibilización, sobre todo si las situaciones de pobreza estructural se vinculan también a adicciones. Internamente, se reconoce que combatir ese estigma forma parte inseparable de su misión, pues condiciona las oportunidades de las personas

atendidas y afecta a la percepción social sobre el valor de los programas.

A nivel operativo surgen tensiones significativas. Existen debates sobre qué modelos de intervención deben adoptarse, especialmente en torno a la viabilidad de programas que proporcionan vivienda o ayudas directas sin un acompañamiento más estructurado, o sobre cómo adaptar la intervención en territorios rurales donde la proximidad social y la vergüenza influyen en la demanda de ayuda. Estos debates no cuestionan la misión, pero sí el modo de implementarla y las prioridades en contextos heterogéneos.

La convivencia con situaciones de alta vulnerabilidad produce también **desgaste emocional**. Los equipos viven sobrecarga, agobio y sentimientos de impotencia cuando las limitaciones burocráticas o la falta de recursos impiden respuestas adecuadas. Esta experiencia es compartida por voluntariado y personal remunerado, que encuentran especialmente duro gestionar expectativas —propias y ajenas— cuando no existen soluciones rápidas o suficientes. El cansancio moral se convierte así en un fenómeno recurrente en un ámbito donde el sufrimiento social es intenso y continuo.

“Los servicios públicos son el principal tensor social para seguir manteniendo una convivencia positiva y para poder avanzar realmente en la reducción de brechas entre ricos y pobres. Entonces tendríamos que tomarlo muy en serio.” (Representante de una entidad sobre inclusión)

Espacios donde aparecen tensiones

Las tensiones vinculadas a la inclusión social y la pobreza surgen en espacios donde convergen necesidades extremas, expectativas desbordadas y marcos sociales cargados de estigma. Uno de los

espacios más sensibles es el territorio, especialmente en el **ámbito local**, donde las entidades se enfrentan a **rechazo vecinal** cuando intentan abrir centros o implementar programas de apoyo. La pobreza, las adicciones o la presencia de personas sin hogar se asocian a menudo con degradación urbana, inseguridad o incomodidad estética, lo que activa resistencias que pueden llegar a expresarse de forma hostil. Este rechazo obliga a las entidades a negociar, mediar y explicar constantemente su labor, mientras sostienen la protección de las personas atendidas.

Un ámbito de tensión importante es el cruce entre pobreza y aporofobia. La estigmatización de las personas en situación de vulnerabilidad se convierte en un obstáculo para la intervención social, al dificultar el acceso a recursos, limitar las oportunidades reales y generar dinámicas de autoexclusión. Esta situación se agrava en contextos rurales, donde la cercanía entre vecinos y el miedo al juicio dificultan pedir ayuda, y donde a menudo circulan comparaciones simplificadas sobre quién recibe apoyos, alimentando malestar y la desconfianza.

De igual modo, otro espacio de tensión se encuentra en la intersección entre **pobreza, discriminación y xenofobia**, donde la polarización sobre migración, origen étnico o diversidad cultural se mezcla con la exclusión económica. Esto da lugar a conflictos simbólicos como la “confrontación entre pobres”, donde distintos colectivos vulnerables son enfrentados entre sí en el debate público, dificultando la construcción de soluciones inclusivas y generando tensiones en la convivencia cotidiana.

Por último, la pobreza genera tensiones en el **ámbito institucional y de financiación**. La

polarización dificulta la captación de fondos privados, mientras que la inestabilidad de los fondos públicos obliga a las entidades a dedicar recursos a la protección de su legitimidad y a la gestión de riesgos reputacionales. Este entorno presiona a las entidades a equilibrar prudencia comunicativa, transparencia y defensa activa de su misión, en un espacio social donde la desinformación se difunde con rapidez y los bulos pueden erosionar la confianza ciudadana.

Estrategias de respuesta

Ante el aumento de necesidades y el impacto de la polarización en la percepción pública de la pobreza, las entidades identifican diversas líneas de actuación para sostener su intervención y reducir los efectos del estigma. Estas estrategias combinan el refuerzo interno, la presencia comunitaria y una comunicación más precisa para proteger la legitimidad del trabajo social en entornos cada vez más sensibles.

La primera línea estratégica consiste en **fortalecer la cohesión interna**. Las entidades refuerzan espacios de diálogo, supervisión y cuidado emocional para sostener a los equipos ante el desgaste derivado de la atención a perfiles de alta vulnerabilidad. Se busca alinear criterios de intervención, revisar modelos asistenciales y promover marcos de trabajo basados en derechos que reduzcan la confusión operativa y eviten que las tensiones externas se trasladen al interior.

El segundo bloque de estrategias se orienta a **gestionar la relación con el territorio**, especialmente en las zonas y municipios donde la inclusión social se vive con mayor conflictividad. Las organizaciones intensifican la mediación comunitaria, explican con claridad los programas y mantienen presencia continuada para

reducir miedos, desmontar rumores y favorecer interacciones que contrarresten las percepciones de inseguridad o agravio. En contextos rurales, estas dinámicas requieren especial sensibilidad por la proximidad social y el riesgo de estigmatización.

La tercera línea estratégica se centra en **ajustar la comunicación pública** para contrarrestar discursos polarizados que presentan la pobreza como amenaza, abuso o privilegio injustificado. Las entidades utilizan datos verificables, contextualizan la complejidad de los itinerarios de exclusión y adoptan una comunicación prudente y pedagógica para evitar interpretaciones ideologizadas. La **transparencia** en los procesos y la claridad narrativa se convierten en herramientas clave para sostener la confianza.

Visión de futuro

Las entidades del Tercer Sector anticipan que el ámbito de la inclusión social y la lucha contra la pobreza estará marcado en los próximos años por un entorno de alta **inestabilidad**, con riesgos asociados tanto a la evolución política como a las transformaciones sociales y económicas en curso. Este escenario exige revisar modelos de intervención, fortalecer estructuras organizativas y consolidar la legitimidad pública del sector para poder sostener su misión en un contexto de polarización creciente.

Una de las principales preocupaciones es el riesgo de **retrocesos en derechos y políticas de protección social**. Las entidades temen que el avance de discursos extremos pueda derivar en la eliminación o reducción de prestaciones esenciales —como el ingreso mínimo o programas de apoyo económico— y que la financiación destinada a la inclusión social se vea cuestionada o recortada por motivos

ideológicos. La falta de estabilidad presupuestaria y la dependencia de subvenciones de corta duración agravan esta incertidumbre, dificultando la continuidad de programas, la planificación a medio plazo y la consolidación de equipos especializados.

Junto a esta amenaza política, las entidades identifican tres grandes retos sociales relacionados que condicionarán el futuro de la inclusión social y la lucha contra la pobreza. En primer lugar, la **migración** seguirá ocupando un lugar central en el debate público, con el riesgo de que ganen peso enfoques centrados en el control y la seguridad. Esto podría limitar las posibilidades de integración y dar lugar a un aumento de situaciones de irregularidad y exclusión. En segundo lugar, se prevé que la **salud mental y las adicciones** adquieran un peso creciente en la demanda social de atención, especialmente entre jóvenes y personas en situación de vulnerabilidad acumulada. La falta de dispositivos especializados y la persistencia del estigma obligan a replantear los enfoques de intervención y a desarrollar modelos que integren acompañamiento social y apoyo comunitario. En tercer lugar, el **acceso a la vivienda** aparece como un factor estructural que atravesará todos los otros problemas, con un impacto cada vez mayor en la capacidad de las familias para sostener su vida cotidiana y en la eficacia de los programas de inclusión.

Para afrontar estos riesgos, las entidades coinciden en la necesidad de impulsar estrategias proactivas que fortalezcan su capacidad de respuesta. Entre las prioridades destaca la **transformación del modelo de financiación**, avanzando hacia mecanismos estables que permitan planificación y sostenibilidad. Asimismo,

reivindican su papel en la gobernanza de las políticas públicas, no solo como ejecutoras, sino como agentes con capacidad de participar en el diseño, seguimiento y evaluación de las intervenciones. En el plano comunicativo, subrayan la importancia de desarrollar estrategias más claras y directas que combinen datos verificables con testimonios y relatos que permitan contrarrestar los discursos polarizados y generar identificación social, especialmente entre la población más joven.

De forma transversal, las entidades consideran fundamental reforzar la cohesión interna y tejer alianzas que les permitan afrontar de manera conjunta los desafíos derivados de la polarización. La cooperación entre organizaciones, la creación de espacios compartidos de análisis y la búsqueda de consensos sólidos son vistos como elementos esenciales para sostener la legitimidad del sector y mejorar su capacidad de incidencia.

4.5.6. Salud mental

En la actualidad, la salud mental es un tema emergente en los discursos sociales y que genera diversas controversias en cuanto a la intervención, concesión de derechos y relevancia en el plano personal, laboral y social. Aunque existe un **consenso claro sobre la necesidad de proteger y acompañar** a las personas con afecciones de salud mental, el contexto actual sitúa este ámbito en un terreno frágil, atravesado por estigmas persistentes, percepciones distorsionadas y una creciente **incomprensión social**. Dentro de los discursos polarizantes se intensifican las dificultades para intervenir en un entorno donde el miedo, la invisibilización y las narrativas simplificadoras condicionan

tanto las políticas públicas como la convivencia comunitaria.

Las entidades señalan que, tras la pandemia, los problemas de salud mental se han multiplicado mientras los recursos especializados permanecen estancados o son insuficientes. Este desajuste incrementa la presión sobre los equipos y sobre las propias personas, que se encuentran con sistemas que tardan en responder, dispositivos saturados y barreras sociales que dificultan el ejercicio de sus derechos. En paralelo, ciertos discursos polarizados presentan **la salud mental como amenaza o como sinónimo de peligrosidad**, reforzando la exclusión de un colectivo ya de por sí vulnerable. La tensión se expresa así en dos niveles: la creciente demanda de apoyo y la creciente hostilidad simbólica hacia quienes lo necesitan.

*“La gente a veces confunde (...) atribuyen directamente que toda la gente (...) con problemas de salud mental, son agresivos.”
(Representante de una entidad sobre discapacidades)*

Percepción desde fuera de las entidades

Desde fuera de las entidades, la salud mental se percibe dentro de marcos sociales donde predominan el estigma, la inseguridad y la falta de comprensión. La apertura de centros, dispositivos residenciales o servicios comunitarios suele generar inquietud vecinal, asociando erróneamente la presencia de personas con problemas de salud mental con riesgos para la convivencia. La salud mental se convierte así en un marcador de miedo más que en una realidad cotidiana diversa y plural.

La **invisibilidad** es otro rasgo central: buena parte de las personas con necesidades de apoyo elevado vive en recursos

especializados donde su presencia no forma parte de la vida pública. Esto distorsiona la comprensión social del fenómeno, ya que únicamente se visibilizan perfiles funcionales o situaciones extremas. Ejemplos como el autismo muestran esta tensión: se alternan imaginarios idealizados (personas extraordinarias o “de alto rendimiento”) con representaciones reductoras (aislamiento, incapacidad), mientras las realidades más complejas permanecen fuera de la vista. Esta falta de contacto genera desconocimiento y, a la vez, dificulta la normalización de la diversidad en salud mental.

“Como no existe [atención especializada], ¿qué pasa? Que al final todos se van convirtiendo en problemáticos. Y entonces el discurso es: “pues este tipo de personas no las queremos aquí” (Representante de una entidad sobre inclusión)

El estigma influye también en la **vivencia personal** de quienes conviven con estas condiciones. Muchas personas recurren a estrategias de “camuflaje social” para evitar ser discriminadas, imitando comportamientos normativos o suprimiendo reacciones propias. Aunque esto facilita la convivencia superficial, implica una carga emocional que la sociedad no percibe.

La discriminación continúa presente en múltiples espacios institucionales. Persisten prácticas sutiles, como asignar tareas de menor complejidad a personas con discapacidad intelectual o cuestionar su capacidad laboral; barreras actitudinales en servicios públicos; o marcos médicos que refuerzan visiones paternalistas. También existe preocupación por la posible importación de discursos polarizantes procedentes de otros países, donde la discapacidad psicosocial y la diversidad neurocognitiva han sido objeto de campañas que buscan restringir derechos.

Percepción desde dentro de las entidades

Las entidades reconocen que muchas de estas situaciones requieren atención especializada, intensiva y sostenida, algo para lo que los equipos técnicos no siempre se sienten suficientemente preparados. La pandemia aceleró estas necesidades y dio lugar a perfiles de mayor complejidad clínica, social y emocional. Esto ha generado la convicción interna de que es necesario un **cambio profundo de enfoque**, basado en eliminar el estigma, reconocer la diversidad de experiencias y no reducir la salud mental a medicación o patologización, sino entenderla como formas diversas de vivir, relacionarse y procesar el mundo.

A nivel interno crece el temor de que las personas con problemas de salud mental se enfrenten a una **invisibilización progresiva**, fruto tanto de la incomprensión social como de los límites institucionales. La exclusión, el señalamiento y el riesgo de que estas personas queden fuera del foco de políticas públicas son preocupaciones expresadas de forma reiterada. También se reconoce que, dentro de las organizaciones, la salud mental exige un trabajo más deliberado de sensibilización, cuidado emocional y actualización metodológica, para lo cual no siempre hay tiempo, formación o herramientas suficientes.

Además, se da un intenso **impacto emocional en los equipos**. El personal convive con sentimientos de agotamiento, impotencia y frustración cuando no puede responder a las necesidades de personas con perfiles complejos. La hostilidad del entorno, la presión social y la polarización incrementan este desgaste, obligando a actuaciones constantes de contención emocional y a ejercer un rol de protección

de los equipos frente a discursos simplificadores o agresivos.

Espacios donde aparecen tensiones

Las tensiones en torno a la salud mental aparecen en distintos ámbitos donde coinciden la falta de recursos, las percepciones sociales negativas y las dificultades prácticas para dar una respuesta adecuada.

Uno de los espacios más sensibles es el de los **recursos y dispositivos de atención**. Aunque los casos más graves no sean numerosos, requieren un nivel de acompañamiento tan especializado que condiciona la capacidad del centro para atender al resto de la población. La falta de dispositivos adecuados genera la percepción de que determinadas personas son “problemáticas”, no por su condición, sino por la ausencia de recursos capaces de sostener intervenciones a su medida. Este desequilibrio alimenta tensiones internas sobre cómo distribuir tiempo, atención y energía profesional.

Otro espacio donde las tensiones se intensifican es el de la **convivencia comunitaria**. Los dispositivos ubicados en barrios, especialmente aquellos vinculados a situaciones de sinhogarismo o salud mental severa, generan inquietud entre vecinos que asocian estas presencias a inseguridad. Este rechazo obliga a las entidades a desplegar un trabajo territorial continuado para mitigar miedos, desmontar prejuicios y favorecer la relación entre el entorno y los equipos. Cuando la salud mental se cruza con el estigma de la pobreza, la exclusión se multiplica: la combinación de ambas condiciones activa respuestas vecinales más duras y resistencias más persistentes.

También aparecen tensiones relacionadas con la **gestión de emociones del propio personal**. La exposición continua a situaciones complejas, unida al clima polarizado que rodea a los servicios sociales, provoca desgaste emocional y sensación de saturación. La falta de formación específica en salud mental incrementa estas tensiones, ya que muchos equipos sienten que están abordando realidades para las que no cuentan con suficientes herramientas técnicas.

Estrategias de respuesta

Ante el aumento de necesidades y el impacto que la polarización tiene sobre la salud mental, las entidades del sector identifican varias líneas de actuación prioritarias para sostener la intervención y reducir los efectos del estigma. Estas estrategias combinan cambios de enfoque, adaptación a nuevos desafíos sociales y un fortalecimiento interno que permita afrontar la creciente complejidad de los casos atendidos.

Una de las líneas de trabajo que señalan las entidades es la necesidad de **cambiar la forma en que se habla y se entiende la salud mental**. Existe acuerdo en que los discursos actuales, muchas veces marcados por el estigma o la simplificación, dificultan la participación y refuerzan situaciones de aislamiento. Por eso, se plantea avanzar hacia un enfoque que reconozca la salud mental como parte de la experiencia humana, con distintas formas de vivirla, sin reducirla únicamente a diagnósticos o tratamientos médicos. Las entidades consideran necesario desvincular la salud mental de etiquetas cerradas y abrir espacios de comprensión ayuda no solo a mejorar la atención, sino también a crear entornos más respetuosos, donde las personas puedan sentirse escuchadas y acompañadas. En este

sentido, desmontar el estigma se convierte en una tarea prioritaria para favorecer la inclusión y reducir el impacto que también tiene la polarización en este ámbito.

El segundo bloque de estrategias se orienta a afrontar los nuevos desafíos sociales, especialmente los relacionados con la **tecnología y el entorno digital**. Las entidades señalan con preocupación el papel que pueden jugar la inteligencia artificial, las redes sociales y la desinformación en el deterioro del bienestar emocional, particularmente entre la juventud. La dificultad para distinguir información veraz, la exposición permanente a contenidos polarizantes y la tendencia a sustituir vínculos reales por interacciones digitales pueden agravar situaciones de vulnerabilidad. Además, emergen nuevas formas de adicciones comportamentales —pantallas, juegos en línea, apuestas— que plantean retos sobre cómo integrarlas en los enfoques de intervención existentes. Abordar estos fenómenos requiere anticipación, revisión metodológica y marcos de actuación que vayan más allá de los modelos tradicionales de atención.

La tercera línea estratégica pone el foco en fortalecer la capacidad interna del Tercer Sector para **atender adecuadamente** a una población cuya complejidad aumenta. Por ello, subrayan la importancia de reforzar la formación especializada, especialmente en mandos intermedios que desempeñan un papel clave en la contención emocional de los equipos y en la coordinación de casos complejos. Junto a la formación, se identifica la necesidad de consolidar protocolos de seguridad, gestión de la información y prevención de crisis para reducir la vulnerabilidad organizativa.

Finalmente, se destaca la importancia del **cuidado emocional** de los equipos, un

aspecto fundamental en un ámbito donde la carga psicológica del trabajo puede desembocar en desgaste, frustración o agotamiento. Las entidades demandan espacios de supervisión, apoyo mutuo y acompañamiento interno que permitan sostener el bienestar del personal y garantizar intervenciones más estables y coherentes. El fortalecimiento del cuidado emocional se percibe como una medida imprescindible para evitar que el impacto del contexto polarizado se traslade a la práctica cotidiana y comprometa la calidad del acompañamiento.

Visión de futuro

Las entidades del Tercer Sector de Acción Social anticipan que la salud mental seguirá configurándose como un ámbito **muy complejo y vulnerable a los procesos polarizantes** en los próximos años. La combinación entre estigma persistente, incremento de casos tras la pandemia, insuficiencia de apoyos especializados y aparición de nuevos factores de riesgo vinculados al entorno digital sitúa este campo como una prioridad estratégica a medio y largo plazo.

El principal temor expresado por las organizaciones es que la polarización social intensifique la exclusión de las personas con problemas de salud mental. Se prevé un **riesgo creciente de señalamiento e invisibilización**, especialmente en perfiles que requieren apoyos intensivos. Esta tendencia puede desplazar a estos colectivos hacia espacios menos visibles de la red asistencial, con menor contacto comunitario y mayor estigma social. A ello se suma la preocupación por la insuficiencia de dispositivos especializados: los casos más graves absorben una parte significativa de los recursos disponibles y pueden comprometer la atención a otros

perfiles si no se refuerza la capacidad del sistema.

Las organizaciones señalan que algunos de los escenarios que están tomando fuerza — como el avance de la inteligencia artificial o el uso intensivo de herramientas digitales entre la población joven— se convertirán en nuevos focos de tensión. A esto se suma una preocupación creciente por las adicciones de tipo comportamental, como el juego en línea, el uso compulsivo de pantallas o las apuestas, y por las dificultades que esto plantea para integrar estos perfiles en recursos pensados originalmente para otro tipo de consumos.

Ante estos retos, las entidades coinciden en la necesidad de revisar los enfoques actuales. Las entidades del Tercer Sector muestran una necesidad por reducir el estigma vinculado a la salud mental, evitar que se asocie de forma automática a tratamientos farmacológicos, y reconocer que algunas condiciones pueden formar parte de trayectorias vitales diversas. Este cambio de mirada debe ir acompañado de más apoyos en el entorno comunitario, que permitan prevenir la exclusión y facilitar la participación de todas las personas, en condiciones de respeto y cuidado.

4.5.7. Ruralidad y contextos territoriales

En las entidades que operan en el medio rural, la tensión surge de la combinación entre carencias estructurales y dinámicas comunitarias que condicionan el trabajo cotidiano. La distancia respecto a los núcleos urbanos dificulta retener profesionales y obliga a reorganizar servicios con frecuencia, lo que genera presión operativa. A ello se suma la convivencia continuada con la población, un rasgo propio del contexto rural que intensifica la exposición pública de las

entidades y amplifica el impacto de cualquier interacción.

Las organizaciones también deben gestionar conflictos cuando sus valores se enfrentan a proyectos económicos instalados en el territorio, especialmente en iniciativas extractivas que suscitan debates locales. Este escenario se entrecruza con una vida política muy marcada por relaciones personales, donde ciertas posiciones ideológicas se perciben como incompatibles con la misión del desarrollo rural.

*“El medio rural... está muy politizado. En la entidad atendemos a personas de derechas, de izquierdas, pero sí que hay ciertos debates políticos que surgen dentro de la entidad.”
(Representante de una entidad sobre desarrollo rural)*

Otro foco de tensión aparece cuando profesionales procedentes de ámbitos urbanos intentan aplicar marcos que no encajan en los ritmos y prácticas del territorio, generando desencuentros en la intervención. Asimismo, el tamaño reducido de las comunidades convierte la gestión de ayudas en un ejercicio delicado, ya que la percepción social de cada decisión está influida por relaciones de proximidad.

El conjunto de estos factores configura un entorno donde la escasez de recursos, la exposición comunitaria, los conflictos ideológicos y las diferencias culturales se entrelazan, formando un escenario de intervención especialmente exigente.

Percepción desde fuera de las entidades

Desde miradas externas, el medio rural suele representarse mediante visiones parciales que no reflejan su diversidad interna. La percepción pública oscila entre la idealización y el olvido, lo que dificulta reconocer que los territorios rurales presentan realidades muy distintas entre sí.

Esta simplificación condiciona la manera en que se diseñan políticas y se interpretan las necesidades locales.

La brecha entre lo urbano y lo rural también alimenta lecturas divergentes sobre cuestiones sensibles. En algunos debates, actores externos adoptan posiciones críticas sin conocer las dinámicas territoriales, generando tensiones con quienes viven y trabajan en el territorio. Aunque existe empatía hacia problemas como la despoblación, este reconocimiento no siempre se traduce en una comprensión profunda ni en apoyos sostenidos.

Además, el discurso público tiende a asociar lo rural con la falta de servicios, el envejecimiento o el abandono institucional. Esto refuerza una imagen centrada en las carencias y desplazan la atención sobre las capacidades comunitarias del territorio. Las percepciones externas también influyen en cómo se valora la labor de las entidades, especialmente en temas controvertidos como la migración, donde se reproducen comparaciones sobre quién recibe qué apoyos.

*“Las personas con discapacidad en el medio rural estando doblemente excluidas... por el hecho de vivir en ese territorio, tiene menos acceso a determinados recursos”
(Representante de una entidad sobre desarrollo rural)*

En conjunto, los discursos externos añaden una capa de tensión que obliga a las organizaciones a explicar su trabajo y a contextualizar la realidad local de forma continua.

Percepción desde dentro de las entidades

Desde dentro, el medio rural se vive como un espacio donde la identidad comunitaria y la implicación personal tienen un peso decisivo. Para muchos equipos, trabajar en

el territorio está vinculado a un sentido de pertenencia que articula su compromiso con el entorno. Esta relación se desarrolla en un contexto laboral condicionado por la escasez de oportunidades y por la importancia que adquieren los puestos de trabajo rurales en la vida local.

“Nos cuesta encontrar para el medio rural personal trabajador, porque en pueblos pequeños no todo el mundo lo ve... observamos que hay menos compromiso que había anteriormente” (Representante de una entidad sobre desarrollo rural)

La convivencia permanente con las personas participantes permite un conocimiento profundo de las necesidades, aunque también dificulta separar lo profesional de lo personal. Esta proximidad requiere una coordinación cuidadosa para sostener el equilibrio entre la disponibilidad continua y la protección del equipo.

En términos internos, también emergen debates sobre cómo mantener la coherencia entre la misión de la entidad y los intereses presentes en el territorio, especialmente cuando se discuten proyectos de impacto ambiental o económico. Además, la fuerte politización de la vida local introduce conversaciones sensibles en los equipos, que deben gestionar diferencias ideológicas sin comprometer su intervención.

Las organizaciones identifican igualmente que la aplicación de enfoques urbanos resulta problemática. Este diagnóstico alimenta un discurso que reivindica la necesidad de comprender los códigos locales y de adaptar las prácticas a los ritmos del lugar. La convivencia en localidades pequeñas favorece espacios de diálogo interno, aunque las tensiones se hacen más visibles debido a la cercanía entre sus miembros.

Espacios donde aparecen tensiones

El tema rural se manifiesta en los principales espacios de trabajo de las entidades. En la intervención directa, la convivencia constante con la población convierte cualquier interacción en un espacio donde se expresan las dinámicas del territorio. Las reuniones internas y los procesos de toma de decisiones reflejan estas tensiones, ya que los equipos trabajan en entornos donde coinciden también en otros ámbitos de la vida cotidiana.

“Siempre encontramos [reacciones], principalmente relacionados con los inmigrantes. 'Parece que solo trabajáis con inmigrantes'... Hay mucha falsedad, mucho bulo en lo que reciben.” (Representante de una entidad sobre desarrollo rural)

Los debates en torno al desarrollo territorial, especialmente ante proyectos que generan controversia, constituyen otro espacio clave donde se activa el tema rural. La gestión de ayudas y apoyos también se ve afectada por el contexto, dado que la percepción social está marcada por relaciones de proximidad. Las entidades encuentran este tema en los espacios formales de coordinación con administraciones y en las redes sectoriales, donde reivindican una atención adaptada a las particularidades rurales. El voluntariado, cuya integración en la vida comunitaria es muy intensa, constituye un ámbito adicional donde el territorio se hace especialmente visible.

Estrategias de respuesta

Las entidades afrontan las tensiones mediante estrategias basadas en la presencia continua en el territorio, el diálogo interno y la adaptación metodológica. La cercanía con la población se utiliza como herramienta para anticipar conflictos y comprender las dinámicas

locales, mientras que los espacios internos de debate permiten alinear posicionamientos y criterios de actuación.

Cuando se producen discrepancias vinculadas al desarrollo territorial, las organizaciones recurren a sus valores institucionales para definir su papel. La participación en redes sectoriales y espacios de interlocución institucional se utiliza para defender modelos de intervención adecuados al territorio y para trasladar demandas compartidas por el conjunto del sector.

La gestión del voluntariado requiere acompañamiento y mecanismos para equilibrar su alta implicación comunitaria. Las entidades adaptan sus modelos de intervención a las características rurales y fortalecen la comunicación externa para explicar las particularidades del territorio y contrarrestar percepciones distorsionadas.

Visión de futuro

Las entidades proyectan un futuro en el que la intervención social continúe siendo comunitaria, estable y ajustada a las necesidades del territorio. Su expectativa es mantener estructuras que sostengan la vida en los pueblos, reforzar la identidad rural y asegurar que la población pueda desarrollar proyectos de vida viables.

La despoblación aparece como una preocupación central, ya que condiciona la disponibilidad de profesionales, la continuidad de los servicios y la cohesión comunitaria. Las organizaciones consideran necesario impulsar fórmulas que permitan atraer nuevos habitantes y revertir la pérdida de población.

También anticipan que será imprescindible consolidar modelos de intervención que reconozcan la singularidad rural y evitar la transferencia automática de enfoques urbanos. La interlocución política se

percibe como un elemento clave para que las necesidades rurales se integren de manera estable en las políticas públicas.

En esta visión, las redes comunitarias seguirán desempeñando un papel esencial y el desafío principal será garantizar la igualdad de oportunidades entre territorios, situando la ruralidad como un eje estratégico de la cohesión social.





4.6. ¿Está polarizado el Tercer Sector de Acción Social?

El Tercer Sector de Acción Social **no presenta una polarización interna consolidada ni estructurada**. No se observan dinámicas de fractura, ni formación de bloques ideológicos enfrentados, ni patrones persistentes de antagonismo entre equipos, áreas o entidades. La misión, los valores compartidos y el marco de derechos constituyen un punto de anclaje que sigue actuando como elemento cohesionador. Aun así, esta cohesión **convive con un conjunto de tensiones, brechas y sensibilidades** diferenciadas que permiten afirmar que el sector es vulnerable a los efectos de la polarización social que lo rodea y que, en determinadas condiciones, podría intensificarse en el futuro. La ausencia de polarización interna no implica neutralidad frente a sus impactos: significa que la polarización todavía no ha adquirido forma estructural dentro del sector, pero sí está generando efectos internos que requieren atención.

“Yo creo que no [está polarizado]. Yo creo que en el sector hay mucha conciencia de que somos, al final, una articulación de la sociedad. Y que tenemos nosotros que sujetar un poco, permanecer unidos.” (Representante de una entidad sobre inclusión)

De esta forma, la polarización interna, entendida como la existencia de bandos, rupturas o enfrentamientos identitarios, no describe la situación del sector. **Las discrepancias existentes se sitúan en el plano técnico, metodológico o estratégico**, y no en el terreno de las lealtades ideológicas o de las identidades grupales excluyentes. Estas diferencias se interpretan como parte de la pluralidad normal de un sector diverso, y no como divisiones irreconciliables. El consenso sobre los principios y finalidades del sector

se mantiene firme, lo cual impide en principio que las tensiones existentes evolucionen hacia formas de confrontación rígida.

“Bajo mi punto de vista esa polarización no se refleja en las entidades, no ha llegado a reflejarse en las entidades.” (Representante de una entidad sobre infancia y juventud)

Sin embargo, este escenario de no polarización **no implica inmunidad**. El sector expresa la preocupación de que la polarización social, cada vez más intensa en el ámbito político, mediático y digital, acabe filtrándose a sus dinámicas internas. La vulnerabilidad no proviene tanto de los desacuerdos actuales como del riesgo latente de que el clima externo termine reproduciéndose dentro de las entidades si no se preservan marcos de convivencia, espacios de diálogo y referencias comunes firmes.

La polarización social tiene un impacto relevante en la vida interna de las organizaciones, aunque no llega a provocar fracturas de fondo en su funcionamiento. Estos efectos se manifiestan de forma acumulativa y transversal, condicionando la convivencia, la deliberación y el diseño de estrategias.

“Sí, también penetra [la polarización]. Yo creo que el tercer sector ahora mismo también tiene inseguridad, también tiene una profunda preocupación. (...) están sumidos en cierta desorientación” (Representante de una entidad sobre inclusión)

Uno de los impactos principales se observa en la **gestión cotidiana del desacuerdo**. La simplificación de los debates en el entorno social, y la presión externa para adoptar posiciones rápidas o binarias, dificulta la exploración de matices dentro de las entidades. Esto favorece entornos de autocontención discursiva, aumenta la cautela a la hora de abordar temas sensibles y reduce la fluidez del

intercambio de ideas. La convivencia se mantiene, pero se vuelve más exigente: algunas tensiones que antes se resolvían de manera espontánea requieren ahora espacios específicos, marcos de referencia claros y una mediación más cuidada.

“El conflicto para nosotros no es un problema. Hay que gestionarlo. Lo que sería un problema es evitar la labor de escucha a las miradas diferentes y a las posiciones diferentes que hay dentro de nuestra organización” (Representante de una entidad sobre migración)

La polarización externa también influye en la **carga emocional de los equipos**. La exposición a discursos hostiles, la circulación de bulos y la sospecha hacia las organizaciones generan desgaste, sensación de vigilancia permanente y sobreesfuerzo para proteger la misión y la reputación institucional. Este clima puede alterar el equilibrio interno, intensificar el estrés y ralentizar los procesos de toma de decisiones.

Otro ámbito afectado es el de la **organización del trabajo**. La diversidad de sensibilidades profesionales, generacionales y metodológicas adquiere mayor tensión cuando el entorno social penaliza los matices y premia las posiciones cerradas. Diferencias en modelos de intervención, prioridades programáticas, uso de tecnologías o criterios de priorización se vuelven más sensibles en contextos donde las interpretaciones se cargan de connotaciones ideológicas, aunque no exista polarización interna propiamente dicha.

Asimismo, la polarización externa **amplifica brechas estructurales ya existentes**, como las diferencias entre entidades grandes y pequeñas en materia de recursos, capacidad técnica y digitalización. Estas brechas no derivan en conflictos identitarios, pero sí pueden generar desajustes en la coordinación sectorial y aumentar la sensación de desigualdad interna.

La diferenciación según género y situación laboral dentro del Tercer Sector de Acción Social no configura dinámicas de polarización interna, pero sí evidencia **sensibilidades, énfasis y modos de afectación distintos** que permiten comprender cómo la polarización social influye de manera diferenciada en los perfiles que conviven en las entidades. Estas diferencias no se expresan en forma de bloques ideológicos contrapuestos, sino como variaciones en el modo en que se perciben las tensiones, se gestionan los desacuerdos y se interpreta el clima organizativo. Su importancia radica en que, al combinarse con las presiones externas, pueden convertirse en puntos de fragilidad para el sector si no se atienden de manera explícita.

Las organizaciones reúnen perfiles diversos cuya posición, responsabilidades y grado de exposición condicionan la manera en que experimentan los efectos de la polarización social dentro del entorno institucional. Las diferencias entre personal remunerado, voluntariado y órganos de dirección no deben interpretarse como fracturas, sino como variaciones funcionales que influyen en la lectura que cada grupo hace de las tensiones internas.

Pluralidad no es polarización: desacuerdos, estrategias y objetivos en el Tercer Sector

Los datos cuantitativos permiten matizar la naturaleza de las tensiones internas descritas en el análisis cualitativo. Aunque las entidades no se reconocen como ideológicamente polarizadas, sí admiten la existencia de desacuerdos cuando el foco se sitúa en los objetivos, las estrategias o las prioridades de intervención.

Esta distinción resulta clave para interpretar los conflictos relatados no como expresión de polarización ideológica, sino como manifestaciones de una pluralidad propia de un sector diverso y heterogéneo. El disenso aparece, así, vinculado a debates legítimos sobre el “cómo” y el “para qué” de la intervención social, más que a posiciones irreconciliables.

Desde esta perspectiva, el conflicto no se opone necesariamente a la cohesión, sino que forma parte de la dinámica interna de un sector plural orientado a fines compartidos.

<i>Valore las siguientes afirmaciones en una escala de 0 a 10, donde 0 es nada de acuerdo y 10 totalmente de acuerdo</i>	<i>Media</i>
<i>En el Tercer Sector, la falta y/o limitación de recursos económicos dificulta afrontar los problemas que acarrea la polarización generando distanciamiento entre las entidades.</i>	6,42
<i>En el sector nunca hemos ocupado un espacio ideológico y debemos seguir preservando nuestro valor social</i>	6,31
<i>Existe una radicalización del discurso entre algunos gobiernos autonómicos contrarios al Tercer Sector que nos afecta a nivel de financiación pública (subvenciones, firma de convenios) y en las relaciones institucionales</i>	6,26
<i>Existe diferentes posiciones o puntos de vista dentro del sector, pero el objetivo final es común y eso es lo que nos une</i>	6,23
<i>El proceso de polarización preocupa y está presente en el discurso de las entidades, pero no forma parte del orden del día, de las agendas, como un aspecto a trabajar</i>	6,02
<i>La división ideológica del sector puede acrecentar el distanciamiento con entidades poco afines a nuestra misión</i>	5,45
<i>En el sector existe mucha autocensura y blanqueamiento de los posibles conflictos, medimos mucho lo que decimos para evitar la crítica</i>	5,38
<i>El proceso de polarización está animando a que las entidades del Tercer Sector trabajen más en equipo, en la búsqueda de un fin común</i>	5,08

La división ideológica del Tercer Sector acrecienta la no cooperación con entidades ideológicamente contrarias (que piensas diferente a nosotros)	4,95
En el Tercer Sector de Acción Social, no existe polarización, todas las entidades trabajamos hacia un mismo objetivo	4,60
El Tercer Sector está dividido ideológicamente	4,25
Desde el Tercer Sector estamos favoreciendo la división de la sociedad	2,16

Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta de la Plataforma del Tercer Sector de Acción Social.

El impacto interno de la polarización social en las entidades

Los datos muestran que la polarización es percibida mayoritariamente como un fenómeno externo, especialmente en la relación con instituciones públicas autonómicas y locales, ámbito mencionado por el 34 % de las entidades. Solo una minoría reconoce impactos en la convivencia interna (11 menciones), en la gestión organizativa o en las relaciones laborales y con voluntariado (entre 2 y 7 menciones). Llama la atención que un número equivalente al más alto (34) declare que la polarización no está afectando a ningún ámbito, lo que sugiere una posible subestimación de sus efectos internos. Esta percepción contrasta con los hallazgos cualitativos, que sí identifican tensiones, desgaste emocional y conflictos latentes dentro de las organizaciones.

Dentro de su entidad, ¿en qué ámbitos está influyendo más el proceso de polarización?



Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta de la Plataforma del Tercer Sector de Acción Social.

4.6.1. Experiencias según el rol dentro de la entidad

Personal remunerado

El papel central en la gestión técnica, administrativa y relacional sitúa al personal remunerado en una posición donde las presiones externas y las tensiones internas convergen. Aunque, como se menciona arriba, el sector no presenta polarización interna estructurada, entre el personal remunerado se identifican efectos que influyen en el clima laboral, en la cohesión de los equipos y en su bienestar emocional.

El **impacto emocional** de la polarización en el personal remunerado del Tercer Sector de Acción Social no se manifiesta, en la mayoría de los casos, como ataques individuales dirigidos a personas concretas, sino como **hostilidad, desinformación y presión comunicativa** dirigidas a las entidades en su conjunto. Esta hostilidad institucional es la que recae sobre los equipos, que deben gestionarla, contenerla y traducirla en decisiones operativas, comunicativas y relacionales. Este rol convierte al personal remunerado, especialmente al vinculado a comunicación y coordinación, en un muro de contención emocional, responsable de filtrar el ruido social para que no impacte de manera directa en la actividad cotidiana de los equipos de intervención.

“Tenemos que buscar espacios de relación improbables para encontrar soluciones impensables. Porque nos tenemos que sentar con aquellos que nadie espera que nos sentemos, con el que piensa diferente a ti, para escucharle” (Representante de una entidad sobre migración)

La hostilidad dirigida a las entidades —que incluye bulos, acusaciones injustas, campañas de desprestigio o lecturas ideologizadas de su trabajo— genera una

carga emocional considerable. Las personas remuneradas deben leer, analizar, gestionar y responder a mensajes hostiles, lo que produce cansancio acumulado, frustración y una sensación persistente de injusticia. En estos casos, el desgaste surge no solo por el contenido de los ataques, sino por la frecuencia con la que se repiten y por la necesidad de mantener una postura profesional ante ellos. Esta autogestión emocional es especialmente intensa en puestos de comunicación, donde la exposición al discurso polarizado es continua y forma parte del trabajo diario.

Aunque existen casos aislados en los que personas concretas han sido objeto de acoso o amenazas directas, estos episodios son minoría y no definen la experiencia general del personal remunerado. Cuando ocurren, su origen está habitualmente vinculado a contextos de alta sensibilidad social —como la acogida de personas migrantes— y generan un impacto puntual en la percepción de seguridad. Sin embargo, el rasgo estructural no es el acoso individual, sino la presión psicológica asociada a gestionar la hostilidad hacia la entidad.

El impacto emocional incluye también situaciones en las que las personas remuneradas sienten **cuestionamiento en su entorno cercano**, especialmente en áreas temáticas polarizadas. Comentarios o dudas procedentes de familiares o amistades pueden erosionar la autoestima profesional y dificultar la separación entre espacio laboral y personal. En casos concretos, características como la discapacidad o el perfil identitario pueden hacer que una persona se sienta con menor credibilidad para explicar su trabajo, lo que produce una forma de desempoderamiento simbólico que se añade al desgaste general.

En respuesta a este clima, los equipos remunerados adoptan estrategias comunicativas basadas en la **construcción de narrativas positivas**, más orientadas a ofrecer contexto y humanizar las intervenciones que a entrar en confrontaciones directas. Este enfoque implica un esfuerzo emocional sostenido: exige seleccionar cuidadosamente los mensajes, anticipar posibles lecturas hostiles y evitar respuestas impulsivas incluso ante ataques reiterados. El objetivo no es “combatir” en el terreno polarizado, sino sostener un discurso profesional que aporte claridad y proteja a las personas usuarias y al equipo.

“Yo creo que a nivel trabajo está todo bastante marcado y hay una forma de trabajar en la que los valores de ideas se comparten bastante. Y toda la gente que trabaja como tal, más cerca sobre todo de las familias y la intervención que se hace, van todos bastante a la par.” (Representante de una entidad sobre inclusión)

Personas voluntarias

En el interior del Tercer Sector de Acción Social, el voluntariado constituye un grupo cuya experiencia de la polarización adquiere características propias. Aunque el sector no presenta polarización interna estructurada, las personas voluntarias sí perciben y sienten algunos de sus efectos de manera diferenciada, debido a su posición entre la acción directa, la representación simbólica de las entidades y la convivencia cotidiana con perfiles profesionales. La polarización social no genera divisiones internas dentro del voluntariado, pero sí introduce tensiones que afectan su bienestar, su percepción del entorno organizativo y su relación con los equipos técnicos.

Dentro de las entidades, el voluntariado experimenta formas específicas de desgaste vinculadas al clima polarizado.

Parte de su malestar proviene de tener que **convivir con discursos que cuestionan la misión o el sentido de su labor**, lo que se traduce internamente en cansancio, dudas y la sensación de que determinadas conversaciones dentro de la entidad requieren mayor cuidado. Esta presión se refleja en momentos en los que el voluntariado expresa el deseo de poder centrarse en la acción social sin tener que dedicar tiempo y energía a gestionar sospechas o percepciones distorsionadas que también penetran en los espacios internos. La polarización social, aunque externa en origen, produce un “ruido de fondo” que acompaña a las personas voluntarias cuando participan en reuniones, actividades o procesos formativos, condicionando la manera en que se sienten al interior del equipo.

“La realidad de muchos voluntarios que también se encuentran con esa frustración de las personas que no consiguen nada y que exigen a los voluntarios (...) cuestiones que ellos tampoco pueden hacer.” (Representante de una entidad sobre inclusión)

Otro elemento clave en la vivencia interna del voluntariado es la **brecha generacional y de enfoque**. No se trata de divisiones ideológicas, sino de tensiones funcionales que emergen cuando conviven visiones asistencialistas —más frecuentes en perfiles con larga trayectoria— con perspectivas reivindicativas o centradas en derechos, más presentes en generaciones jóvenes. Estas diferencias configuran puntos de fricción en debates internos sobre cómo intervenir, cómo comunicar o qué lenguaje utilizar. Aunque no generan polarización, sí demandan de las entidades una mayor claridad de roles, marcos metodológicos compartidos y espacios para armonizar expectativas diversas.

La **relación con el personal remunerado** constituye otro ámbito donde la

polarización externa repercute en la experiencia interna. El voluntariado convive con sensaciones de desajuste cuando las exigencias técnicas chocan con enfoques basados en la intuición, la experiencia personal o la voluntad de ayuda inmediata. Estas diferencias no se interpretan como disputas ideológicas, pero sí como tensiones operativas que, en contextos polarizados, pueden intensificarse si no se explicitan los límites del rol voluntario y las responsabilidades técnicas. El voluntariado busca comprender “hasta dónde puede aportar” y cómo encajar su motivación personal en estructuras organizativas que requieren coherencia, protocolos y criterios comunes.

“Que hay personas con muy buena intención, pero que no tienen tanto en cuenta esa parte profesional, donde todo lo que no sea lo que ellos entienden ayudarles incondicionalmente. (...) Y eso, a veces, pues ha traído conflictos.” (Representante de una entidad sobre inclusión)

Pese a estas tensiones, la vivencia interna del voluntariado se sostiene sobre una **fuerte identificación con la misión**, que actúa como eje de estabilidad y protección frente a los efectos de la polarización. La convicción de que la labor voluntaria tiene sentido y aporta valor directo es un factor que equilibra las tensiones internas generadas por el contexto social. La independencia económica de su participación refuerza este vínculo, permitiendo que la implicación se mantenga incluso en escenarios complejos. El voluntariado interpreta que su contribución solo es posible cuando existe un acuerdo básico sobre la misión, y este acuerdo opera como punto de encuentro incluso entre sensibilidades diversas.

Órganos de gobierno y dirección

Las personas que ocupan funciones directivas en el TSAS viven la polarización

desde una **perspectiva estratégica y de responsabilidad institucional**. Su posición les exige sostener simultáneamente la estabilidad interna, la coherencia ética y la relación con un entorno político y mediático crecientemente tensionado. Aunque no existe polarización interna estructurada, el personal directivo identifica la polarización social como un factor que exige vigilancia constante para evitar que las dinámicas externas se trasladen a las organizaciones.

El liderazgo en el sector se desarrolla en estructuras organizativas complejas, con áreas transversales y estructuras territoriales que requieren coordinación continua. El plan estratégico y los instrumentos de planificación operativa funcionan como marcos de referencia que permiten ordenar el debate, establecer prioridades y facilitar la toma de decisiones en temas sensibles. La dirección asume también la responsabilidad de asegurar que, una vez fijada una posición institucional, exista coherencia discursiva en toda la organización.

Una preocupación central para las personas directivas es la **dependencia financiera y el reconocimiento institucional del sector**. Desde esta perspectiva, el concepto de “financiación pública” se matiza como la prestación de servicios que las administraciones pagan tarde y con condiciones que afectan a la planificación interna. Este modelo de relación introduce vulnerabilidad en las entidades, que se perciben “cautivas” de las decisiones políticas y de los ciclos presupuestarios. La dirección identifica también una falta de reconocimiento institucional hacia el sector, que a veces es reducido a funciones asistenciales, lo que agrava la necesidad de reforzar su legitimidad social.

“Hay determinadas cosas que también intento que el equipo no las vea, porque

emocionalmente no están preparados. (...) sí que es cierto que hay que hacer una especie de barrera de protección para cuidar a la gente” (Representante de una entidad sobre discapacidades)

En el plano interno, el personal directivo actúa como **amortiguador de tensiones**. La dirección gestiona los desacuerdos que surgen en torno a temas sensibles, promoviendo espacios deliberativos estructurados que permiten integrar posiciones diversas sin convertirlas en conflicto. La palabra clave es contención: mantener la “cabeza fría” para evitar que la polarización externa se traduzca en fracturas internas. Algunas organizaciones establecen explícitamente en sus estatutos la renuncia a cualquier adscripción política o religiosa, con el fin de preservar la pluralidad y orientar el diálogo hacia la misión compartida. En este sentido, la dirección define líneas rojas asociadas a la dignidad humana y a los derechos, que funcionan como criterios no negociables ante debates internos.

“No hay apenas debates en las juntas directivas (...). Nadie dice nada que [las personas en dirección] no quieran escuchar, aunque se piense que igual hay divergencias de pensamiento que se ocultan para no generar conflictos”. (Representante de una entidad sobre inclusión)

Las personas directivas son también quienes deben **decidir cuándo posicionarse públicamente y cuándo no**. Este proceso implica evaluar riesgos reputacionales, institucionales y políticos. En determinados contextos, un posicionamiento explícito puede implicar tensiones con administraciones cuyos apoyos resultan esenciales para la continuidad de los programas. Esta decisión exige medir el equilibrio entre coherencia ética, impacto social y sostenibilidad organizativa.

4.6.2. Experiencias según la identidad de género

El análisis desde una perspectiva de género permite afirmar que no existen diferencias significativas entre mujeres y hombres en su manera de entender la polarización dentro del Tercer Sector de Acción Social. Ambos perfiles coinciden en describirla como un proceso que reduce los matices, empobrece el diálogo y tensiona la convivencia social. No emergen visiones contrapuestas ni marcos explicativos divergentes en relación con el impacto que la polarización tiene sobre el sector, sus organizaciones o su misión.

El TSAS es **un ámbito altamente feminizado**, tanto en el personal remunerado como en el voluntariado. Esta feminización está vinculada a la fuerte presencia de profesiones y funciones relacionadas con la intervención social, la atención directa y el acompañamiento, áreas históricamente ocupadas por mujeres. La composición del sector, por tanto, refleja una mayor densidad de trayectorias profesionales femeninas, especialmente en puestos operativos y en las funciones vinculadas al contacto directo con colectivos en situación de vulnerabilidad.

“Nosotros somos un sector fundamentalmente feminizado. Entonces hablamos mujeres, estamos mujeres, y entonces es algo que no lo puedes eludir. Y formamos parte, hay habitualmente mujeres, de las comisiones de igualdad, de todo lo que tenga que ver con la organización.” (Representante de una entidad sobre inclusión)

La experiencia de la polarización social dentro del sector no se vive de forma distinta, en términos de impacto organizativo, desafíos institucionales y efectos sobre la misión. El género no implica una identificación diferencial de

factores externos (desinformación, discursos hostiles, presión política, competencia por recursos) y además se identifican las mismas áreas de tensión (migración, igualdad, diversidad), sin diferencias sustantivas asociadas al género.

Aunque la lectura de la polarización dentro del Tercer Sector de Acción Social no muestra diferencias significativas cuanto al modo de entender el fenómeno a nivel sectorial, sí se observan matices en la **vivencia personal de la polarización** cuando se atiende a la **diversidad de identidades** que conviven en el sector. La experiencia individual se ve condicionada por la trayectoria, el contexto social y las propias identidades de género, orientación sexual o expresión de género, especialmente en un entorno donde estos temas se han convertido en focos recurrentes de confrontación pública.

Las personas LGTBQ+ y, en particular, las personas trans, son uno de los grupos más atacados por los discursos polarizados y de extrema derecha. Esta tendencia genera preocupación por posibles **retrocesos en derechos** y por la intensificación de mensajes que cuestionan la legitimidad de estas identidades. Los debates públicos en torno a la identidad o a los marcos legislativos sobre autodeterminación de género ilustran cómo la polarización desplaza la discusión hacia posiciones identitarias rígidas que amplifican la controversia social.

“Prácticas políticas, de políticas sociales, en las que había más o menos un consenso, se están rompiendo por cuestiones ideológicas. [...] parece que la bandera de la igualdad o el feminismo... uno se queda con la bandera y otros se oponen” (Representante de una entidad sobre minorías étnicas)

Las entidades del sector incorporan de manera creciente la diversidad sexual y de género en sus marcos de funcionamiento, a

través de planes de igualdad, protocolos de derechos y valores organizativos basados en la dignidad y la no discriminación. Sin embargo, este compromiso convive con tensiones puntuales derivadas de la sensibilidad social que rodea estos temas. Determinados posicionamientos públicos pueden generar incomodidad en parte de la base social o desencadenar debates internos sobre los límites del consenso, especialmente cuando se abordan cuestiones que en el plano público han sido objeto de fuerte polarización, como la autodeterminación de género, la gestación subrogada o los modelos de atención a personas migrantes LGTBQ+.

“Tuvimos una tensión importante (...) por el tema de la gestación subrogada. (...) había entidades LGTBQ+ y el resto de entidades (...) estaban obviamente en contra de la explotación del cuerpo de la mujer. Eso fue un punto de inflexión que hizo que las entidades que no estaban dispuestas a condenarlo se saliesen” (Representante de una entidad sobre inclusión)

Estas tensiones no llegan a consolidar líneas de fractura, ya que las organizaciones recurren a mecanismos deliberativos, espacios de consenso y protocolos de convivencia para gestionar diferencias. Se reconoce que la diversidad de posturas forma parte de la naturaleza plural del sector, y que los conflictos deben abordarse con diálogo y cuidado, evitando que el clima externo de polarización determine la dinámica interna.

4.6.3. Experiencias según la localización de la entidad

La polarización no se experimenta de manera uniforme en el Tercer Sector de Acción Social. Aunque las entidades comparten un diagnóstico común sobre el fenómeno y sus riesgos, la forma en que se percibe, se expresa y se afronta depende en

gran medida del entorno territorial en el que operan. Los contextos rurales, urbanos o caracterizados por una elevada presencia de población migrante presentan dinámicas locales propias que moldean la intensidad, los focos y las vías a través de las cuales se manifiesta la polarización social.

*“La polarización viene más o las diferencias vienen más muchas veces por cuestiones sociales o geográficas que de otra cuestión”
(Representante de una entidad sobre juventud y tiempo libre)*

Por ejemplo, en aquellos entornos, rurales o urbanos, donde se produce una llegada notable de personas migrantes, la polarización social se focaliza en discursos sobre pertenencia, seguridad y acceso a recursos. Aquí, el impacto es especialmente palpable en la interacción diaria: apertura de viviendas, centros de acogida, uso de espacios comunitarios o actividades visibles en el territorio. A partir de las vivencias locales, la población interpreta la llegada de nuevos colectivos a través de distintos marcos emocionales, identitarios o de competencia percibida. No siempre se trata de un rechazo abierto, sino de fricciones que se agravan por la falta de información, las desigualdades ya existentes o la influencia de narrativas externas.

En los entornos rurales, en particular, los discursos polarizados tienden a superponerse a problemas estructurales que ya estaban presentes (despoblación, aislamiento, falta de servicios, envejecimiento y pérdida de oportunidades). Estas realidades no neutralizan los discursos polarizantes, pero modulan su impacto. En estos casos, la **sensación de vulnerabilidad comunitaria** amplifica la recepción de los mensajes binarios y simplificados de los discursos de la polarización social y favorece que los

debates se conviertan en cuestiones identitarias, vinculadas al “nosotros” frente a un “ellos” percibido como externo.

Por otra parte, en zonas urbanas, la vivencia de la polarización se relaciona sobre todo con la exposición, la velocidad de los acontecimientos y la capacidad de amplificación que tienen redes sociales y medios digitales. Incluso **dentro de una misma ciudad** o área geográfica, las entidades experimentan la polarización de forma distinta según el **barrio o zona** donde operan, el perfil sociodemográfico de entorno urbano y la historia colectiva concreta. Así, dos organizaciones situadas en zonas cercanas pueden experimentar niveles de **tensión muy diferentes**: mientras una recibe apoyo social generalizado, otra puede enfrentarse a episodios de rechazo vecinal, campañas de desprestigio o tensiones puntuales vinculadas a un colectivo concreto.

“Las necesidades (...) vienen un poco marcadas más por la realidad social en la que vives (...) no es lo mismo un grupo en Canarias que en Galicia. (...) los problemas sociales o las necesidades educativas que tienen sus niños en el sur (...) cayucos... pues oye, yo quiero educar en que entiendan qué es esto” (Representante de una entidad sobre juventud y tiempo libre)

4.6.4. Experiencias según el tamaño de entidad

El tamaño de las entidades, al igual que su localización, supone un factor importante en la forma de experimentar los impactos de la polarización social. Las estructuras de **ámbito estatal** o confederal tienden a vivir la polarización como un desafío vinculado a la **legitimidad institucional**, la **reputación** y la estrategia de **incidencia**. Desde esta posición, la presión se manifiesta principalmente a través de discursos hostiles que cuestionan la independencia

del sector, la utilidad social de sus servicios o la forma de financiación. Las entidades nacionales concentran también la gestión de la comunicación pública, lo que implica anticipar crisis reputacionales, homogeneizar mensajes y asumir responsabilidades vinculadas a la interlocución política y administrativa. En este nivel, la polarización se experimenta como un fenómeno que exige coherencia institucional, cuidado reputacional y una medición precisa de los riesgos asociados a cada posicionamiento.

En contraste, las entidades que operan en el ámbito local o territorial viven la polarización de forma mucho más directa, cercana y cotidiana. Las tensiones se expresan aquí a través de la interacción con el entorno comunitario, donde surgen episodios de desconfianza, rechazo vecinal o malestar ante la apertura de determinados recursos sociales. Estas entidades deben gestionar conflictos en tiempo real, con un grado de exposición personal mayor y con estructuras de apoyo más limitadas. Además, su relación con la administración local, estrechamente vinculada a ciclos electorales y a sensibilidades vecinales, introduce una dimensión política especialmente volátil que repercute de forma directa en la financiación, en los convenios y en la estabilidad de los servicios.

Estas **diferencias se acentúan en las organizaciones pequeñas**, cuya escala micro y limitada capacidad de amortiguación las hace particularmente vulnerables al impacto de la polarización social. La fragilidad financiera, la dependencia de convenios municipales y la necesidad de resolver tensiones comunitarias hacen que estas entidades vivan el fenómeno desde un lugar de mayor exposición. Aunque no participan en debates públicos de alto nivel, sí sufren de

forma intensa las consecuencias del clima social polarizado en la relación con colectivos vulnerables, familias, comercios y redes locales.

“A lo mejor hay otros organismos [de mayor alcance] que son mucho más grandes... No hay duda de su profesionalidad, pero a los que no tenemos esas estructuras nos cuesta [que nos tomen en serio]” (Representante de una entidad sobre discapacidades)

“Somos una organización hasta cierto punto un poco desconocida... pequeña y que por lo tanto no estamos en el ojo de mira de según que... partidos políticos... más de extrema derecha” (Representación de una entidad sobre infancia y juventud)

La relación entre niveles organizativos también influye en la forma en que se experimenta la polarización. Mientras las sedes centrales definen marcos estratégicos, discursos institucionales y protocolos comunes, las sedes territoriales deben aplicarlos en contextos muy distintos, donde la recepción social puede variar considerablemente. Esto genera tensiones sobre la adecuación de los discursos y medidas diseñadas a escala estatal a realidades locales con dinámicas propias y, a veces, más frágiles. No se trata de discrepancias ideológicas, sino de ajustes necesarios entre prioridades estratégicas y necesidades territoriales concretas, que requieren coordinación constante para mantener la coherencia interna sin perder la sensibilidad hacia el contexto.

4.7. ¿Cómo están respondiendo las entidades a la polarización social?

4.7.1. Medidas ya en marcha

Las medidas que se han puesto ya en marcha o que se han llevado a cabo como **primera gestión** para hacer frente a la polarización son las siguientes:

- » **Presencia activa en el territorio:** refuerzo del trabajo comunitario, equipos visibles y diálogo directo con asociaciones y vecinos.
- » **Transparencia interna:** comunicación clara para evitar rumores y mantener la confianza organizativa.
- » **Clarificación de funciones:** definición de roles entre personal técnico y voluntariado mediante formación y protocolos.
- » **Cuidado del discurso público:** mensajes positivos y prudentes para no alimentar dinámicas de confrontación.
- » **Comunicación humanizada:** utilización de relatos y rostros reales para contextualizar los datos.
- » **Cohesión organizativa:** canales internos de información y espacios de participación para sostener el sentido de pertenencia.
- » **Formación de mandos intermedios:** fortalecimiento de capacidades para gestionar conflictos y equipos diversos.
- » **Garantías institucionales:** consolidación de mecanismos éticos y canales de denuncia.

Las entidades del Tercer Sector de Acción Social han comenzado a responder a la polarización mediante un conjunto de

actuaciones inmediatas orientadas a proteger la convivencia, preservar la credibilidad institucional y asegurar la continuidad de la intervención social en contextos tensos. Aunque no constituyen todavía estrategias consolidadas, estas medidas expresan un patrón general de gestión centrado en la contención, la mediación y la transparencia.

Un primer elemento común es el refuerzo del **trabajo comunitario**. Muchos equipos incrementan su presencia en el territorio y mantienen un contacto más estrecho con asociaciones y vecinos. Esta cercanía permite detectar tensiones incipientes, prevenir conflictos por desconocimiento y generar reconocimiento hacia la labor desarrollada. La visibilidad de profesionales en espacios públicos y el acompañamiento cotidiano buscan transmitir seguridad y normalizar la actividad de los centros, especialmente cuando se perciben resistencias vecinales.

De forma complementaria, las organizaciones han reforzado su apuesta por la **transparencia interna**. En situaciones donde proliferan rumores sobre cierres, cambios de ubicación o recortes, una comunicación clara hacia equipos y personas usuarias se convierte en un mecanismo básico para sostener la confianza. La experiencia refleja que la incertidumbre interna amplifica la polarización, mientras que la información compartida reduce interpretaciones erróneas y estabiliza el clima organizativo.

Algunas tensiones surgen cuando voluntariado y personal técnico operan con expectativas distintas sobre su papel. Para reducir fricciones, se introducen **protocolos de actuación y formación específica** que delimitan responsabilidades y orientan la intervención. Esta profesionalización no busca restringir la participación, sino garantizar coherencia metodológica y

evitar prácticas que, aun bien intencionadas, puedan interferir en los procesos de acompañamiento.

La presencia creciente de discursos hostiles en redes y espacios públicos ha llevado a evitar respuestas reactivas que puedan intensificar la confrontación. En su lugar, se priorizan **mensajes** en positivo que vinculan la acción social con valores ampliamente compartidos, como la convivencia o los derechos humanos. Esta modulación comunicativa pretende contrarrestar el impacto del discurso polarizante sin alimentar dinámicas defensivas.

Paralelamente, se observa una transición hacia una comunicación más humanizada. Las entidades buscan que los datos y cifras cobren sentido a través de historias personales que permitan contextualizar la intervención y recuperar la empatía social. Esta aproximación intenta corregir la tendencia a reducir a las personas atendidas a números, mostrando trayectorias y circunstancias que facilitan la comprensión pública de su situación.

La polarización externa puede trasladarse a los equipos, por lo que se desarrollan **espacios de diálogo, canales de información** estables y mecanismos de participación que facilitan la comprensión de decisiones complejas. El objetivo es evitar que la falta de información genere malentendidos que erosionen la convivencia profesional. Este esfuerzo se complementa con la formación de mandos intermedios, que reciben herramientas para gestionar conflictos y acompañar equipos diversos, dado que su función es clave en la estabilidad cotidiana.

Las medidas actualmente en marcha muestran un enfoque orientado a minimizar los efectos inmediatos de la polarización. Aunque su alcance es aún limitado, han permitido contener riesgos reputacionales, sostener la cohesión interna y evitar que la tensión externa se traduzca en disfunciones operativas. El reto consiste ahora en transformar estas respuestas en estrategias estables que articulen la gestión cotidiana con una visión de largo plazo.

El desarrollo de las medidas y acciones en el presente

En el bloque cuantitativo se muestra una parte importante del sector aún no ha implementado acciones concretas frente a la polarización: 26 entidades declaran no aplicar ninguna estrategia. Sin embargo, también se evidencian prácticas emergentes orientadas a la prevención y contención. Las más mencionadas son la protección de datos y la transparencia (25), junto con la adaptación del discurso público para sostener narrativas inclusivas (24), lo que revela una preocupación por el plano comunicativo. Le siguen el desarrollo de marcos éticos y formativos (21) y la búsqueda de mayor coherencia institucional. En cambio, medidas más introspectivas como los diagnósticos participativos (6) o la diversificación en los órganos de decisión (10) tienen aún escasa presencia, lo que sugiere que la respuesta del sector se ha centrado más en blindarse hacia fuera que en transformar dinámicas internas.

¿Qué buenas prácticas o estrategias se están desarrollando por parte de su entidad para mitigar o prevenir estos efectos?



Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta de la Plataforma del Tercer Sector de Acción Social

4.7.2. Estrategias emergentes

Las medidas que se proponen como estrategias ya en marcha, con más análisis y posibles líneas de actuación para hacer frente a la polarización son las siguientes:

- » **Diversidad como fortaleza:** equipos heterogéneos que amplían la mirada y mejoran la calidad de las decisiones.
- » **Deliberación institucional:** estructuras formales de debate que canalizan el desacuerdo hacia decisiones colectivas.
- » **Diálogo interno estable:** reuniones, encuentros y dinámicas de equipo para reforzar cohesión y confianza.
- » **Posicionamientos basados en ética y evidencia:** toma de decisiones fundamentada en datos y marcos deontológicos.
- » **Colaboración interinstitucional:** alianzas sectoriales y redes estratégicas

que fortalecen la incidencia social y política.

Más allá de las actuaciones reactivas, las organizaciones empiezan a desarrollar estrategias que apuntan a una **adaptación** frente a la polarización. Este proceso marca un tránsito desde la gestión de crisis hacia la construcción de marcos más robustos de intervención, comunicación y gobernanza.

En el ámbito organizativo, la **diversidad interna** comienza a ser considerada una fuente de fortaleza. La heterogeneidad en perfiles profesionales, edades y trayectorias amplía la capacidad analítica y reduce los sesgos en la toma de decisiones. Para aprovechar este potencial, las entidades están fortaleciendo sus estructuras deliberativas: consejos, grupos de trabajo y asambleas donde se canalizan desacuerdos y se construyen posiciones colectivas. Esta lógica se complementa con la institucionalización de espacios estables de diálogo interno. Reuniones periódicas, encuentros entre equipos y dinámicas

colaborativas se consolidan como herramientas para compartir perspectivas, anticipar tensiones y reforzar la confianza. La interacción continua contribuye a que la gestión emocional forme parte de la vida organizativa y previene la fragmentación interna.

Ante debates polarizados, las entidades priorizan argumentos sustentados en datos, investigaciones y principios deontológicos. Este enfoque blindará la independencia del sector y reduce la influencia de corrientes mediáticas efímeras. La combinación de rigor técnico y coherencia ética se convierte en un mecanismo para sostener la legitimidad institucional.

Las organizaciones reconocen que los desafíos asociados a la polarización exceden su capacidad individual. Por ello, buscan **alianzas** estables con otras entidades sociales, redes territoriales, universidades y administraciones. Esta cooperación genera una voz más sólida, facilita el aprendizaje mutuo y mejora la capacidad de incidencia.

Si se observan en su conjunto, estas estrategias revelan un esfuerzo por crear espacios donde las personas puedan expresar sus puntos de vista, compartir dudas y tomar decisiones de manera más acompañada. Su desarrollo es todavía irregular, pero ya muestran un potencial claro para fortalecer la vida interna de las entidades en un momento social especialmente sensible.

4.7.3. Medidas propuestas

Las propuestas orientadas al **futuro** señalan varias líneas de trabajo que las entidades consideran necesarias:

- » **Reconocimiento político del sector:** consolidar al Tercer Sector como

agente de gobernanza y codiseño de políticas públicas.

- » **Reforma de la financiación:** modelos estables y orientados a incluir la cohesión interna como coste financierable
- » **Competencias digitales y comunicativas:** estrategias frente a la desinformación y adaptación a públicos jóvenes.
- » **Gestión ética y segura de la información:** protocolos de ciberseguridad y transparencia digital.
- » **Cuidado profesional y sostenibilidad emocional:** políticas estructurales de bienestar laboral.
- » **Reactivación de la base social:** mayor participación ciudadana y protagonismo de personas beneficiarias y familias.
- » **Agenda común del sector:** coordinación permanente y discurso compartido en defensa de valores democráticos.

En el conjunto de prioridades de cara a futuro, ocupa un lugar destacado el reconocimiento institucional del Tercer Sector como **actor de gobernanza**. Las entidades reclaman participar no solo en la ejecución, sino también en el diseño y la evaluación de las políticas públicas. Esta aspiración se relaciona directamente con la revisión de los modelos de financiación. La dependencia de subvenciones anuales limita la capacidad de planificación y dificulta la anticipación. Por ello, se plantean fórmulas más estables de financiación y el reconocimiento de los costes vinculados al cuidado interno y la cohesión de los equipos.

El fortalecimiento de las **competencias digitales y comunicativas** constituye otro ámbito prioritario. La expansión de la

desinformación y el peso creciente de las redes sociales hacen necesario repensar la comunicación dentro del sector. Las entidades se ven llamadas a adaptar sus lenguajes, acercarse a públicos más jóvenes y desarrollar formas de protección frente a los discursos hostiles. Esto implica entender la comunicación no solo como una herramienta de difusión, sino como una parte central de su trabajo social.

Las exigencias de la intervención social y la exposición constante a situaciones tensas hacen necesario evolucionar de iniciativas puntuales hacia políticas estables de **cuidado emocional** y acompañamiento psicológico de los equipos de trabajo.

La revitalización de la **base social** aparece como otra línea de trabajo relevante. Aunque la profesionalización ha incrementado la capacidad técnica, también ha reducido el peso del voluntariado y la participación ciudadana. Fomentar el protagonismo de las personas beneficiarias y de sus familias podría reforzar la legitimidad del sector, fortalecer la incidencia pública y alinear mejor la acción institucional con las demandas reales de las comunidades.

La articulación de estas propuestas plantea un horizonte en el que el Tercer Sector avanza hacia mayores niveles de madurez política y organizativa. El reto consiste en traducir estas orientaciones en estructuras estables que faciliten la anticipación de tensiones, la cohesión interna y la sostenibilidad de la intervención en un contexto social marcado por la fragmentación.





05

Conclusiones

La integración de los distintos enfoques analíticos permite comprender como afecta la polarización social al Tercer Sector de Acción Social en España. Más que un fenómeno abstracto, la polarización aparece como un rasgo del contexto actual que influye en la manera en que las entidades actúan, se relacionan con su entorno y organizan su trabajo. Al mismo tiempo, el análisis muestra que, a pesar de este entorno tenso y cambiante, el sector mantiene una notable capacidad para sostener la cohesión interna y gestionar la diversidad de miradas y trayectorias. Las conclusiones que se presentan a continuación recogen los principales hallazgos, integrando datos, testimonios y experiencias en un marco que busca aportar comprensión y ser útil en la práctica.

La polarización se entiende como un clima social de confrontación y deslegitimación

- » Desde la perspectiva del Tercer Sector de Acción Social, la polarización social no se concibe únicamente como una divergencia de opiniones o posiciones ideológicas, sino como un clima relacional marcado por la confrontación, la simplificación del debate público y la desconfianza. Este clima se expresa en discursos que reducen problemas complejos a marcos emocionales de amenaza, abuso o ideología, y que tienden a cuestionar la legitimidad de determinados actores sociales, entre ellos las propias entidades del sector.

La polarización social se percibe como un fenómeno creciente que redefine el contexto de actuación del sector

- » Las entidades coinciden en señalar que la polarización social no solo está presente, sino que se ha intensificado en los últimos años, configurándose como un rasgo estructural del contexto social español. Este proceso afecta tanto a la sociedad en su conjunto como al entorno en el que opera el Tercer Sector, alterando las relaciones institucionales, las expectativas sociales hacia la acción social, y la percepción externa del sector.

La intensificación de la polarización se vincula principalmente a dinámicas políticas y comunicativas

- » La polarización social se asocia de forma prioritaria a la crispación política, a la radicalización y simplificación de los discursos públicos y al papel amplificador de los medios de comunicación y las redes sociales. Estos elementos contribuyen a generar marcos binarios de interpretación —“a favor o en contra”— que dificultan el diálogo, erosionan los consensos básicos y trasladan el conflicto político al conjunto de la vida social.

La polarización afecta al TSAS como presión externa más que como conflicto interno

- » El impacto principal de la polarización sobre el Tercer Sector no se manifiesta en forma de fracturas internas, sino como una presión procedente del entorno social e institucional. Las entidades se perciben afectadas por un contexto más hostil, que incrementa la exigencia de justificación, tensiona las relaciones con las administraciones públicas y dificulta el desarrollo de su labor cotidiana, sin llegar a desestructurar su funcionamiento interno.

El Tercer Sector no se reconoce como un espacio internamente polarizado

- » Las entidades se describen mayoritariamente como espacios cohesionados, orientados a objetivos compartidos y capaces de gestionar la diversidad de posiciones sin derivar en divisiones ideológicas. Las diferencias internas que existen en las entidades se entienden más como parte de la diversidad propia del sector —ligada a enfoques, estrategias o prioridades de intervención— y no como polarización en sentido estricto.

El impacto de la polarización depende en gran medida de las condiciones externas de las entidades

- » La forma en que la polarización afecta a cada entidad está estrechamente vinculada a factores contextuales como el ámbito de actuación, el nivel de visibilidad pública, el tipo de relación con las administraciones o el territorio en el que opera. Estas condiciones externas modulan la exposición al conflicto social y explican por qué la polarización no se vive de manera homogénea en todo el sector.

La polarización condiciona especialmente la comunicación pública y la percepción social del sector

- » Uno de los principales ámbitos de impacto de la polarización es la comunicación externa. Las entidades señalan una creciente necesidad de prudencia en el uso del lenguaje, en los posicionamientos públicos y en la gestión de su imagen social. Este contexto condiciona la manera en que el sector es percibido desde el exterior y limita, en determinados casos, su capacidad de incidencia pública y de denuncia en temas sensibles.

La polarización incide de forma sostenida en la experiencia cotidiana de quienes integran el sector

- » Más allá de los planos organizativos y estratégicos, la polarización tiene efectos directos en la experiencia diaria de las personas remuneradas y del voluntariado. La exposición constante a discursos hostiles, la gestión de conflictos externos y la necesidad de actuar como contención emocional generan desgaste, sobrecarga y sensación de vulnerabilidad. Estos efectos no suelen traducirse en conflicto interno, pero sí influyen de manera persistente en el desarrollo del trabajo y en el bienestar de quienes sostienen la intervención social.

La polarización se concentra especialmente en ámbitos vinculados a migración, pobreza, integración social y género

- » Los temas que generan mayor preocupación dentro del Tercer Sector de Acción Social son aquellos vinculados a la migración, la pobreza, la integración social y el género. Estos ámbitos concentran una mayor exposición a la polarización por situarse en el centro de debates públicos altamente ideologizados, donde las intervenciones del sector tienden a

ser leídas desde claves partidistas o identitarias. Las entidades identifican que, en estos campos, la polarización no solo incrementa la presión social y mediática, sino que dificulta la intervención, refuerza procesos de estigmatización y obliga a una vigilancia constante del lenguaje y de las estrategias de actuación. La centralidad del eje ideológico izquierda-derecha como principal fractura social refuerza esta dinámica, al convertir estos ámbitos en espacios especialmente sensibles al conflicto y a la deslegitimación pública.

Los resultados del estudio muestran que el Tercer Sector de Acción Social responde a la polarización con cierta solidez interna, aunque lo hace en un entorno cada vez más tenso y marcado por la confrontación social y el ruido en el debate público. Las medidas que las entidades ya están poniendo en marcha —centradas en el cuidado de los equipos, la revisión de sus marcos comunicativos, el refuerzo de espacios de reflexión interna y la cooperación con otros actores— muestran una capacidad de adaptación, orientada a sostener la intervención social sin renunciar a sus principios. Al mismo tiempo, el análisis señala la importancia de avanzar hacia respuestas más estructuradas y sostenidas en el tiempo, que no se limiten a reaccionar ante la polarización, sino que la incorporen como un factor a tener en cuenta en la planificación, en la acción pública y en el vínculo con las instituciones. En un contexto donde la polarización probablemente seguirá formando parte del escenario social, el reto principal para el sector no es solo mantener la cohesión interna, sino fortalecer las condiciones que hacen posible su sostenibilidad, su legitimidad y su capacidad de actuar de forma colectiva en un entorno cada vez más tensionado.



Anexo I. Escucha social digital

La escucha social digital permite observar cómo se construye, en tiempo real, la imagen del Tercer Sector de Acción Social en el espacio público. La interpretación de los mensajes en medios digitales y redes sociales muestra qué emociones se activan cuando se habla del TSAS, con qué marcos se le asocia y de qué manera estas narrativas contribuyen a reforzar o erosionar su legitimidad. En un entorno marcado por la polarización social, esta lectura sirve para comprender cómo se redistribuye la confianza social en las organizaciones y qué obstáculos adicionales encuentran para desempeñar su papel de mediación, defensa de derechos y respuesta a la vulnerabilidad.

En este apartado se aborda conjuntamente la dimensión emocional y los marcos discursivos que ordenan la percepción del TSAS en el espacio digital. Por un lado, se identifican las emociones predominantes, y se analiza cómo se traducen en mensajes concretos, ya sea vinculando a las entidades con ideas de “chiringuitos”, gasto y privilegios, o bien destacando su contribución solidaria y el compromiso del voluntariado. Por otro lado, se describen los encuadres que legitiman al TSAS como pilar de solidaridad y cohesión, frente a aquellos que lo presentan como una estructura sospechosa, dependiente del “gasto político” y de subvenciones, y alineada con intereses partidistas.

La combinación de estas emociones y marcos no es neutra. Configura un paisaje en el que la labor del TSAS aparece

simultáneamente validada y cuestionada, y en el que el ruido deslegitimador puede llegar a eclipsar las evidencias de utilidad pública y de impacto social. Analizar esta tensión permite comprender mejor los mecanismos por los cuales la polarización llega a las entidades a través de los canales digitales y mediáticos, y poner nombre a las problemáticas sectoriales que se derivan de ello: sospecha estructural, presión sobre la transparencia, necesidad de justificar de forma constante la independencia y la relación con la administración. Sobre esta base, los subapartados siguientes detallan, de forma más específica, qué se siente y qué se dice del TSAS en el entorno online, y qué efectos tiene este clima sobre su margen real de actuación.

Percepción emocional y marcos discursivos sobre el TSAS en el espacio digital

Emociones predominantes en torno al TSAS

La conversación digital, sobre todo en redes sociales, en torno al Tercer Sector de Acción Social está atravesada por una fuerte carga emocional, que organiza la percepción pública del sector en dos grandes campos afectivos. Por un lado, aparecen **emociones vinculadas al reconocimiento** —gratitud, satisfacción, aprecio— que asocian a las entidades con la solidaridad, la ayuda y la protección de las personas en situación de vulnerabilidad. Por otro, **emergen emociones de signo negativo** —miedo, desconfianza, decepción, descontento— que tienden a presentar al TSAS como un actor sospechoso, ligado al despilfarro, a la captura de recursos públicos o a la instrumentalización política. Esta combinación configura una **“temperatura emocional” ambivalente**, en la que los

registros de apoyo y de cuestionamiento coexisten, pero no tienen el mismo peso ni la misma visibilidad.

En las **noticias digitales**, el Tercer Sector se vincula con frecuencia a la **gratitud** y al **reconocimiento**. Las fuentes recogen numerosos ejemplos de felicitaciones institucionales, agradecimientos explícitos a la “*vocación social, solidaridad, entrega y compromiso*” de las entidades, y relatos que destacan “*gestos que han cambiado la vida a las personas*” o que subrayan que “*la cooperación entre instituciones, tercer sector y empresas es más necesaria que nunca*”. Esta gratitud no se limita a declaraciones formales; se acompaña de narrativas que muestran a las organizaciones como generadoras de esperanza en contextos de crisis, capaces de aportar soluciones reales a problemas de exclusión, pobreza o violencia. En las redes sociales, también se encuentran mensajes de agradecimiento sincero hacia el voluntariado, los bancos de alimentos, las familias de acogida o las ONG que prestan apoyo en campañas concretas, reforzando la imagen del TSAS como actor de proximidad y de apoyo cotidiano.

Sin embargo, esta capa de reconocimiento convive con emociones que erosionan la confianza. **Miedo y desconfianza** aparecen vinculados tanto a las problemáticas que aborda el sector —migración, exclusión, violencia— como a la propia existencia de las entidades. En el plano mediático, el miedo se articula en torno a **la inseguridad, la aporofobia o la sensación de fragmentación social**, y actúa como “caldo de cultivo” para la desconfianza hacia las instituciones en general. En el espacio digital más informal, especialmente en redes sociales, el miedo se atribuye al propio TSAS como recurso retórico: se afirma que “*tienen miedo*” de perder subvenciones o privilegios, presentando a

las ONG como actores dependientes y pasivos, preocupados por su supervivencia económica más que por su misión social. Esta atribución no describe una emoción vivida por el sector, sino que funciona como categoría deslegitimadora que lo inscribe en un eje ideológico concreto y lo sitúa bajo sospecha permanente.

La decepción y el descontento refuerzan este **marco de sospecha**. Aparecen mensajes que expresan frustración hacia la continuidad de “*gasto político*”, “*chiringuitos*”, “*lobbies*” y “*ONG fraudulentas*”, responsabilizando a partidos y gobiernos de sostener estructuras clientelares en las que se incluye al Tercer Sector. En estos discursos, apoyar o financiar a las entidades se presenta como una traición a las expectativas de cambio, y se utiliza el desencanto con la política para cuestionar también la legitimidad de las organizaciones sociales. El término “*chiringuito*” concentra buena parte de esta carga emocional: no solo designa supuestos abusos o ineficiencias, sino que condensa **sentimientos de enfado, resentimiento y cansancio** ante lo que se percibe como un sistema que “se aprovecha” de los recursos públicos.

La **gratitud**, por su parte, presenta una doble cara en el entorno digital. Junto a los mensajes de **reconocimiento sincero** convive una **gratitud irónica o sarcástica**, que culpa a partidos y entidades del uso de fondos públicos en “*chiringuitos disfrazados de ONG*” o en “*ayudas a inmigrantes ilegales*”. En estos casos, los “*gracias*” no buscan valorar un aporte positivo, sino señalar responsables de un supuesto expolio y denunciar la connivencia entre gobiernos y organizaciones sociales. De este modo, la gratitud se convierte en una herramienta de acusación indirecta, que refuerza el marco de desconfianza y añade una dimensión moral al reproche

económico. Así, tanto el miedo atribuido a las ONG como la gratitud usada en clave sarcástica convergen en una misma narrativa deslegitimadora que invisibiliza las motivaciones sociales del TSAS y lo asocia, de forma recurrente, a intereses económicos y clientelares.

De esta forma, la percepción emocional del TSAS en el espacio digital se organiza en torno a la **dualidad entre reconocimiento y sospecha**. La asimetría entre el volumen y la intensidad de estos registros hace que, en muchos momentos, el ruido deslegitimador eclipse las voces de reconocimiento, configurando un entorno emocional en el que el TSAS debe esforzarse de forma constante por sostener y renovar la confianza pública.

Marcos de legitimación del TSAS

El espacio digital no solo alberga discursos de sospecha y desconfianza hacia el TSAS, sino que también recoge un conjunto consistente de **narrativas que legitiman su papel y subrayan su aportación social**. En este registro, el TSAS aparece representado como un pilar de solidaridad y cohesión, un actor imprescindible para la protección de derechos y un complemento necesario a la acción de las instituciones públicas. Las noticias digitales ponen de relieve, de manera reiterada, la *“vocación social, solidaridad, entrega y compromiso”* de las organizaciones, y se refieren a ellas como agentes que *“cambian vidas”* a través de proyectos concretos, de gestos acumulados y de intervenciones que se sostienen en el tiempo. Desde esta perspectiva, la acción social se define como *“compromiso con la realidad y decisión de transformar”*, y se destaca que las entidades son *“más imprescindibles que nunca”* en contextos de crisis, contribuyendo a generar esperanza y

soluciones reales para las personas en situación de vulnerabilidad.

Este marco de legitimación se apoya en la **visibilización del impacto del TSAS** en múltiples ámbitos: apoyo a mujeres víctimas de violencia de género, acompañamiento a personas migrantes y refugiadas, atención a personas mayores, intervención con infancia y juventud en riesgo, trabajo con personas con discapacidad, lucha contra la pobreza y la exclusión. Las piezas informativas y los testimonios recabados resaltan que detrás de cada dato y de cada *donativo* *“hay una persona o una empresa que siembra esperanza”*, y subrayan la capacidad del sector para articular respuestas allí donde las estructuras públicas no llegan suficientemente. La cooperación entre instituciones, Tercer Sector y empresas se presenta como condición necesaria para afrontar retos complejos, y se afirma que sin esta red de actores interconectados *“sería imposible avanzar en cuestiones de este calibre”*.

Otro elemento central de los marcos de legitimación es la **valoración del trabajo en red y de la colaboración entre entidades**. Las noticias destacan la *“importancia de la coordinación con otras entidades del Tercer Sector”* como *“trabajo de red necesario”* para compartir problemáticas, intercambiar conocimientos y construir respuestas integrales. Se anima a *“continuar trabajando en red, compartiendo conocimientos y fortaleciendo las alianzas para seguir generando cambio desde lo colectivo”*, y se identifica la unidad en la diversidad como una fortaleza clave del sector. Esta dimensión colaborativa refuerza la idea de que el TSAS no es un conjunto de actores aislados, sino un entramado que se articula para responder de forma más eficaz y equitativa a las necesidades sociales.

La legitimación del TSAS en el espacio digital se refuerza, además, a través del **reconocimiento explícito por parte de figuras públicas e institucionales**. Se recogen mensajes de representantes del gobierno, de la administración territorial y de la jefatura del Estado que felicitan a fundaciones y entidades por sus aniversarios, por *“50 años de vocación social, solidaridad, entrega y compromiso”*, y que agradecen su *“labor en ámbitos muy diversos”*. Estos discursos oficiales no solo validan la trayectoria de las organizaciones, sino que las sitúan como interlocutoras legítimas en la definición e implementación de políticas. Se subraya el *“compromiso firme”* de determinadas delegaciones gubernamentales con las políticas que ejecuta el TSAS y se reconoce expresamente su contribución a la cohesión social y al bienestar colectivo.

Aunque coexista con narrativas de sospecha, el polo legitimador recuerda de forma persistente que las entidades son quienes *“rellenan vacíos de responsabilidad”* cuando las instituciones no alcanzan a cubrir determinadas necesidades. Esta doble lectura —crítica con las limitaciones institucionales y a la vez afirmativa respecto al papel del TSAS— refuerza la legitimidad del sector no solo como ejecutor de programas, sino como actor con autoridad moral y experiencia acumulada para denunciar carencias, proponer cambios y sostener prácticas de solidaridad y justicia social en un entorno marcado por la polarización y la desconfianza.

Marcos de deslegitimación y sospecha

En paralelo a los marcos de legitimación, la escucha social digital muestra un bloque discursivo estable que presenta al TSAS desde una **narrativa de sospecha**, asociada

al “gasto político” y a un uso indebido de las subvenciones. En este registro, las entidades dejan de ser percibidas como agentes de utilidad pública para aparecer **integradas en un universo de “chiringuitos”, lobbies y estructuras clientelares**. No se discute tanto la calidad o el resultado de su intervención como la propia legitimidad de su existencia y financiación, desplazando el foco desde las causas y las personas atendidas hacia el presupuesto y las supuestas motivaciones ocultas.

El término *“chiringuito”* actúa como pieza central de este marco deslegitimador. Se utiliza de forma recurrente como atajo para agrupar, en una misma acusación, a partidos, fundaciones, ONG, sindicatos y otros actores vinculados al sector público o para-público. Expresiones donde se enumera el *“gasto político, chiringuitos, lobbys, ONG”* sintetizan esta lógica: las organizaciones del TSAS se registran como gasto superfluo, equivalente a estructuras creadas *“para vivir de las subvenciones”*, y no como recursos al servicio de derechos y políticas sociales.

En este contexto, la **transparencia y la rendición** de cuentas se convierten en focos de tensión y en argumentos de sospecha. Se reprocha que la ciudadanía no sepa con claridad qué parte de los ingresos procede de fondos públicos, y se llega a proponer la creación de una *“ONG que fiscalizase a las ONGs”* como una suerte de supervisor externo. Más que una demanda técnica de mejora, estas ideas funcionan como refuerzo de la idea de que el funcionamiento interno de las entidades es opaco y engañoso: se da por hecho que el sector opera sin controles suficientes y que la información disponible no permite confiar en el uso de los recursos. El punto de partida no es la duda razonable, sino la sospecha previa de que hay “ONG

fraudulentas” o ineficientes que ocultan cómo gastan el dinero público.

La relación del TSAS con las **subvenciones públicas** es presentada como núcleo del problema. Numerosos mensajes describen a las entidades como instituciones que *“viven gracias a subvenciones”*, con *“sueldos astronómicos”* y poca experiencia *“en el mundo real”*. Cuando se trata de ámbitos especialmente polarizados, como la migración, este marco se intensifica. Se sugiere que *“cuantos más inmigrantes atiendan, mayor podrá ser la subvención que pidan”*, o que determinadas ONG *“se forran”* con la gestión de centros de acogida. De esta forma, **la intervención social deja de leerse en clave de derechos o necesidades y se reinterpreta como un modelo de negocio sostenido por la llegada de fondos públicos**. La solidaridad se recodifica como oportunidad de enriquecimiento y la acogida de colectivos vulnerables como excusa para inflar presupuestos.

Otro eje habitual de este marco es la sospecha de **alineamiento político**. El TSAS se presenta como parte de un bloque ideológico, generalmente asociado a la izquierda o al *“buenismo”*, y su financiación se interpreta como recompensa a esa proximidad. La idea de que hay personas que *“han vivido del chiringuito social y del buenismo de la izquierda”* y ahora *“tienen miedo”* porque *“gana la derecha”* condensa este imaginario. Las organizaciones sociales aparecen, así, no como agentes con agenda propia, sino como extensiones de un proyecto político al que serían funcionales. Cualquier defensa de políticas de igualdad, de acogida o de refuerzo de lo público puede ser leída en este registro no como opción basada en evidencia o derechos, sino como prueba de fidelidad partidista.

La combinación de estos elementos configura un marco de deslegitimación con varias capas. En la superficie, se cuestiona el **uso de los recursos**: cuántos fondos públicos reciben, cuántos salarios pagan, cuánto se destina realmente a *“las personas”* frente a *“la estructura”*. En un nivel más profundo, se presupone la **falta de independencia**: se da por hecho que las entidades responden a agendas políticas y que su supervivencia depende de mantener ciertos equilibrios con los gobiernos de turno. De fondo, se insinúa una equivalencia entre sector público, partidos y tercer sector como partes de un mismo entramado que *“se aprovecha”* de los presupuestos.

Desde la perspectiva del TSAS, este marco supone **operar sobre una presunción de culpabilidad**. Incluso cuando se responde con datos, se publican cuentas o se incrementan los esfuerzos de transparencia, el discurso deslegitimador reubica las evidencias dentro de su propia lógica: la eficacia, la experiencia o el impacto quedan en segundo plano frente a la pregunta reiterada sobre quién paga, cuánto y a cambio de qué. El resultado es una **redistribución asimétrica de la confianza**: mientras una parte del discurso digital reconoce al TSAS como pilar de solidaridad y cohesión, otra parte lo fija como símbolo de gasto injustificado y de clientelismo. Entre ambos polos, las entidades se ven obligadas a sostener un esfuerzo continuo de justificación y comunicación para preservar su legitimidad en un entorno donde la etiqueta de *“chiringuito”* funciona como amenaza latente sobre su reputación y su margen de actuación.

La polarización social en torno al TSAS

La escucha social digital muestra que el Tercer Sector de Acción Social queda plenamente **inscrito en los ejes de polarización social** que atraviesan el debate público. Aunque su misión se formula en términos de defensa de derechos, cohesión social y atención a colectivos vulnerables, el discurso digital tiende a enmarcar al TSAS como si formara parte de uno de los bloques ideológicos en conflicto. En numerosos mensajes, las organizaciones se asocian de forma casi automática con la izquierda política, con el “*buenismo*” o con gobiernos concretos, de manera que su actuación se interpreta como extensión de una agenda partidista y no como ejercicio de una función de interés general. Cuando se habla de “*los que han vivido del chiringuito social y del buenismo de la izquierda*” o de personas que “*se ponen a temblar*” ante cambios de gobierno, se está situando a las entidades en un territorio de fidelidades políticas previas, independientemente de la diversidad real del sector y de su carácter no partidista. Este encuadre simplifica la complejidad del TSAS y lo integra en la lógica de “los nuestros” frente a “los otros”.

Dentro de este marco polarizado, emociones como el miedo y la gratitud se utilizan de manera explícita como recursos retóricos para deslegitimar al sector. El “miedo” que se atribuye a las ONG no describe una vivencia interna, sino que funciona como una acusación: se afirma que “*tienen miedo*” porque podrían perder subvenciones, privilegios o estructuras de “*gasto político*”. El temor del TSAS se presenta como miedo a la pérdida de ventaja económica, no como preocupación por el deterioro de derechos o por la situación de los colectivos con los que trabaja. La gratitud, por su parte, se formula

a menudo en clave irónica o sarcástica: se agradece a determinados gobiernos “*mantener los chiringuitos*”, “*regar con millones de euros*” a las ONG o “*arruinarnos para dárselo a los inmigrantes ilegales y a otros muchos chiringuitos disfrazados de ONG*”. Estos “*gracias*” no reconocen un aporte, sino que señalan culpables y responsabilizan tanto a partidos como a entidades del supuesto desvío de recursos. De este modo, miedo y gratitud, que podrían funcionar como polos opuestos, convergen en una misma narrativa: la que presenta al TSAS como actor dependiente, interesado y ajeno al interés general.

El efecto de estas narrativas es que el TSAS deja de ser visto como espacio de mediación y se convierte en objeto de disputa dentro de la propia polarización. Las entidades aparecen como un campo más en el que se libra la batalla simbólica entre bloques, y su legitimidad se plebiscita según el alineamiento percibido con uno u otro. La defensa de políticas de igualdad, de acogida o de lucha contra la pobreza no se lee en clave de derechos, sino como toma de partido. La acusación de “chiringuito” actúa como mecanismo de expulsión simbólica, que despoja al sector de su rol de garante de derechos y lo reubica como parte de un sistema que “*vive de subvenciones*” y reproduce el “gasto político”. En este contexto, el TSAS tiene que ejercer su labor en un terreno donde la confianza está fragmentada, su independencia se cuestiona por defecto y su función de mediación se ve constantemente interferida por un relato que lo presenta como actor más de la confrontación, y no como infraestructura social orientada al bien común.

Perfiles de emisión y momentos de intensificación del discurso polarizado

Tipologías de emisores y posiciones en el debate

El análisis de la conversación digital muestra que la percepción del TSAS en redes sociales no es uniforme, sino que depende del tipo de emisor que participa en el debate. Las narrativas predominantes —tanto de deslegitimación como de reconocimiento— se distribuyen de forma desigual entre cuentas individuales, actores políticos, medios de comunicación y perfiles institucionales. Esta estructura condiciona el alcance, la intensidad y la dirección de los discursos que circulan en torno a las ONG y a los temas sensibles vinculados a la polarización social.

Las **cuentas individuales**, que incluyen usuarios anónimos o identificados, constituyen el espacio donde se observa la mayor **dispersión** de discursos. Entre estos usuarios aparecen tres patrones principales. Por un lado, un segmento que reproduce marcos de **desconfianza** hacia las ONG, utilizando etiquetas como “chiringuito” o asociándolas con agendas ideológicas atribuibles al gobierno o a determinados colectivos vulnerables. Este discurso suele combinar juicios morales, desinformación y experiencias personales generalizadas, amplificando la idea de que las entidades “*viven de subvenciones*” o “*benefician siempre a los mismos*”. Por otro lado, existe también un grupo que expresa **reconocimiento** y gratitud hacia las organizaciones, especialmente en contextos de atención humanitaria o cuando se visibiliza el impacto de la intervención social. Junto a ambos, un tercer grupo permanece en posiciones intermedias, reaccionando a contenidos sin

desplegar narrativas coherentes, pero contribuyendo a la polarización a través de **interacciones impulsivas, irónicas o reactivo-emocionales**. La diversidad de estas expresiones convierte a las cuentas individuales en un escenario inestable, donde los discursos hostiles pueden viralizarse con rapidez, sin estar respaldados por datos ni por conocimiento de la actividad del sector.

Los **actores políticos y partidistas** ocupan un lugar central en la estructuración del debate digital. Su intervención se caracteriza por el uso estratégico de las ONG como objeto de disputa ideológica. Desde determinados espacios políticos —en especial aquellos alineados con posiciones extremistas— se promueven narrativas que deslegitiman al sector, lo presentan como un entramado clientelar o lo vinculan a posicionamientos de gobierno. Estas intervenciones suelen activar **dinámicas de enfrentamiento** que son rápidamente amplificadas por sus comunidades digitales, generando oleadas de desinformación y ataques coordinados. De esta forma, los actores políticos funcionan como **generadores y amplificadores** de marcos que otros usuarios reproducen, consolidando un clima digital adverso en el que las ONG son utilizadas como símbolo del conflicto más amplio sobre redistribución, migración, igualdad o diversidad. Al mismo tiempo, existen actores políticos que expresan apoyo explícito al sector, aunque su impacto digital es menor y tiende a perder visibilidad frente a los discursos polarizantes.

Los **medios de comunicación y comentaristas públicos** ejercen un papel de mediación con efectos ambivalentes. Por un lado, contribuyen a la visibilidad del sector mediante la difusión de noticias sobre intervenciones, emergencias o

proyectos. Por otro, se convierten en plataformas donde se reproducen marcos simplificados o ideologizados, especialmente en titulares sensacionalistas o en espacios de opinión. En redes sociales, los recortes de titulares y las interpretaciones fragmentadas de entrevistas o informes pierden complejidad y alimentan la circulación de mensajes descontextualizados que pueden intensificar la polarización. Este patrón se agrava en momentos de gran tensión mediática, donde las ONG aparecen asociadas a debates sobre inmigración, pobreza o violencia, lo que facilita que se conviertan en blanco de discursos de odio o de sospecha pública.

Las cuentas institucionales del propio Tercer Sector adoptan un papel claramente diferenciado, centrado en la labor de corrección, pedagogía y construcción de confianza. Su estrategia comunicativa responde a la necesidad de contrarrestar narrativas hostiles mediante datos verificables, explicaciones claras del funcionamiento del sector y contenidos que humanizan las intervenciones. En redes, estos perfiles tienden a evitar la confrontación directa y optan por marcos de reconocimiento y rendición de cuentas. Su presencia se orienta a generar un discurso estructurado y estable, aunque la capacidad de estas cuentas para influir en la conversación general es limitada frente al volumen de interacción que generan actores polarizantes o medios de comunicación. Aun así, cumplen una función clave como emisores que sostienen la legitimidad y visibilidad positiva de las ONG en un entorno marcado por la desinformación.

Por último, otras organizaciones e instituciones, como administraciones, bancos, empresas o fundaciones privadas, contribuyen a configurar la percepción del

sector desde posiciones más formales. Las administraciones públicas articulan mensajes que, según el contexto político, pueden fortalecer o debilitar la posición del Tercer Sector. Las empresas y fundaciones introducen discursos centrados en la colaboración y la responsabilidad social, aunque a veces generan recelos al competir por subvenciones o por la visibilidad en el terreno de la acción social. Estos actores suelen producir mensajes más estables y menos emocionales, aunque su papel en la conversación digital es desigual y depende de su relevancia mediática.

Temporalidad y eventos desencadenantes

La conversación digital sobre las ONG y el Tercer Sector ha experimentado un cambio notable entre 2019 y 2025, tanto en volumen como en la naturaleza de los discursos que se articulan. La frecuencia de publicaciones se incrementa de forma progresiva a lo largo del periodo, algo esperable en cualquier análisis longitudinal, ya que la proximidad temporal suele concentrar mayor presencia de datos y actividad digital. Sin embargo, más allá del aumento cuantitativo, lo relevante es **la transformación cualitativa del discurso**: de un marco de **crítica ideológica relativamente disperso** se pasa, con el tiempo, a una **narrativa altamente uniforme y polarizante** que sitúa a las ONG como objeto central de deslegitimación pública.

En los primeros años del periodo analizado (2019–2020), la **intensidad de la conversación es baja y se mantiene estable**, con referencias críticas que giran en torno a supuestas agendas ideológicas o geopolíticas. Las ONG aparecen enmarcadas en teorías que las vinculan, de forma más o menos explícita, con operaciones de influencia, actores externos

o intereses partidistas, y se utilizan etiquetas como “mafias”, “terroristas” o “caviares”. En esta fase, el discurso todavía conserva cierta dispersión y combina menciones positivas sobre acciones humanitarias con críticas ideológicas que no llegan a conformar un relato dominante.

A partir de 2021, y especialmente entre 2023 y 2025, la conversación adquiere otro tono. La narrativa se hace más **homogénea, más emocional y más abiertamente hostil**. El término “chiringuito” se consolida como eje central de deslegitimación, encuadrando al sector como un espacio de corrupción, lucro personal y apropiación de fondos públicos. El cambio no reside solo en la carga peyorativa del lenguaje, sino en la amplitud del consenso con el que circula en redes, donde se reproduce como etiqueta automática para desacreditar la labor de cualquier organización vinculada a la acción social. La crítica deja de centrarse en hechos puntuales y se transforma en un cuestionamiento generalizado hacia el conjunto del sector. Aparecen acusaciones que lo vinculan con el tráfico de personas, el uso indebido de recursos, la obediencia a intereses externos o la defensa de posiciones ideológicas contrarias al interés común.

La intensificación de estos discursos se refleja en los picos de actividad observados en 2024 y 2025. Durante este periodo, la conversación digital no solo crece en volumen, sino que se articula alrededor de acontecimientos específicos que catalizan la atención pública. Entre los meses con mayor actividad destacan junio y octubre de 2024, noviembre de 2024, febrero de 2025 y, de forma especialmente significativa, julio de 2025. En cada uno de estos momentos se observa un patrón común: la combinación de un evento político, social o legislativo con un clima

ideológico propicio para amplificar narrativas de desconfianza hacia las ONG.

Dentro del incremento general de la conversación digital, destacan ciertos episodios que actúan como catalizadores de discursos polarizados, intensificando la atención pública y reactivando marcos de deslegitimación ya consolidados. Entre estos episodios, la **DANA de Valencia** en octubre de 2024 constituye uno de los momentos más significativos, no tanto por el volumen absoluto de menciones como por la capacidad del evento para activar y consolidar narrativas críticas hacia las ONG.

Los meses siguientes a la DANA, la conversación digital incorporó de forma recurrente comparaciones entre la acción ciudadana espontánea y la respuesta atribuida a las ONG. Este contraste, ampliamente difundido en la conversación pública, reforzó la idea de que las organizaciones “**no estuvieron a la altura**” de las expectativas sociales en un momento de emergencia. Un argumento habitual consistía en afirmar que particulares y voluntarios habían enviado más ayuda a las zonas afectadas que las grandes entidades del Tercer Sector, utilizando esta comparación como prueba de la **supuesta ineficiencia o desinterés del sector**. Esta percepción se amplificó a través de referencias simbólicas —como la ausencia visual de dispositivos humanitarios reconocibles— para alimentar la sensación de abandono o falta de compromiso en un contexto de necesidad inmediata.

El evento también fue utilizado para reactivar la narrativa del “chiringuito”, en la que se afirma que las organizaciones reciben fondos públicos de manera desproporcionada o inmerecida mientras las víctimas de la DANA no obtienen la ayuda necesaria. Este marco discursivo convirtió la emergencia climática en un

terreno propicio para reforzar **acusaciones de corrupción, despilfarro o mala gestión**, integrando la tragedia en un relato más amplio que cuestiona la legitimidad del sector. En ocasiones, este discurso se articuló en clave comparativa: se señalaba que las ONG “cobran subvenciones” con mayor facilidad de la que reciben apoyo directo las personas afectadas por la DANA, construyendo así una sensación de injusticia distributiva.

Por otro lado, a lo largo de 2025, el discurso digital sobre las ONG y el Tercer Sector experimentó una intensificación sostenida, marcada episodios localizados de fuerte carga emocional. El año se caracteriza por un crecimiento notable en el volumen de publicaciones y, sobre todo, por una creciente **uniformidad en el uso de marcos de deslegitimación**, donde el término “chiringuito” actúa como eje articulador de un relato hostil ampliamente compartido. Este clima se alimenta de acontecimientos puntuales que funcionan como disparadores discursivos, activando y amplificando marcos ya consolidados en el ecosistema digital.

En los primeros meses del año, el debate estuvo condicionado por narrativas sobre financiación y control político. Enero mostró un foco intenso en el recorte de fondos estadounidenses a ONG que operaban en contextos migratorios, lo que se interpretó como la confirmación de que estas organizaciones participaban en prácticas ilegales o beneficiaban a redes de tráfico de personas. Este marco de sospecha se extendió rápidamente a España, donde se difundieron historias que presentaban a las ONG como responsables de prácticas fraudulentas o negligentes en la gestión de migración.

Este clima preparó el terreno para el máximo de actividad registrado en julio de 2025, en el que convergieron varios

factores: la acusación de que las ONG se benefician de la **gestión migratoria**, la idea de que participan en “mafias” de tráfico de personas y la sospecha de que desvían recursos públicos destinados a población vulnerable. La conversación alcanzó un tono particularmente agresivo cuando se sumaron episodios locales cargados de simbolismo emocional, como el ocurrido en **Torre Pacheco**, donde contenidos viralizados describían enfrentamientos vinculados a cuestiones migratorias. El lenguaje empleado en estos mensajes — centrado en la idea de “invasión”, “estallido social” y “complicidad” entre ONG y gobierno— reforzó el marco de amenaza y facilitó que un evento localizado se interpretara como síntoma de una supuesta crisis de convivencia de alcance nacional. Este episodio actuó como amplificador de la hostilidad, integrándose de inmediato en el relato sobre corrupción y tráfico de personas que dominó la conversación del mes.

La confluencia de estos elementos dio lugar a un ecosistema digital donde distintos acontecimientos —políticos, judiciales, humanitarios o locales— se utilizaban como pruebas para reforzar una visión homogénea, emocional y profundamente polarizada sobre el Tercer Sector. Los eventos previos al pico de julio, y especialmente escándalos vinculados a financiación internacional o conflictos mediáticos, contribuyeron a construir un clima de sospecha general que permitió que episodios como Torre Pacheco adquirieran un impacto amplificado. Así, 2025 se consolidó como un año en el que el debate sobre las ONG dejó de articularse en torno a casos concretos para transformarse en una narrativa estructural de deslegitimación, sostenida por hitos discursivos sucesivos y reforzada por un uso intensivo de marcos negativos que

encontraron en las redes sociales un espacio de difusión especialmente fértil.

Percepción de los temas sensibles en el espacio digital

En este bloque se hace lo mismo, pero desplazando el foco desde “qué se piensa del TSAS” a “qué se piensa de los temas con los que trabaja el TSAS”. En cada subapartado se integran: contenido, polarización y emociones.

Migración

La escucha social sitúa a la migración como uno de los vectores centrales de la polarización social. En el entorno digital, el fenómeno migratorio rara vez se aborda como una realidad compleja que combina derechos, trayectorias vitales y políticas públicas, sino como un asunto que obliga a posicionarse en marcos enfrentados. La deliberación sobre políticas concretas queda a menudo desplazada por narrativas de amenaza e identidad, donde las personas migrantes se convierten en símbolo de conflicto más que en sujetos de derechos.

En el análisis de noticias digitales se identifican dos grandes marcos interpretativos que conviven y chocan entre sí. Por un lado, aparece un **marco humanitario** que subraya la **vulnerabilidad de las personas migrantes y refugiadas**. Desde esta perspectiva, la movilidad se entiende como respuesta a violencias, pobreza, guerras o emergencias climáticas. Las piezas informativas recogen testimonios que describen la precariedad del trayecto, el miedo durante las rutas de ida y de retorno, y las dificultades para acceder a recursos básicos y a procedimientos legales. La migración se presenta, así, como una huida forzada más que como una elección libre, y se visibilizan

circuitos de acogida, programas de asilo y dispositivos de protección que legitiman la intervención pública y la del tejido asociativo en términos de humanidad, garantías y resultados.

En paralelo, se consolida un **marco de amenaza** que reinterpreta las llegadas como un **desafío a la seguridad y a la sostenibilidad de los servicios públicos**. En este enfoque, la migración se aborda como un problema geopolítico y logístico que tensiona las fronteras, y que, a escala local, se traduce en temor vecinal y sensación de inseguridad cotidiana. Determinados discursos asocian la movilidad con criminalidad, conflicto o sobrecarga de recursos, retomando declaraciones que presentan a las personas “*inmigrantes ilegales*” como sujetos que “*solo se dedican a delinquir*” o “*a hacer el mal*”. La figura del menor extranjero no acompañado se convierte en un foco particular de alarma, al presentarse su presencia como **riesgo para la convivencia**, más que como una situación de especial protección. Dentro de este marco, se llega a acusar a las entidades que atienden a personas que llegan de forma irregular de ser “*colaboradoras del tráfico de seres humanos*”, una imputación que las propias organizaciones califican como injusta y completamente alejada de la realidad que observan en su trabajo diario.

En redes sociales, y de manera especial en X (Twitter), este clima de confrontación se intensifica. Los datos de frecuencia de términos muestran una concentración muy alta de menciones a “*inmigrante/s*” y “*ilegal/es*”, configurando un vocabulario que tiende a fijar la migración en clave de irregularidad. La conversación se organiza en torno a tres grandes ejes. El primero es el de la **ilegalidad y la criminalización**, donde se recurre a expresiones como “*invasión masiva*”, “*exceso de inmigración*”

illegal” o “*invasores*” para describir las llegadas. La migración se vincula de forma directa con **violencia, delincuencia e inseguridad**, apoyándose en casos extremos y generalizando comportamientos individuales al conjunto de personas migrantes. En este registro, la sensación de peligro se extiende también a los menores, que son presentados como amenaza y no como titulares de derechos específicos.

El segundo eje gira en torno al **coste socioeconómico de la acogida**. Aparecen con fuerza tópicos como el de las “*paguitas*” o el supuesto derroche de recursos públicos en migración. Se repiten referencias a “*miles de inmigrantes en hoteles de cuatro estrellas*” o a ayudas económicas que se contraponen a las dificultades de la población autóctona. Se responsabiliza a las personas migrantes del colapso de la sanidad y se las presenta como vehículo de reintroducción de enfermedades que se consideraban erradicadas, como el sarampión o la sarna. Este encuadre construye un relato de agravio comparativo en el que la protección de derechos de las personas migrantes se percibe como un privilegio injusto que se paga a costa de “*los de aquí*”.

El tercer eje es el de la **instrumentalización política**. El fenómeno migratorio se utiliza como **arma partidista en el debate público**. Se acusa a la extrema derecha de emplear el miedo para legitimar su agenda y de deshumanizar a las personas migrantes, y, al mismo tiempo, se critica a formaciones de izquierda por “*dar carta blanca a la inmigración que pagamos nosotros*”. En este juego de acusaciones cruzadas, la migración se convierte en un elemento central de las “guerras culturales”, donde importa más el efecto movilizador del discurso que el análisis de las políticas o de

las condiciones de vida de las personas afectadas.

Dentro de este paisaje, el TSAS aparece directamente arrastrado por la polarización social. A las entidades que trabajan en migración se les atribuye la condición de negocios que “*trafican con los migrantes para forrarse*” o que “*se aprovechan de los presupuestos*” públicos. Se afirma que viven “*gracias a subvenciones con sueldos astronómicos*” y que su **motivación principal es económica o política, no social**. De este modo, se fusionan en un mismo relato sospechoso tres elementos distintos: **migración, gasto y corrupción**. La intervención social se reinterpreta como estímulo a la “*invasión*” y como mecanismo de enriquecimiento de las organizaciones, desplazando por completo la pregunta por la eficacia o la necesidad de los dispositivos de acogida.

Este clima refuerza una visión más dura sobre la migración, pero además debilita la legitimidad de las entidades que trabajan en este ámbito, al situarlas dentro de un relato marcado por la desconfianza. Para el TSAS, esto implica operar en un terreno en el que la defensa de los derechos de las personas migrantes compite con una maquinaria discursiva que convierte la solidaridad en sinónimo de privilegio y la intervención social en sinónimo de clientelismo, dificultando la construcción de consensos y la evaluación de las políticas en función de su eficacia y de su impacto en la vida de las personas.

Feminismo, género e igualdad

La escucha social muestra que el feminismo y las luchas por la igualdad de género se han convertido en otro de los ejes principales de polarización en el discurso digital vinculado al TSAS. La conversación se organiza en torno a una

fuerte **dualidad emocional**: de un lado, **indignación y reivindicación ante la violencia** y la desigualdad; de otro, **rechazo, burla y agresividad** hacia el feminismo y hacia quienes lo defienden.

En el plano de los marcos discursivos, se identifican dos grandes relatos enfrentados. El primero enmarca el **feminismo como una lucha necesaria** contra la desigualdad, la violencia machista y el patriarcado, insiste en la corresponsabilidad social (*“el silencio nos hace cómplices”*) y reivindica objetivos como que *“la mujer pueda elegir libremente qué hacer con su cuerpo y su vida”*. El segundo presenta al feminismo como una ideología radical que rompe la convivencia, bajo etiquetas como *“feminismo radical”* o *“feminazi”*. Desde este enfoque, se le atribuye ser *“una de las mayores amenazas para la familia y la sociedad”*, se le acusa de *“haberse cargado la presunción de inocencia”* y se recurre a formulaciones que infantilizan a las mujeres o patologizan el feminismo, llegando a describirlo como *“discapacidad mental”* o *“enfermedad”*.

En redes sociales, esta disputa adopta una forma claramente identitaria. El feminismo funciona como un marco condensador del conflicto: estar *“a favor”* o *“en contra”* del feminismo sustituye a la discusión sobre medidas concretas de igualdad. Parte de las voces reivindican abiertamente un feminismo radical y abolicionista, convencidas de que *“lo radical es lo que genera un real cambio”* y reclamando la abolición de la explotación sexual y reproductiva. El polo contrario responde con un etiquetado negativo sistemático, en el que proliferan insultos, descalificaciones y violencia verbal, con expresiones que combinan misoginia y deslegitimación política. El resultado es un terreno discursivo en el que el espacio para el matiz

y el debate sereno sobre políticas de igualdad queda fuertemente erosionado.

Bajo estas perspectivas, las entidades del TSAS con advocación de lucha de género, aparece como parte de un bloque ideológico y como vehículo de un supuesto despilfarro, sin distinguir entre entidades ni entre tipos de intervención. De este modo, la defensa de la igualdad y de los derechos de las mujeres y de las personas LGBTI deja de leerse como una responsabilidad democrática compartida y pasa a ser interpretada como un marcador de alineamiento político, arrastrando hacia la sospecha a las entidades que trabajan en género y reforzando la lectura del Tercer Sector como actor más de la confrontación, y no como espacio de protección de derechos y construcción de consensos.

Discapacidad

La conversación digital sobre discapacidad muestra dos grandes patrones discursivos: por un lado, un conjunto de mensajes centrados en la **inclusión**, el apoyo social y la defensa de derechos; y, por otro, el **uso estigmatizante de la enfermedad** y la discapacidad como herramienta retórica en los discursos polarizados. Ambos planos conviven y configuran un espacio complejo en el que la discapacidad aparece simultáneamente como un ámbito de intervención social reconocido y como un recurso simbólico empleado en la confrontación ideológica.

En el primer plano, el discurso vinculado a la acción social, la salud y la discapacidad presenta una narrativa orientada a la **provisión de apoyos**, la **visibilización** de condiciones específicas y la **incidencia política**. Las publicaciones reflejan iniciativas destinadas a mejorar la accesibilidad, entregar ayudas técnicas, promover becas y crear espacios

especializados de atención. Se destaca también la circulación de contenidos que celebran avances legislativos, como la aprobación de normas orientadas a garantizar derechos o la puesta en marcha de estrategias de intervención pública. Estas conversaciones incluyen referencias a proyectos de **sensibilización** sobre discapacidades invisibles, a la reutilización de material sociosanitario para reducir desigualdades y a la creación de redes comunitarias que promueven la autonomía personal, el deporte adaptado o el envejecimiento activo. En este campo, la conversación digital suele mantenerse en registros de reconocimiento, urgencia y reivindicación, y apenas incorpora los patrones polarizantes visibles en otros temas.

La presencia de enfermedades raras y crónicas ocupa un lugar destacado dentro de las **narrativas de apoyo**. La conversación incorpora datos de prevalencia, cifras de gasto familiar y **denuncias** sobre retrasos diagnósticos prolongados, elementos que actúan como motor de campañas en defensa de políticas públicas, inversión en investigación y reconocimiento institucional. En este ámbito, las personas afectadas y sus familias aparecen como **protagonistas de la conversación**, reivindicando su papel no solo como destinatarias de atención, sino como agentes activos en la definición de prioridades científicas y sociales. El debate recoge también avances legislativos aprobados en distintos territorios, así como iniciativas orientadas a garantizar la participación de pacientes en el diseño de estrategias sanitarias. La escucha social muestra que estos contenidos conforman un discurso más informado, cohesionado y menos contaminado por la dinámica polarizadora dominante en otras áreas.

Se observan también narrativas asociadas a autismo, diversidad funcional y salud mental, donde predominan mensajes orientados al **acompañamiento**, la mejora de la **calidad de vida**, la necesidad de apoyos especializados y la importancia de entornos accesibles. Estas discusiones tienden a enfatizar la dimensión comunitaria, el papel de los cuidadores y la necesidad de servicios adecuados tanto para la infancia como para personas adultas y mayores. Asimismo, la conversación incorpora referencias a situaciones de alta vulnerabilidad en contextos de guerra, crisis humanitaria o represión política, donde la discapacidad aparece como consecuencia directa de la violencia y como indicador del deterioro de los sistemas de protección.

El segundo plano discursivo muestra una tendencia distinta: la utilización de la enfermedad y la discapacidad como insulto o **mecanismo de deslegitimación** en debates altamente polarizados. En este ámbito, términos asociados a la salud mental o a condiciones discapacitantes se utilizan como etiquetas despectivas dirigidas contra actores políticos, periodistas, activistas o colectivos concretos. Esta instrumentalización se observa especialmente en **discusiones ideologizadas sobre feminismo, migración o políticas progresistas**, donde se califica a determinadas posiciones como “tara”, “degeneración”, “discapacidad mental” o “enfermedad incurable”. Este uso metafórico y estigmatizante no se refiere a personas con discapacidad, pero sí reproduce un lenguaje que trivializa la enfermedad y refuerza imaginarios discriminatorios.

De esta forma, a partir del análisis de la escucha social se muestra que la discapacidad ocupa un **espacio discursivo dual**: es un ámbito ampliamente

reconocido y apoyado en las conversaciones que se centran en derechos, servicios y necesidades; y, al mismo tiempo, es un recurso retórico recurrente en los discursos más polarizados, donde conceptos vinculados a la enfermedad se utilizan como descalificaciones ideológicas. Esta coexistencia revela una tensión entre el reconocimiento social de la discapacidad como ámbito legítimo de intervención y el uso simbólico de sus términos como herramientas de confrontación, lo que subraya la importancia de fortalecer narrativas de respeto, precisión y sensibilidad en el espacio digital.

Conclusiones de la escucha social

La escucha social muestra que la conversación digital sobre el Tercer Sector de Acción Social está atravesada por un paisaje emocional profundamente ambivalente, donde el reconocimiento convive con una creciente sospecha que tiende a imponerse.

La conversación digital proyecta una percepción ambivalente del Tercer Sector: junto al reconocimiento y gratitud por su labor, predomina una narrativa de **desconfianza** que lo asocia con gasto político, clientelismo y uso indebido de subvenciones. El término “chiringuito” funciona como eje articulador de esa visión negativa, transformando el trabajo social en un supuesto negocio y situando a las entidades dentro de un bloque ideológico concreto. En consecuencia, el TSAS aparece menos como actor de interés general y más como objeto de disputa en el marco de la polarización contemporánea.

Se puede apreciar que la **carga emocional en redes es intensa y asimétrica**, aunque existen expresiones de apoyo, estas quedan

eclipsadas por emociones de sospecha (enfado, resentimiento, cansancio, desconfianza), que dominan la conversación. La emocionalidad no solo amplifica la hostilidad, sino que reduce el espacio para matices: lecturas irónicas, sarcasmo y atribución de miedo o dependencia a las entidades refuerzan la idea de debilidad estructural y ponen al sector en una posición defensiva constante.

De esta forma, las redes y noticias digitales se consolidan como el principal espacio donde los temas sensibles del TSAS — migración, género, diversidad sexual, discapacidad— se convierten en materia prima para discursos polarizados. Los ataques no se dirigen solo a los colectivos atendidos, sino a las propias entidades, acusadas de colaborar con redes criminales, despilfarrar recursos o sostener agendas ideológicas. El mecanismo dominante es la **simplificación extrema**: se toman casos aislados, se amplifican emociones negativas y se proyectan sobre el conjunto del sector, reforzando marcos de amenaza, ineficiencia o privilegio injustificado.

El análisis sugiere varias **líneas de actuación útiles** para navegar este escenario. Primero, **reforzar la comunicación estratégica** basada en datos, claridad conceptual y explicaciones accesibles que desmonten percepciones erróneas sin entrar en confrontación directa. Segundo, **diversificar los formatos** de comunicación para visibilizar el impacto real del sector de manera continuada y no solo reactiva. Tercero, **fortalecer la transparencia** mediante narrativas proactivas —mostrar procesos, criterios y resultados— para reducir la ventana de sospecha. Finalmente, articular alianzas y voces compartidas que permitan amplificar mensajes de rigor en un entorno donde las cuentas institucionales, actuando solas, tienen capacidad limitada para contrarrestar el volumen de los discursos polarizantes.



Anexo II. Referencias bibliográficas

- Alcina-Aznar, A. (2023). Los valores de las ONG de desarrollo en relación con su labor de incidencia política. *Revista Internacional de Pensamiento Político*, 18, 243–260.
- Bedoya-Dorado, C. (2015). Gestión del conocimiento en el tercer sector: de la competitividad a la eficiencia organizacional. *Entramado*, 11(2), 94–111.
<https://doi.org/10.18041/entramado.2015v11n2.22224>
- Brundidge, J., & Garrett, R. K. (2024). The “Clinching” Effect and Affective Polarization: Exposure to Incivility via Social Media in the Presence of Online News. *International Journal of Public Opinion Research*, 36(3).
<https://doi.org/10.1093/ijpor/edae042>
- Castromil, A. R., & Vega, M. (2025). No toda la polarización es igual: participación, pluralismo y enfrentamiento político. *RAE-IC, Revista de La Asociación Española de Investigación de La Comunicación*, 12(23), 1–21.
- Chan, M., & Yi, J. (2024). Social Media Use and Political Engagement in Polarized Times. Examining the Contextual Roles of Issue and Affective Polarization in Developed Democracies. *Political Communication*, 41(5), 743–762.
<https://doi.org/10.1080/10584609.2024.2325423>
- Chueca Del Cerro, C. (2024). The power of social networks and social media’s filter bubble in shaping polarisation: An agent-based model. *Applied Network Science*, 9(69).
<https://doi.org/10.1007/s41109-024-00679-3>
- Durrheim, K., & Schuld, M. (2025). Polarization on social media: Comparing the dynamics of interaction networks and language-based opinion distributions. 1–17.
<https://doi.org/10.1111/pops.70000>
- Garzón-Velandia, D. C., Barreto-Galeano, M. I., & Sabucedo-Cameselle, J. M. (2024). What is polarization in the social sciences? A scoping review of reviews. *Acta Colombiana de Psicología*, 27(2), 189–212.
<https://doi.org/10.14718/ACP.2024.27.2.11>
- Groggel, A. (2023). Polarized support for intimate partner violence gun-related interventions. *Social Problems*, 70(3), 773–790.
<https://doi.org/10.1093/socpro/spac063>
- Guitron, R. (2025). La sociedad anfibia y el epifenómeno de la polarización. *Dialogo Filosófico*, 121(enero-abril), 25–42.
- Edelman Trust Institute. (2024). 2024 Edelman Trust Barometer: Informe España. Edelman.
- Edelman Trust Institute. (2025). 2025 Edelman Trust Barometer: De la polarización al descontento social. Restaurando la erosión de la confianza. Informe España. Edelman.
https://www.edelman.com.es/sites/g/files/aatuss396/files/2025-03/WEB_Edelman%20Trust%20Barometer_Spain%20Report.pdf
- Fundación Alternativas. (2024). Informe sobre la democracia en España 2023: La renuncia al centro (Políticas Públicas, No. 17/2024). Fundación Alternativas.

- Hahn, U., Merdes, C., & von Sydow, M. (2024). Knowledge through social networks: Accuracy, error, and polarisation. *PLoS ONE*, 19(1 January), 1–30.
<https://doi.org/10.1371/journal.pone.0294815>
- Kirmayer, L. J. (2024). The fragility of truth: Social epistemology in a time of polarization and pandemic. *Transcultural Psychiatry*.
<https://doi.org/10.1177/13634615241299556>
- Macková, A., Novotná, M., Čejková, L., & Hrbková, L. (2024). One way or another? Discussion disagreement and attitudinal homogeneity on social networking sites as pathways to polarization in Czechia. *Journal of Information Technology and Politics*, 21(1), 54–68.
<https://doi.org/10.1080/19331681.2023.2202650>
- Mak, M. K. F., Li, M., & Rojas, H. (2024). Social Media and Perceived Political Polarization: Role of Perceived Platform Affordances, Participation in Uncivil Political Discussion, and Perceived Others' Engagement. *Social Media and Society*, 10(1).
<https://doi.org/10.1177/20563051241228595>
- Mason, L. (2018). Ideologues without issues: The polarizing consequences of ideological identities. *Public Opinion Quarterly*, 82(S1), 280–301.
<https://doi.org/10.1093/poq/nfy005>
- Metz, R., & Plesz, B. (2025). The Irresistible Allure of Charismatic Leaders? Populism, Social Identity, and Polarisation. *Politics and Governance*, 13, 1–21.
<https://doi.org/10.17645/pag.9017>
- Peffley, M., Yair, O., & Hutchison, M. L. (2024). Left-Right Social Identity and the Polarization of Political Tolerance. *Political Research Quarterly*, 77(1), 30–44.
<https://doi.org/10.1177/10659129231189759>
- Rivero, Á. (2025). ¿Es la polarización política una amenaza para la democracia? *Diálogo Filosófico*, (121), 4–23.
- Rodon, R. (2022). Affective and territorial polarisation: the impact on vote choice in Spain. *South European Society and Politics*, 27(1), 147–169.
- Rojo-Martínez, J. M. (2025). Partidismo negativo, derecha radical y voto: un análisis de su relación en el contexto de las elecciones generales españolas de 2023. *Revista Española de Ciencia Política*, (67), 41–68.
<https://doi.org/10.21308/recp.67.02>
- Ruiz-Dodobarra, F., Uribe-Bravo, K., & Chaparro, H. (2024). Social Media , Affective Polarization , and Collective Action in Peru. *Communication & Society*, 37(4), 40–55.
- Sarsfield, R., & Abuchanab, Z. (2024). Populist Storytelling and Negative Affective Polarization: Social Media Evidence from Mexico. *Latin American Politics and Society*, 66(2), 102–131.
<https://doi.org/10.1017/lap.2024.7>
- Serrano Plata, L. J., Bonilla-Aranzaes, J. K., Bonilla Machado, M. M., & Chenou, J. M. (2023). Silence Is Safer Than Speech: the Utility of Social Media Labeling in Countering Political Polarization in Peacebuilding Contexts. *Analisis Politico*, 36(106), 85–112.
<https://doi.org/10.15446/anpol.v36n106.111042>
- Teruel Rodríguez, L. (2025). La construcción de la polarización en la prensa española: estudio longitudinal sobre los encuadres de sus dimensiones política, afectiva y social. *Más Poder Local*, (59), 10–29.

<https://doi.org/10.56151/maspoderlocal.26>
6

- Ton, G. M., van Zomeren, M., & Stroebe, K. (2024). Polarization from the perspective of ambivalents: Feeling caught in the social crossfire of the U.S. abortion debate. *European Journal of Social Psychology*, 54(1), 17–30.
<https://doi.org/10.1002/ejsp.2990>
- Torcal, M., & Carty, E. (2022). Partisan Sentiments and Political Trust: A Longitudinal Study of Spain. *South European Society & Politics*, 27(1), 171–196.
- Vázquez-Atochero, A. (2024). El poder oculto : Control , polarización y deshumanización en la política contemporánea. *Infonomy*, 2(6), 1–16.
- Villa-Gómez, J., Díaz-Pérez, I., Saavedra-FLórez, T., Sánchez-Jaramillo, C., & Rodríguez, A. I. (2024). La ideología política, las creencias sociales y la polarización como obstáculos psicosociales para la democracia y la paz en Colombia 2016-2020. 19, 217–258. <https://doi.org/10.24142/raju>
- Weismueller, J., Gruner, R. L., Harrigan, P., Coussement, K., & Wang, S. (2024). Information sharing and political polarisation on social media: The role of falsehood and partisanship. *Information Systems Journal*, 34(3), 854–893.
<https://doi.org/10.1111/isj.12453>
- Wróblewski, M., & Meler, A. (2024). Political polarization may affect attitudes towards vaccination. An analysis based on the European Social Survey data from 23 countries. *European Journal of Public Health*, 34(2), 375–379.
<https://doi.org/10.1093/eurpub/ckae002>



Plataforma de ONG de Acción Social



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE DERECHOS SOCIALES, CONSUMO
Y AGENDA 2030



POR SOLIDARIDAD
OTROS FINES DE INTERÉS SOCIAL



INVESTIGACIÓN CUALITATIVA Y COMUNICACIÓN